

Z/ 13135 ; 15, 717 (1926)

FRAY MOCHO



N.º 717

19.1.1926.



LOS DEPÓSITOS DE LA
CAJA NACIONAL
DE AHORRO POSTAL
ESTAN GARANTIZADOS
POR LA NACIÓN
Y SON INEMBARGABLES

FOSFOROS

con Bonos de Ahorro de
\$100.50.10 y 5
para depositar en la

CAJA NACIONAL de Ahorro Postal

AHORRO POSTAL

¡ He aquí el resultado del año 1925 !

En Diciembre pda
se han pagado:

3.070
Bonos por
21.580
Pesos

C E R T I F I C A D O

Certifícase que desde el 15 de
diciembre de 1924 hasta la fecha,
los bonos de ahorro de la "Compa-
ñía General de Fósforos", presen-
tados a esta Caja para acreditar
en libretas de ahorro, ascienden
a las siguientes cantidades:

M e s e s	Bonos	Importe
Diciembre 1924 a Noviembre 1925	19.196	\$ 140.165
En Diciembre 1925	3.070	" 21.580
Totales	22.266	\$ 161.745

Se extiende el presente certificado a pedido de la
Compañía.-
Buenos Aires, diciembre 1925

[Firma]

[Sello: CONTADURIA]

En el Año 1925
se han pagado:

22.266
Bonos por
161.745
Pesos

Para los consumidores beneficiados
según el certificado que precede
con **22.266 Bonos por 161.745 Pesos**
esto significa un **Ahorro Gratuito**
porque el precio
que se abona por cada caja
de los **Fósforos "VICTORIA" y "75"**
ha permanecido siempre igual.

FRAY MOCHO

Año XV

Buenos Aires, 19 de enero de 1926

Núm. 717

LA INTERVIEW

Por FERNANDO DACRÉ

—No precisa darme las gracias. Si le recibo a usted, y, en cambio, me he negado a hacerlo con la infinidad de periodistas que han llegado a mi puerta desde que me pusieron en libertad, es porque me conviene someterme a una "interview". Por tanto, puede empezar cuando guste.

—Hace ocho días—dijo el repórter—que conversaba con su mejor, quizá con su único amigo, el señor Terfils. Solteros ambos, tenían ustedes iguales aficiones: el ocultismo, el hipnotismo... y se entregaban con frecuencia a misteriosos experimentos... A veces no estaban ustedes de acuerdo en ciertos puntos y entonces discutían acaloradamente...

—¡Bah!

—A la mañana siguiente a vuestra última entrevista, el criado encontró al señor Terfils muerto de una puñalada en el corazón. El cadáver estaba en este mismo salón y su actitud, sus ojos fuera de las órbitas, indicaban...

—No continúe. Conozco el hecho mejor que ustedes... El puñal fué reconocido de mi pertenencia. Era el que estaba allí, detrás de usted, en ese lugar vacío de la panoplia... El criado declaró que cuando se fué a acostar, el pobre Terfils y yo discutíamos... Como es lógico, fuí arrestado. Mi sistema de defensa—esa arma ha pertenecido a un médium que le atribuía virtudes magnéticas—hizo sonreír al juez. Todos estaban contra mí. Hubo momentos en que me ví perdido. Por suerte, al examinar ayer el mango del puñal—cosa que antes no se les había ocurrido—vieron que las huellas dactiloscópicas no eran las mías, lo que demostraba mi inocencia. Ante esta prueba, me pusieron en libertad...

—¿No sospecha quién pueda ser el culpable?

El hombre comenzó a dar paseos, mascullando entre dientes:

—¡Si lo supiera!... ¡Oh!... ¡Si yo supiera quién es el culpable!...

Después, como si le acabara de ocurrir una idea, llamó a su sirvienta y la envió con un encargo al otro extremo de la ciudad. Y cuando el ruido de la puerta al cerrarse detrás de la sirvienta indicó que los dos hombres habían quedado solos en la casa, el viejo se acercó al repórter. Su rostro había sufrido tal cambio, que el visitante retrocedió en su silla. Sus ojos, de terrorífica fijeza, parecían los de la serpiente que se dispone a fascinar a un pájaro. Aunque no era cobarde, el periodista sintió en la garganta la angustia de algo desconocido, de algo terrible que iba a suceder en aquella habitación donde no había más que dos personas: él y el otro.

Después de mantener un instante su mirada magnética, con los dientes apretados, el misterioso anciano murmuró:

—No... No... No puedo... No puedo callarme... No debo guardar por más tiempo el terrible secreto... Está aquí, en mi garganta, y es preciso que salga. Es preciso que hable. Pero por nada del mundo lo hubiera hecho ante ese imbécil de juez... Lo que no le he

dicho a él, se lo diré a un periodista. No..., no me pregunte nada... Si, yo..., yo le he matado... ¿Y por qué?... En un momento de arrebató, porque me contradecía con estúpida tenacidad respecto a una experiencia de hipnotismo de cuyo resultado estoy completamente seguro. Ahora que, si yo le he matado, no fui yo quien le hirió: la prueba es que en el puñal no estaban las huellas de mis dedos... ¡Oh! ¡Qué habilidad la mía! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... ¿Cómo? ¿No toma usted nota?

El periodista no pensaba en eso: una

especie de parálisis le dominaba; escalofríos mortales invadían su cuerpo al verse en presencia de aquel hombre que, fríamente, le hacía confesión de su crimen.

—Voy a contárselo todo, detalladamente, querido periodista. Así saldrá usted con la valija repleta de noticias. Vamos a reconstruir la escena del crimen. Usted será Terfils y yo..., yo seré... yo.

El repórter quiso levantarse, huir, pero sus músculos no le obedecían. La mirada de aquel hombre se hizo más pesada, más poderosa, más fija, y le

Caricaturas de Sanguinetti



Ingeniero Rodolfo Santángelo, recientemente nombrado Director General de Puentes y Caminos.

pareció que penetraba en su cerebro como un hierro candente. No pudo explicarse bien lo que le sucedía, pero, no obstante, adivinó que su terror no era debido a hallarse frente a un asesino, sino al presentimiento de lo que iba a ocurrir.

El hombre prosiguió:

—Aunque estaba furioso, yo no quería manchar mis manos de sangre. Pero deseaba castigar a aquel imbécil en forma que se convenciera de la eficacia del sistema que tan estúpidamente negaba. Y verá usted lo que hice.

Dió unos pasos magnéticos. Adquirieron sus ojos extraordinario brillo...

—¿Siente usted el efecto de mis pasos y de mi mirada?... Ahora no es usted más que una cosa en mis manos. Pues él estaba igual. Entonces le ordené que tomara mi puñal que estaba sobre la mesa..., lo mismo que le mando a usted que agarre uno de los de la panoplia. El se resistió, lo mismo que usted irá donde yo le ordene... ¿No lo dije?

Entonces el periodista comprendió: aquel hombre, dotado de un maravilloso poder de sugestión, le dominaba... ¿Y con qué objeto?... Era algo terrible, abominable, sentirse juguete de una voluntad desequilibrada y no poder resistirla. Con el terror de la desesperación, se vió el repórter abandonar su silla y dirigirse a la panoplia...

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!—reía el otro, cuyos ojos echaban llamas.—Ya lo ve. Terfils, lo mismo que otro cualquiera, no podía resistirse a mi mandato... Y luego le dije lo que le digo a usted ahora: ¡Hírase con ese puñal! En el corazón... ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Y estalló en una risa furiosa, frenética.

El loco ejercía entonces sobre el periodista un poder casi divino, pues la mano de la víctima se levantó esgrimiendo el arma... Y el pobre joven, al comprender que sólo le quedaban unos instantes de vida, sintió sus ojos inundados de lágrimas.

—¡Mátate!—aulló impasible el loco.

La puerta se abrió con estrépito. La sirvienta apareció aprehensiva y gritando:

—Señor... Señor... Han encontrado al asesino... Era el criado del señor Terfils... Acaba de confesarlo todo...

El hombre retrocedió llevándose las manos a la frente... Sus ojos se separaron de los de su víctima, cesó el fluido magnético y el periodista, de dos brincos, se halló fuera de aquel tenebroso lugar.

Poco después, una celda del manicomio alojaba al desgraciado cuya inteligencia, perturbada por experimentos tenebrosos, no había podido resistir a una acusación.

Y a la mañana siguiente se agotó en pocos minutos la edición de *El Noticiero*, donde aparecía la "Interview trágica", relato que algunos hubiesen creído fantástico, si no tuviera su epílogo en una casa de locos.



El juego del naipe constituye la única actividad mental del que no tiene ninguna. Ya nuestro viejo amigo Schopenhauer dijo que los hombres que no tienen ideas que cambiar cambian pedazos de cartón.

Pero también se ha dicho ingeniosamente que una baraja es el mejor libro de aventuras.

No nos sorprende que los hombres jueguen a las cartas; podemos afirmar que la pasión dominante—después de extinguir las otras pasiones del alma y del sexo—es esta de combinar trece naipes—¡oh, tute prosaico!—o de intentar dar codillo a otro señor—¡oh, tresillo burgués y clerical!—o de ligar cinco cartas en escaleras—¡oh, póker moderno, tan falaz, según el insigne maestro Serrano, y tan amado de los hermanos Camba!

¿Por qué negar este consuelo de jugar al mus a los que ya no tienen nada que contarse cuando se quedan a solas con su propio pensamiento? Los hombres son bastante brutos hasta los treinta años y perdidamente miserables después de esa edad. Dejad que se diviertan como estúpidos jugando a las cartas. Así serán menos dañinos para sus semejantes.

Ellos afirman que están matando el tiempo. Vanidad risible, ya que es él quien nos va matando a todos lentamente, siendo él lo único eterno.

Pequeña filosofía acerca del naipe

Por EMILIO CARRERE

El hombre que juega a las cartas no es lo mismo que el hombre que sueña, que estudia y que inventa. Este no necesita llenar su vacío moral, "pisando el tres" al señor que está a su izquierda. Pero si un poeta, un inventor, un hombre de laboratorio mata a un señor que juega al tute, el Tribunal le condenará, afirmando que ha eliminado a un semejante. ¡Esto es una injusticia y un absurdo! Si Cajal, Edison o Rabindranat Tagore—supuesto absurdo—matasen al hombre que juega a las cartas, a lo sumo merecerían una multa de cincuenta dólares. Entre un poeta y un tresillista, a pesar de pertenecer—en lo externo—a la misma especie, hay la misma distancia matemática que del cisne al galápago. La he medido yo exactamente.

La realidad no existe. Cada señor se forja su universo para andar por casa. Esto lo han hecho todos los filósofos conocidos. El señor que juega a las cartas vive en un limbo. Ni amor, ni ciencia, ni gloria, ni bondad. Sólo la pueril ambición de ganar un poquito de calderilla. Cuando se muera le enterrarán como quien siembra una patata.

No sería una afirmación arriesgada decir que el señor que juega al tute es una prolongación del covachuelista D. Acefalo Balduquin, el "fósil chupatintas vulgaris". Por la mañana copia minutas y por la tarde acusa veinte en bastos. Idéntica y pueril inutilidad.

El hombre que tiene "el alma viva"—el jugador de naipes la tiene amodorrada—quisiera gozar de una larga existencia y de una juventud potente para desentrañar todos los jeroglíficos de su arte o de su ciencia favorita.

El burgués con sombrero hongo y encendedor que juega al tute parece que tiene resueltos todos los enigmas de la vida y de la muerte. Después de sus necesidades animales sólo le interesa su partidita cotidiana.

Es de un egoísmo monstruoso. El sabio doctor inventará sueros y fórmulas para librarle de las enfermedades. La ciencia es tan romántica y tan generosa que hasta los riñones de un burgués son sagrados para ella. El ingeniero y el arquitecto crearán puentes, navíos y casas confortables para uso del burgués. Los menestrales labo-

rarán para que esté cómodo. Los músicos compondrán melodías para que él se quede dormido con la más reglona beatitud. El señor Muñoz Seca estrujará su ingenio para que él se ría copiosamente, función que ayuda mucho a la digestiva. Los poetas escribirán sus poemas para que él los desprecie. La industria será tan previsora que hasta inventará anillos de goma para que él lleve bien cerrado el paraguas. Es un tirano egoísta que mientras tanto juega a las cartas. ¿Creeis que merece más consideración que una hortaliza? ¿Acaso es algo más que un producto vegetativo?

Cuando los sacerdotes hermeicos quisieron eternizar su ciencia, la cifraron en los números de la baraja, porque conocían la pasión de los hombres por los juegos de naipes. Este es el Tarot de los bohemios, el libro del Misterio. El juego era la distracción de los antiguos. ¿Hay quien pueda negar que el "faraón" puede ser un juego egipcio? En un libro de Restif de la Bretonne—en el siglo XVIII se habla de un senado de damas alegres donde se juega al faraón. Aquellas tisonas eran las madres del "cabaret". Y el juley que juegan los toreros es la "rungrá" de la que se habla en "El Bachiller Trapaza", con el que las niñas de los picaros, con destreza de flor, despojaban a los genoveses.

UN CONSEJO

Por J. H. ROSNY

—¡Caramba!—exclamó Longères al ver pasar a una señora joven, hermosísima.—La he visto tres veces ya, y siempre me parece distinta su belleza.

—Si—repuso, suspirando, el amigo con quien hablaba Longères.—Es una de esas personas que hacen soñar, que crean infelices sólo con dejarse ver. Esta mujer posee un alma tan exquisita como su persona. No amaré a otro hombre que a su esposo, Felipe Vanbecour...

Y, por otra parte, él merece ser feliz, aunque su dicha sea excesiva. Sobre todo, si se considera que la debe sólo al haber escuchado el consejo que le dió una chiquilla.

Hace años Felipe amaba a su prima Clara. No juraría que fuera un amor intenso el suyo. Los dos primos se habían comprometido al empezar el invierno, y luego Felipe había sido enviado a La Haya como secretario de Legación.

Al llegar el verano, los novios se hallaron de nuevo en el castillo de Los Alamos, donde la familia de Clara pasaba la temporada estival. Se fijó el día de la boda; pero Felipe creyó notar poco entusiasmo por parte de la novia. Esto le causó cierta inquietud e interrogó a su prima, sin poder obtener una respuesta categórica.

Una mañana, mientras paseaba por el parque, se encontró con una niña. No le era desconocida, pues varias veces la había visto jugar con las otras chiquillas. Era una personita de facciones no definidas aún, ojos muy hermosos, pero que no dejaban adivinar si después sería bonita o fea.

Se acercó a Felipe, y le dijo en tono imperativo:

—Tengo que hablarle.

—Estoy a sus órdenes—repuso Felipe, y al ofrecer su mano sintió vibrar en la suya, como un pajarillo cautivo, una manecita delgada. La chiquilla dirigió al joven una mirada entre cariñosa y huraña, atrevida y tímida, y, al fin, dijo resueltamente:

—Señor: No debe usted casarse con

su prima Clara, porque me consta que ella no le quiere.

Cuando se está enamorado, aunque no sea hondamente, no se recibe con tranquilidad una declaración semejante. Felipe palideció y apretó los puños.

—¿Cómo sabe usted eso?—preguntó, esforzándose por disimular la impresión que las palabras de aquella niña le habían producido.—Y además—agregó severamente,—a su edad...

La chiquilla le interrumpió casi saltándose las lágrimas:

—No es culpa mía—gimió.—Yo adivino siempre si las personas se quieren o no. Su prima ama con toda su alma a Davigny.

Felipe miró a la niña, y comprendió que tenía un alma candida e ingenua.

—¿Por qué me dice usted eso?—preguntó con tono más amable.

—Porque quiero mucho a Clara y quiero que sea feliz. Usted tampoco sería dichoso.

Huó un largo silencio. A Felipe le pareció que su vida concluía para siempre. Con voz temblorosa, agregó:

—Hija mía, si ha dicho usted la verdad, no me casaré con Clara.

—Le he causado pena—dijo la niña, arrepentida.—¡Ah! Yo quisiera ser grande y...

Sin terminar la frase echó a correr por el jardín y desapareció.

Los cuatro años que siguieron los pasó Felipe en la Legación de Turquía. El desencanto sufrido había dejado una profunda tristeza en su alma. Una mañana, por pura fantasía, envió desde Constantinopla a su extraña consejera unas rosas blancas en un precioso cofrecito de sándalo.

Marchó después a San Petersburgo, a Roma y, por último, regresó a París.

Una noche, en casa de los Maillehauche, vió a esa bellísima joven que tanta impresión le ha hecho a usted. Era

la reina de los salones. No había hombre que al verla acercarse no experimentase una extraña emoción.

Al ver a Felipe se acercó a él, y como el joven la mirase con asombro, ella exclamó:

—¿Pero es posible? ¿No me reconoce usted?

—No—respondió con turbación.—No recuerdo haberla visto otra vez. .. y... sin embargo...

—¿De veras?—dijo la joven riendo.—¿No hay en mí nada de la Rosita que tanta pena le causó un día?

Felipe palideció. Desde ese momento la amó profundamente, con un amor exclusivo, frenético, y tanto más grande cuanto que no esperaba ser correspondido, pues Rosa era riquísima, y Felipe, un modesto secretario de Legación.

Sin embargo, en su afán de verla, de estar cerca de ella, de oír su risa argentina, continuó visitando la casa y frecuentando los lugares donde sabía que podía encontrarla. Creía perseguir un imposible pero no se sentía capaz de renunciar a aquella dicha.

Una tarde llegó a casa de Rosa, en momentos en que no había visitas, y se encontró solo con ella. La miró y temblaron sus labios.

—¿Qué tiene usted?—preguntó ansiosamente la joven.

Y como Felipe callara, le tomó una mano entre las suyas.

—Conteste usted. Es preciso que hable...

—Tengo—balbuceó Felipe—que la adoro a usted con locura y sé que usted no puede amarme.

Dos labios divinos besaron la mano de Felipe.

—¡Oh!—exclamó Rosa.—Le quiero a usted hace muchos años. ¿Sabe desde cuándo?... Desde que me envió usted unas rosas...

Y he ahí—terminó diciendo el amigo de Longères—cómo se puede obtener la felicidad siguiendo oportunamente los consejos de una chiquilla...

LOS FEOS NO DEBEN CASARSE

Para que la raza norteamericana se perfeccione

Hace pocos días celebró en Milwaukee (Estados Unidos), un Congreso de maestros y maestras, y en él el biólogo Mr. Wiggan pronunció un discurso, en el que dijo, entre otras cosas, lo que sigue:

"La civilización está perdida si el Estado no se encarga de los matrimonios.

Es necesario que el Estado se encargue de seleccionar las parejas y de casar a los hombres fuertes con las mujeres fuertes y a los hombres guapos con las mujeres bellas.

En cuanto a los feos y a las feas,

no se les debe permitir que se casen, y sólo así se desterrará la fealdad de la tierra.

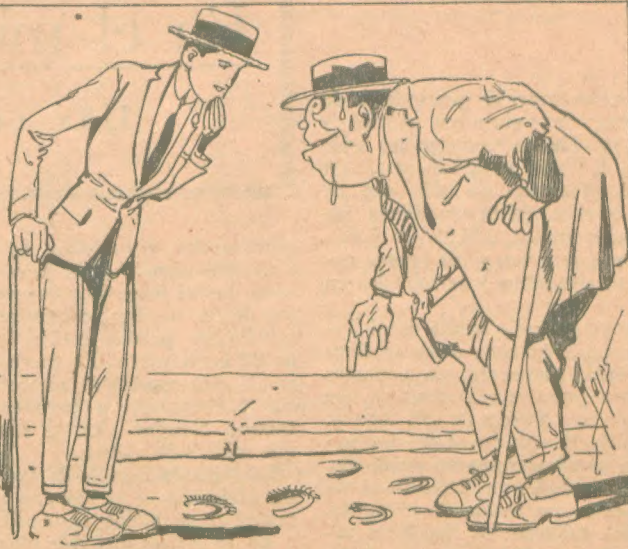
Tampoco se deberá dejar casar a los que no estén sanos. Para casarse se debería exigir un mínimo de salud."

La asamblea de maestros de Milwaukee, en vista del discurso de mister Wiggan, acordó pedir a los poderes públicos que intervengan en los matrimonios para que la raza americana sea cada día más bella y más fuerte.





—El correo inutiliza las estampillas con un sello que contiene una frase de propaganda. La leyenda adoptada por el señor Goyeneche invita a venir a trabajar a nuestros campos. —Pero yo no tengo brazos!



—Qué calor hará, para que las pisadas dejen sus huellas en el asfalto. —Sí; ya se ve que ha pisado usted por encima de él.



—El otro día, en el momento de más calor, le dieron a Juancito la noticia de que le habían robado. Pero, en medio de todo, tuvo suerte porque se quedó helado.



El gobernador Orfila se preocupará del progreso de Mendoza. ¿El progreso de Mendoza? ¡Qué bonito título para fundar un diario subvencionado por el gobierno de la provincia y vivir de arriba!



—Yo no comprendo a los que dicen que la carne no se debe ni mirar los lunes.

Páginas olvidadas COMENTANDO

Por Nemesio Trejo

—¿Qué me dicen, compañeros, de la patriada esta que se ha chingao?

—Vea, compadre, si no fuera el estao de sitio que le tapa la jeta a uno y le maneja el derecho e pensar, agarraba un diario y me ponía a escribir una punta e cosas feas, sacándoles los cueros al sol a más de uno.

—Pero, si usted no sabe escribir, compadre.

—No importa; pero lo haría escribir con uno de esos doctores que tiene "La Prensa", que lo hasen todo de balde.

—¿Y qué les iba a decir, compadre?

—¿Qué les iba a decir? En primer lugar, que cuando uno se arremanga, debe atravesar el charco; que lo que se dise con la boca hay que sostenerlo con el cuero, y que el que le tenga susto al miedo no debe meterse a fa-rojero, porque se le rompe la caña.

—En eso, estoy de acuerdo. Yo, cuando enrido, sostengo el revite, y si no, no me meto a perder el tanto.

—Dejuro. ¿Vos te crees que las regueltas se hacen con fuegos artificiales y buscapiés de colores? No, m'hijito, se hacen con plomo y asero; eso me desía el comandante e mi compañía el ochenta, cuando crusábamos el Puente Alsina. Esos jefes daban gusto, con más agallas que un dorao. Manejaban la muchachada con la seña e las de bastos nomás, y enderesábamos contra los melicos que eran más guapos y fierasos que encargaos de inquilinato.

—Yo me acuerdo el coronel Morales.

—Ese era uno: más valiente que cañón japonés, sereno como la estatua e Falucho, y con un corasón más templao que guitarra vieja. Así se podía

meter uno en una trifulca contra gobierno constituido, porque antes que le rompieran sus filas, había e caer entre el humo el cañoneo, crusao por alguna mora, o destrosao por los perdigones de una metralla.

—Es cierto.

—¡Pero ahura!...! Te sacan de tu cotorro, te cuentan el cuento e la suerte, y en cuanto te metés entre el fango te dejan más sucio que chico indigestao. Yo no las voy ya. A mí me han salido canas en la pera, de tanto ver deslealtades, y he quedao medio rengu de ver correr revoltosos; por eso cuando me dicen: ¿se anima a que la cerramos? empieso a mosquiar como si me picara un tábano, y hago jugar el dedo de un lao pa otro como diciéndole: no amasen que no hay quien coma.

—Tenés razón.

—Es claro. ¿Les parece lindo que cuatro empretinaos, con más ambición que un moso e tienda, se juntan pa reclutar voluntades y después que han armao el bochinche se hagan perdís por detrás del horno como negra pastelera? No, hombre. A mí que me en-

gañe una mujer, le paso; porque pa eso Dios le ha dao otra forma y tiene un don espesial pa jugar con el corasón del hombre; ¡pero un macho!, que tiene la misma costrusión mía, los mismos istintos, que sabe orejear una mala como una buena, ¡no, m'hijito!, a ese no le perdono el engaño, porque antes de cantar fior debe descorder el pelo y naides debe copar la banca si no tiene pal apunte. Esa es mi manera e pensar respeto a los sucesos y no dentro en materia por el estao de sitio, que ya saben que si uno se refala, lo llevan bailando chotis pa la rada exterior.

—Yo pienso como mi compadre y con este agregao. Pa sapatiar en piso e ladrillo, hay que tener bota fuerte, y el que no tenga güena uña que no se meta a pelar mondongo. Esto me desía el finao mi padre, que fue teniente alcalde en tiempo e los crudos y cosidos. Yo no sé cómo se levanta una protesta porque no he sido nunca escribano, pero a mis cachorros los he juntao en el patio e casa y les he dicho: "Nunca se rebelen contra el Estao porque es lo mesmo que correr un

caballo rengu; pa comer galleta dura se presisan güenos dientes, y no se acuesten nunca boca abajo porque se enfria el espinazo."

—Perdónenme, señores, si yo también meto mi cuchara, que ante comen cuatro comen cinco.

—Lárguese, compadre.

—Estos del bochinche han hecho como aquellos inquilinos malos que porque el dueño e casa les pide la piesa, echan en los rincones sal y aceite pa que al que venga le vaya mal.

—Es cierto; es que este hormiguero estaba preparao pa salir en el fondo y ha reventao en la sala.

—Les ha pasao como a esos pasajeros que madrugan mucho y pierden el tren y se tienen que largar en el de carga pa no perder el viaje.

—En fin, caballeros—por no desirles otra cosa,—el movimiento está parao.

—Eso sí que es difícil que esté parao un movimiento.

—Hablo del movimiento subresivo y, por lo tanto, debemos dirnos cada chanchito a su estaca, que ya saben que barco parao no gana flete y que más vale un te doy que dos te daré. Así es que pa que el morfi no sea un problema, larguémonos de laboro como dicen los italianos, que pueda ser que amasando nos ligue un bollo.

—Aprobao y condenemos el atentao.

—Envaíne, compadre, y no condene tanto, que si a usted también lo invitan al baile tal vez echa una piernita.

—Lo dudo, porque ando mal de los callos.

—Al miedo le llaman callos.

—Güeno, a revoar, caballeros, como dicen los franceses.

—Adiós.



En el misterio de la selva

Una cacería sensacional

De las cinco especies que existen de rinocerontes, dos viven en África y tres en Asia. De las tres especies asiáticas, dos, la india y la javanesa, son unicornias, y tienen un solo par de incisivos, anchos, en la mandíbula superior, dos colmillos, afilados y puntiagudos, en la inferior, y los huesos nasales largos, estrechos y terminados en punta.

El rinoceronte indio habita en el Terai, al pie del Himalaya, desde el Bhután al Nepal. Frecuenta los pantanos y vive entre juncas y matorrales que alcanzan a veces alturas de seis metros.

A causa de la naturaleza del terreno que habita, el rinoceronte no puede ser cazado con grandes probabilidades de éxito, excepto con ayuda de elefantes, que no sólo emplean los cazadores como vehículos, sino también para batir las grandes espesuras donde se ocultan los rinocerontes, espantándolos hacia lugares en que están apostados los cazadores provistos de armas.

El rinoceronte de la India se alimenta, especialmente, de hierbas y cañas. Es un animal de hábitos solitarios, aunque a veces se encuentra a varios reunidos formando piara.

Los machos mayores de esta especie miden de 1.80 metros a 1.90 de altura, y son muy corpulentos. Los dos sexos están provistos de cuernos perfectamente desarrollados, aunque no suelen adquirir una longitud mayor de 40 centímetros.

El rinoceronte de Java casi mide la misma altura que la especie india. Habita en los confines más remotos de la parte oriental de Bengala, en el Sikim-Terai, y en Aram, y también en la Birmania y la península Malaca, hasta Sumatra y Borneo.

La tercera especie de rinoceronte asiático, llamada de Sumatra, es la más pequeña de todas. Se halla provista de dos cuernos, y su piel, que es muy áspera, suele estar cubierta de pelo de color oscuro y muy largo. La altura media del rinoceronte de Sumatra es de 1.40 metros y la de las hembras de 1.20.

Las dos especies de rinocerontes que habitan el Continente Africano están provistas de dos cuernos, y carecen de incisivos. Las especies son de piel lisa y completamente desprovistas de pelo.

De las dos especies africanas, el rinoceronte blanco, o de boca cuadrada, es el más corpulento y el más raro.

Hasta hace una época relativamente moderna, este animal corpulento y de aspecto torpe, el mayor de todos los mamíferos terrestres después del elefante, se creía que habitaba sólo en las comarcas meridionales de África; hasta que en 1900 el capitán Gibbons mató una hembra en las inmediaciones del Alto Nilo, y envió a Inglaterra la piel, el cráneo y los cuernos del animal.

El capitán Harris, hablando del viaje que hizo en 1897 por el terreno de la Colonia del Transvaal, dice: "En el trayecto desde los vagones a una colina distante unos 800 metros, encontramos nada menos que cuarenta y dos rinocerontes de la especie blanca, y nos vimos obligados, en defensa propia, a matar doce. En una ocasión me vi sitiado en un matorral por tres de estos animales, y me costó no poco trabajo librarme de ellos."

Un rinoceronte blanco, perfectamente desarrollado, mide cerca de dos metros de altura; es muy corpulento y de

patas cortas y robustas. La cabeza es muy prolongada, y la boca cuadrada, como la del buey. Los cuernos anteriores de los machos, completamente desarrollados, pueden medir hasta cerca de 90 centímetros. El cuerno más largo de esta especie de rinoceronte es el que fué enviado a Inglaterra por el famoso cazador Gordon Cumming, y que mide 1.20 metros.

La segunda especie de los rinocerontes africanos es el llamado rinoceronte negro, o de labios prehensiles.

En el África del Sur el rinoceronte negro adquiere un desarrollo mayor que el de los países situados al norte. Al sur del Zambesi, los machos corpulentos de esta especie suelen tener 1.70 metros de altura, mientras que un macho adulto, medido por Mr. F. Jakson,

tento. Entonces es cuando los cazadores hallan la ocasión propicia para poner en práctica sus anhelos cinegéticos.

Así cuenta el ya aludido cazador Gordon Cumming una de estas cacerías: "El terreno de caza que se escoge es un sitio próximo a uno de los caminos frecuentados por los rinocerontes en sus éxodos. Forzoso es improvisar allí un estanque o charca, adonde acudan a beber o bañarse los rinocerontes.

Pues bien: allí se forma un corral, o espacio cercado, que suele medir unos 250 metros de largo por 100 de ancho.

¡Qué vida, qué movimiento se nota en el campo cuando se hacen los preparativos para la caza! Mientras unos indígenas levantan las chozas, otros, en gran número, abren agujeros en el suelo, plantan estacas sin cuento, rodean

los rinocerontes hacia la empalizada.

Los ojeadores forman un ejército con sus jefes y subalternos que vigilan todos los movimientos; pues la torpeza o el descuido de pocos pueden esterilizar fácilmente el esfuerzo de los más. Los ojeadores se van replegando como dos brazos inmensos hasta rodear el corral.

Las noticias que teníamos por los partes comunicados por el jefe de los ojeadores, era que tres piaras distintas de rinocerontes estaban por entre las humaredas y a corta distancia. Según los cálculos, eran, en total, unos 150 a 180 rinocerontes.

Había prohibición absoluta de hablar en voz alta y de hacer el menor ruido.

De repente, el silencio de las llanuras fué interrumpido por el grito de los centinelas, el redoble de los tambores y el estruendo de los disparos.

Eran los ojeadores que obligaban a los rinocerontes a huir en dirección a la empalizada o corral.

Un instante después, el crujido de las ramas y el movimiento de los arbustos señaló la próxima irrupción de los rinocerontes. El guía de una de las piaras salió de entre unos matorrales y llegó hasta unos 20 metros de la abertura del corral, seguido de unos 50 rinocerontes.

Un esfuerzo más por parte de los ojeadores y ya iban a penetrar en el corral, cuando de repente vimos volver grupas a los rinocerontes, y alejarse de la empalizada.

El jefe de los ojeadores se acercó para explicarnos que un jabalí, con gran estrépito, había pasado por delante del rinoceronte guía, y excitados y ciegos por la carrera del jabalí habían vuelto rápidamente grupas. Siguiendo sus consejos debíamos aguardar la noche.

Al ponerse el sol, el espectáculo fué interesante. Los fuegos lucieron con toda viveza; alumbráronse millares de antorchas; comenzó el ruido y estrépito de los tambores y gritos de los indígenas, y los ojeadores continuaron estrechando en sus mallas de fuego y humo a los rinocerontes, que al fin aparecieron y entraron en el corral.

Entonces ocurrió un espectáculo fantástico, extraño; todos los ojeadores y cazadores, con antorchas en la mano, penetraron en la empalizada.

Los rinocerontes aprisionados, corrieron velozmente, procurando romper la empalizada; pero, envueltos por doquier por el fuego y por el humo de grandes hogueras y el resplandor de las antorchas, al fin, jadeantes y rendidos, se agruparon en el centro, llenos de terror, temblorosos y arrimados unos a otros.

Entonces se avivaron las fogatas para que lucieran hasta la salida del sol.

Los ojeadores habían interceptado el paso a tres piaras; sólo una había penetrado en el corral, y las otras dos permanecían aún ocultas entre las sombras.

Se tomaron todas las medidas necesarias para que aquellas dos piaras no se escaparan. Por lo que atañe a los cazadores, nos retiramos a nuestras rústicas viviendas para descansar el resto de la noche.

Cuando vino el día nos apresuramos a visitar el corral. Los rinocerontes, rodeados por centenares de indígenas armados de palos y picas, permanecían inmóviles de estupor y de miedo.

Las otras dos piaras fueron también cazadas, realizándose con gran alborozo de todos, un espléndido festín.

PASIONARIA

En tu mansión señorial
modularé mis baladas,
para los príncipes y hadas
de tu ensueño divinal.

Y la música fontal,
con aguas no adormiladas,
dirá canciones amadas
en esa noche vernal.

Y al fin seré un decidor
de aquel cántico de amor
de las horas sin agravios;

pero tendré como premio,
por mi dolor de bohemio,
la salvación de tus labios...

Oscar Alberto IBAR.

en Naivasha, en el África Oriental, tenía sólo 1.52 metros de alto.

El rinoceronte es casi el único animal, excepción hecha del león, que puede penetrar en la maleza.

Como necesitan bañarse muy a menudo, no suelen alejarse de los terrenos pantanosos.

Su sueño es tan profundo, que los cazadores, adoptando algunas precauciones, pueden acercarse a ellos mientras están dormidos.

Las cantidades de alimento que necesita un rinoceronte son casi increíbles. En cantidad consume más de 35 kilos diarios de forraje.

Cuando las duras sequías agostan las hierbas de las praderas africanas donde suele habitar el rinoceronte, este animal se reúne en piaras para emigrar en éxodos lejanos hacia tierras más fértiles en que encontrar su sus-

el corral de una espesa, alta y fuerte empalizada, bien disimulada con arbustos y llamas.

La empalizada ha de estar construída de suerte que un hombre pueda entrar fácilmente dentro del corral. Una abertura que puede cerrarse da acceso al lugar cerrado.

Cuando la empalizada está terminada comienza entonces la misión de los ojeadores. Centenares de hombres se extienden formando un semicírculo de muchas leguas, a fin de interceptar el paso a un número considerable de rinocerontes.

La marcha de los ojeadores ha de ser paciente y llena de prudencia, a fin de ir lanzando las piaras hacia la corraliza.

En la caza que yo asistí había 1.400 ojeadores. Estos emplean el fuego y el humo para formar y empujar a





De pelo corto

Por RAMIRO DE MAEZTU

Todas las muchachas norteamericanas se han cortado el pelo. No hay más cabellos jóvenes que los que particularmente se distinguen por su abundancia o su belleza. Es el signo de la libertad. Por primera vez en la historia del mundo las mujeres se han cortado el pelo en signo de su liberación. Así, al menos, lo creen muchas mujeres. Pero yo no vi la estatua de la libertad al entrar en el puerto de Nueva York. Creo, con todo, que conserva su natural corona.

Este mismo significado dieron los chinos a la cortadura de su trenza. La maravilla se ha realizado, y aún el mundo no entiende lo que ha visto. ¿Por qué someterse a las costumbres ancestrales? ¿Por qué no cambiarlas cuando se nos antoja? No que a mí se me importe un canasto de lo que hagan las mujeres con su pelo. Tan bellas o tan feas, según los casos, están si se lo cortan como si se lo dejan; pero si el pelo largo es el signo de una feminidad que se rechaza, ¿por qué los hombres de la China se dejaban la trenza? Y cortarse el pelo es símbolo de la emancipación, ¿por qué se lo cortan las novicias al hacerse monjas y las judías ortodoxas al casarse?

Durante siglos hemos simbolizado el mayor sacrificio que podía realizar una mujer en el tijeretazo que cortaba sus cabellos, al profesar el claustro. Era la renuncia a la vida del mundo, la consagración a deberes y amores celestiales, el llamamiento de lo invisible, el testimonio de lo sobrenatural. Ningún hombre que ha conocido una muchacha que después se ha hecho monja, ha recordado el pelo que cubría su cabeza sin un suspiro de lamentación. Y no se puede ver en los mercados judíos de los barrios pobres, en Nueva York o en Londres, a las mujeres tocadas con feas pelucas, sin admirar el heroísmo de una raza que conserva tan doloroso sacrificio. Lo que dice la peluca es que la mujer que la lleva renunció al casarse a toda coquetería y orgullo de su físico, para no ser, en lo futuro, más que la madre de sus hijos.

Una de las profesiones más viriles de España, la del torero, se distingue por dejarse crecer el pelo. Cortarse la coleta significa renunciar al aplauso para encerrarse en su casa. ¿Por qué el pelo corto de la mujer moderna significa precisamente lo contrario?

Las librerías norteamericanas están llenas de obras que pretenden resolver el problema del amor. Dentro de pocos días veré si ocurre lo mismo en las inglesas. El tema candente es el de la Eva nueva. Se dice que es el sexo dominante. A mí se me figura lamentable la necesidad en que la mujer se encuentra de ganarse la vida. ¿No será el feminismo, sino la consecuencia de la pobreza o del egoísmo masculino?

Pero dejémonos de tópicos ya usados. Lo característico de la mujer norteamericana es el saber de las cosas que eran misterios hasta hace cuarenta años. Se educan, como los hombres, en los colegios universitarios. No hay ninguna muchacha norteamericana de buena posición que se eduque en conventos, ni aún las de familias católicas. La ambición de los grados académicos es en Norte América, más femenina que masculina.

El conocimiento de los hechos básicos de la generación y de la vida es parte integrante de la educación. Si era ese el fruto prohibido, la nueva Eva ha mordido la manzana del árbol de la vida. Para limpiar el aire de malas prácticas y de generaciones, los educadores norteamericanos han encontrado dos remedios: Su confianza la han puesto en el saber, que ilumina la razón, y en el atletismo, que fortalece el cuerpo.

Les admiro el valor. Ignoro si la experiencia saldrá bien. Uno de los resultados es patente. La raza es vigorosa. Falta saber si este vigor es el resultado de la riqueza y del atletismo, sin que el esclarecimiento de la vida sexual tenga gran parte en ella. Me sería imposible, de otra parte, combatir la difusión del saber. Esto es para mí, principio sagrado. Si la humanidad sólo se puede perpetuar en la ignorancia, no vale la pena de preocuparse de su porvenir.

Lo que no me parece es que el esclarecimiento se haya dado en un momento de ser de eternidad, es decir, genuino idealismo. De aquí las pobres dudas mías. La gente ha aprendido a manejarse mejor que en las generaciones anteriores los negocios sexuales. Quizás con ello se ha contribuido

a su mayor fortaleza. Me parece muy verosímil. Pero esto es todo, aunque no sea poco, lo que pueda decirse en favor del nuevo orden de ideas y de los nuevos métodos.

Al mismo tiempo que la raza se vigoriza disminuye su fecundidad. Y ello es también resultado del esclarecimiento de la vida sexual. La gente se hace más sana, pero también más egoísta; mejor dicho: aprende los medios de someter el instinto al egoísmo. Muchos médicos se felicitan de todo ello. Muchos pensadores dan la voz de alarma. Pero el optimismo es todavía casi universal. En los Estados Unidos es obligatorio el optimismo.

Prevalece todavía en los Estados Unidos una ilusión semejante a la que encendió Rousseau en el siglo XVIII, cuando ya se empezaba a dudar de la suficiencia de la razón. La naturaleza nos salvará; sólo necesitamos conocer sus leyes. A las alarmas de los pensadores contestan los optimistas: "Perfectamente. Que los egoístas se esterilicen. Así desaparecen de la tierra."

Sólo que no se trata únicamente de los egoístas, sino de las clases intelectuales en general. Los que

llevan la antorcha de las ideas desaparecen de la tierra. La luz es recogida por los menos buenos, que a su vez se irán borrando del planeta para dejar el paso a los peores.

Pero a ningún norteamericano se le permitiría la expresión de semejantes jeremiadas.

El crecimiento de la hierba

En una reunión de botánicos que se verificó en Silesia, se presentó un aparato hecho por Thomas y Lügel, con el cual se puede medir la rapidez del crecimiento de una planta cualquiera. Pónese ésta en conexión con un índice que se mueve visible y constantemente, y el cual, acusando el crecimiento en escala cincuenta veces mayor, permite apreciar con mucha exactitud aquel fenómeno fisiológico. Enlazando el índice con un timbre eléctrico, se logra, no sólo hacer visible el crecimiento, sino también oírlo, con lo cual resulta materialmente cierta la locución vulgar de *sentir crecer la hierba*.

¿Cuánto gasta Vd. por lavar los pisos?

Poco. Pero se requiere mucho trabajo y en seguida están otra vez sucios.

Use PISOLEO

Trabjará poco, gastará menos y conservará limpios los pisos.

Todo el mundo sabe que al barrerse un piso, la atmósfera se llena de una gran cantidad de polvo o moléculas, las que se depositan por todas partes y lo ensucian todo.

Todos saben, o debieran saber, que ese polvo flotante es el medio seguro de contraer toda clase de enfermedades infecciosas. El PISOLEO es un flúido que tiene la propiedad de evitar completamente que se levante polvo al barrerlo, sólo lo adhiere al piso sin que se pegue y lo hace más pesado que el aire, razón por la cual no se levanta.

Aplicando PISOLEO a los pisos, da a estos buen aspecto, color uniforme y no se notan huellas de tránsito. La aplicación es Fácil, Duradera y Económica. PISOLEO impide que se adhiera al piso substancia alguna que pueda ensuciarlo. Se evita el trabajo material de lavar los pisos, bastando barrerlos bien.

PISOLEO posee grandes cualidades desinfectantes y una fragancia agradable. Destruye insectos, parásitos y gérmenes infecciosos. Ahuyenta las moscas y sanea el ambiente, especialmente en los locales muy concurridos.

Somos únicos concesionarios del PISOLEO desde hace años. Ojo con los que hoy, sin escrúpulos, aparecen vendiendo un producto falsificado con otros o parecidos nombres.

PÍDALO EN LOS NEGOCIOS O SOLICITE PROSPECTO A

LA INDUSTRIAL Cía. Lda.

Casa fundada en el año 1888

Pastorini y Lacoste — Brasil 3076 al 80

Unión Telefónica 1323, Corrales
Coop. Telefónica 513, Corrales

B U E N O S A I R E S



LA FORASTERA

(Cuento español)

Por PEDRO RISTORI MONTOJO

Era una tarde esplendente de fiesta andaluza. Mucho sol en un cielo muy azul. Mucha alegría, mucho donaire, mucho vino y, por tanto, mucho ingenio.

El señor marqués festejaba, contento, orgulloso y satisfecho, la petición de la mano de su hija invitando a sus pacientes y amigos en su soberbio cortijo de "Las Clavellinas", próximo a Jerez, a una juerga típica, castiza, flamenca, señorial y simpática.

Desde muy temprano ardía en fiesta la espléndida finca, y desde la noche anterior corrían el vino y el buen humor entre la gente de campo: aperadores, labradores, ganaderos, pastores y servidumbre de la casa.

"Er zeño marqués" llegó muy de mañana para inspeccionar todos los detalles. Era un hombre joven, fino, de porte aristocrático, y simpático y generoso como nadie. Gozaba del cariño y respeto de todos sus servidores y adoraban en él con ese calor y vehemencia que los criados andaluces sienten por sus amos.

Una rápida visita que hizo con su administrador por todas las dependencias de la hacienda bastóle para convencerse de que no faltaba detalle para recibir dignamente, con el lujo en él peculiar, a sus numerosos y distinguidos invitados. Quedó encantado, sobre todo, admirando cómo aquella gente, a fuerza de la costumbre, había adornado el patio central del cortijo donde se celebraría la zambra andaluza. El piso, de mármol, relucía y saltaba de limpio; las paredes brillaban a cegar con sus azulejos moriscos; los muebles, ligeros, de junco blanco, daban la sensación de alegría y comodidad que reinaba en toda la casa, y una multitud incommensurable de macetas, tiestos y jarrones, reventando de rosas, claveles y jazmines, rodeaba en un abrazo de aromas deliciosos a la artística fuente. Esta se erguía en el centro del patio, construida también de azulejos multicolores, y el surtidor, largo, derecho y cristalino, surgía hacia el cielo como ofrenda de lágrimas de alegría...

El marqués preguntó a su administrador:

—¿Le mandaron aviso al maestro Oneto?

—Sí, señor marqués. Desde anoche temprano lo sabe, y no tardará en llegar. Ya sabe el señor marqués que el maestro lo toma con anticipación: siempre se viene a almorzar. Ya me extraña que no haya venido.

—Si acaso, mándale el coche, que está ahí fuera.

—No hará falta, señor marqués.

Efectivamente, no fué necesario. El maestro Oneto, el gran "tocaor" de guitarra, apareció con su traje corto, su sombrero ancho y su vistosa cadena de reloj, de la que pendía una "libra esterlina". Perfectamente afeitado, pulido, limpio, representaba, con su aire jovial y flamenco, quince años menos de los cincuenta y cuatro que tenía. De ellos, llevaba "cuarenta y siete" acariciando a su "órgano", como él le llamaba a su guitarra, y asistiendo a todas las fiestas, donde era indispensable por su arte, comportamiento correcto y por la gracia, siempre fina, y de "cosas célebres", cuentos y chascarrillos que guardaba constantemente a flor de labios. Traía el sentimental y alegre instrumento, del que dijo un poeta o muchos poetas, "que tiene formas de mujer", enfundado cuidadosamente en bayeta verde. Unas iniciales bordadas con hilo amarillo, una "L" y una "F", daban a entender su nombre y apellidos pues aunque todo el mundo le llamaba "er maestro Oneto", él se llamaba Leopoldo Fernández, y Oneto era su se-

gundo apellido. Galantemente traía su "órgano" colgado del brazo, como si fuera su señora.

Al ver al dueño de la casa, saludó quitándose el "ala ancha" de atrás hacia delante.

—Zalú, zeño marqués..., y la "compaña".

El marqués le agarró, cariñoso, la mano.

—¡Hola, maestro! ¿Qué tal?

—Ya ve usted, zeño marqués. Aquí estoy yo con mi "finca". (Aludiendo a su pareja.)

La juerga estaba en su apogeo. Se oían risas, carcajadas, piropos, gritos, exclamaciones de júbilo y ese chasquido alegre e inconfundible que producen los "golletes" al chocar con la "vajilla", transparente y fina. Se bailó, se cantó y se bebió de lo lindo, y en una alegría sana, correcta, en un optimismo desbordante, parecía como si los allí reunidos no tuviesen más misión en esta vida que gozar, reír y darle las gracias a Dios por haberlos traído a este mundo...

¡Bendita tierra andaluza, bendita

Otoño madrileño

Para "Fray Mocho".

Abierto mi balcón hacia el oriente,
miro alzarse al cenit el rubio sol,
y en mi alcoba la luz entra riente
bañándola en su alegre resplandor.

Madrid se despereza displicente
bajo un cielo sin nube ni arrebol
Y en todo pone su color ingente
este otoño tan claro y español.

Enfermo de nostalgia, en torno mío
ansioso busco un confidente amigo
que la patria me evoque y el hogar;

y mirando a través de los cristales
me sonríen las casas vecinales
con su viejo tejado familiar.

Juan E. O'LEARY.

Madrid, noviembre de 1925.

—Bueno, hombre. Supongo que vendrás también a almorzar. Pues anda a tomar alientos, que esta tarde es de mucho trabajo; viene mucha gente y mucha "afición".

—Pa ezo estamos, zeño marqués...

alegría, bendito optimismo bienhechor, que nos hace más buenos, más caritativos, más dignos, más cristianos!

Fuera, en el campo, sonó imperiosa la bocina de un "auto", y un criado entró diciendo:

LAS PANATENEAS

Este es el nombre dado a las grandes fiestas que los atenienses celebraban en honor de la diosa protectora de su ciudad, Pallas Atenea, fiestas que terminaban en una gran procesión, que los frisos del Partenón han immortalizado.

Daban estas fiestas de los tiempos más remotos, y se dice que el rey Erictonios las había instituido cuando Atenea venció al gigante Aster. Teseo, según la opinión corriente, fué quien había decretado su majestuoso esplendor y les había dado el nombre de Panateneas.

Había las pequeñas Panateneas, que se celebraban cada cuatro años, y durante cuatro días. Días de piedad y regocij, en el transcurso de las cuales la ciudad entera multiplicaba en honor de la diosa los sacrificios, oraciones y juegos.

Verificábanse carreras y regatas,

y músicos y danzantes y poetas rivalizaban en el Odeón, donde no cesaban los cantos y los acordes de las liras, cítaras y flautas.

El último día de las fiestas formábase un inmenso cortejo que iba a llevar solemnemente a la estatua de la diosa, en el Acrópolis, el nuevo peplo tejido y bordado por las jóvenes de la ciudad, y que había traído la galera panatenaica. Desde el puerto atravesaba la procesión toda la ciudad. Tras los caballeros marchaban las cuadrillas, guiadas por mujeres. Luego, los victimarios, conduciendo los animales para los sacrificios. A continuación, las jóvenes, áticas, coronadas de flores y llevando urnas y fanales.

Los magistrados formaban igualmente parte del cortejo, que llevaba a la diosa el homenaje de la ciudad que ella había creado y protegía.

—Ahí vienen don "Rafae" y unas "zeñoritas".

El marqués y su hija corrieron a recibir a los rezagados. Habían tenido una "panne" en plena carretera. Por un momento se hizo silencio en la fiesta. Entraron. Todos eran conocidos, íntimos, menos una muchacha, guapísima por cierto, que era forastera y pasaba temporada en Sevilla con unos parientes.

El marqués exclamó, galante y simpático:

—Señoras y señores: Tengo el gusto de presentar a ustedes a este "encantiño" de gallega que se llama en la tierra—en el cielo no sé—Carmen Lago, y el que haya visto algo más bonito, ya sea como "Carmen" o como "Lago", que levante el dedo.

Hubo un movimiento de curiosidad, un silencio de admiración, y la gentil gallega, la divina rapaza, quedó un poco azorada, pero más bonita, al verse admirada y asaeteada por tantos ojos. Era un "guayabo" ideal. Perfecta de facciones, rubia, alta y con un cuerpo joven y cimbreño que cautivaba y enloquecía. Era ese tipo de mujer gallega, tan femenino, tan mujer y tan opuesto a lo que debían ser las mujeres nortefías, criadas entre nubes y montañas. Familiarizada con el buen humor, con la cordialidad y franqueza que allí existía, y un poco familiarizada también con el "Bláquez", se encontró la forastera encantada y entre amigos y amigas que la obsequiaban, atendían y piropeaban.

De pronto, una voz exclamó:

—Que cante "Carmiña".

Y todos a una exclamaron:

—¡Sí, sí, que cante!

Carmiña, un poco turbada, quiso escudarse alegando que sólo sabía canciones de su tierra, que eran muy tristes; pero el propio marqués se lo pidió diciendo:

—¡Hágame el favor de cantar, Carmiña! Estas canciones que usted ha oído nos dicen cosas a los sentidos: ahora háganos el favor de hablarnos al alma.

De nuevo quiso Carmiña evadirse de cantar, y exclamó con una voz feble, poniéndose encantadora de ternura:

—Bueno. Como ustedes quieran. Pero no tengo quien me acompañe...

El maestro Oneto, que se había quedado como mudo, admirando en silencio aquella divinidad de criatura, exclamó casi colérico:

—¡Arto ahí! Con ésta (señalando a la guitarra) la acompaño yo a usted, clavellina de mayo, hasta "er Parzifá"...

Y el maestro Oneto, tranquilo ya en su amor propio, y haciendo verdaderas filigranas con el "bordón solo", acompañó a Carmiña esta canción, que salió de su boca como un hálito de felicidad y de ternura. Puso en ella su alma gallega, tan hermosa como su cara:

Louxe d'a terriña,
louxe d'a meu lar,
qué morriña teño,
qué antigustias me dan...

Terminó Carmiña, y un silencio místico, de éxtasis, flotó en el ambiente y escalofrió al auditorio. Tan fuertemente conmovió la canción melancólica y dulce, que algunos ojos sintieron los pinchazos del llanto. Y el maestro Oneto tiró su queridísima guitarra y corrió para el campo, como un loco. El "señor marqués", que estaba próximo, le atajó, preguntándole:

—¿Adónde va usted, maestro?

Y "er maestro", sudando "manzanilla" y con los ojos llorosos, replicó decidido:

—¡A ve si paza un barco que vaya a La Coruña!!



San Gimignano es una pequeña y severa ciudad toscana, situada en una colina a 322 metros sobre el nivel del mar, que pertenece a la provincia de Siena y cuya característica la constituyen sus numerosas torres. Toda ella está circundada de fuertes muros e imponentes torreones que le forman un macizo collar de piedra ciñendo el verde cuello del paisaje extendido a sus plantas, armoniosamente, invitando al pincel o a la fantasía de un artista sutil y delicado a la vez, como son sutiles y delicados los cipreses, purísimas llamas en éxtasis, que se elevan en grupos o aislados, sobre graciosas y risueñas colinas donde abundan elegantes pinos, claros olivos y verdes viñas y sonrien cercanas y en lontananza casitas y aldeas.

Por los senderos que serpentean en el paisaje, ruedan plácidamente rojas carretas tiradas por lentos y vigorosos bueyes blancos de cuyas nobles testas penden largas guías rojas que semejan flores de sangre.

El poeta Frullani, en pocos versos nos describe magistralmente la ciudad:

Sul vertice di bel colle ridente
cui l'acqua d'Elsa van lambendo il piede,
ove più dolce l'aer al cor si sente,
ove il cielo più limpido si vede,
bruno castello maestosamente
di molte torri coronato siede,
San Gimignano quel castel si chiama,
ricco di opere d'arte e antica fama.

Los orígenes de esta interesante ciudad, digna de ser visitada por todos los amantes del arte puro, parecen encontrarse en la historia de Roma. Cuentan los cronistas de San Gimignano que los hermanos Muzio y Silvio, jóvenes patricios, obligados a huir como cómplices en la conjuración de Catilina, o, como quieren otros, por miedo a la peste que asolaba Roma en tiempos de Augusto, se refugiaron en este solitario y ameno lugar y construyeron dos castillos a los que pusieron su nombre: así fue llamada Silvia la tierra que hoy se denomina San Gimignano. Afirman algunos que el cambio de nombre se verificó en el año 450, cuando por la intervención de San Gimignano, obispo de Módena, fue librado el castillo de las hordas de Atila. Pero éstas no son más que simples suposiciones: el origen de esta ciudad ha quedado y quedará envuelto en el misterio porque la leyenda tergiversó la verdad.

El poeta Giusti la llama: "San Gimignano de las bellas torres y las bellas campanas".

Las catorce torres que aún se conservan en la ciudad, están construidas casi todas en los siglos XII, XIII y XIV. Nadie podía erigir junto a su casa la torre si no tenía un título de nobleza o no poseía por cuenta propia una nave mercantil en el puerto de Pisa. Su altura no podía sobrepasar a la "Rognosa" (es decir la del antiguo "Palazzo del Podestà", hoy llamada "del Reloj"). La leyenda, o, mejor, la tradición dice que eran 72. Un escritor de 1580 afirma, que eran 25. Examinando la construcción de las calles y de las plazas principales se llega a la conclusión que, por lo menos, existieron 36 torres. Hoy, más o menos en buen estado, se conservan 14.

Gracias a las sabias leyes estatutarias y a la nobleza de los ciudadanos, las calles de "San Giovanni", de "San Matteo" y "del Castello" que vieron transitar al divino poeta Dante, se embellecieron de sólidas y elegantes construcciones de ese noble estilo toscano tan grato hoy como entonces.

Los estilos predominantes en la arquitectura medioeval de San Gimignano son dos: el románico y el

gótico. El románico revelador del origen y la gallardía de la estirpe, se encuentra, especialmente, en las iglesias y en las obras privadas de los siglos XI, XII y XIII. En el siglo XIII asoma el estilo gótico que añadió, durante todo el siglo XIV y el XV, a la fiera románica cierta distinción y elegancia que forman ese conjunto de sobriedad y de gracia, de ideal y de armonía que, actual-

a la bella "plaza de la Cisterna". La gran cisterna que se alza en medio de ella y que reclama inmediatamente la atención, fué construida en 1237. Notables son, asimismo, los edificios que ornan dicha plaza (que con la plaza del "Duomo" forman el centro de la ciudad): entre ellos se destacan el palacio "Ridolfi" con pinturas a la manera del Padre Francisco Fiorentino, siglo XV; el "Razzi",

monía, son las pinturas que ilustran las volutas y las paredes del interior del templo, frescos que representan, en la pared izquierda, hechos del Antiguo Testamento, debidos muy probablemente a Memmi que trabajó en ellos a principios del 1300; y en la pared derecha, hechos del Nuevo Testamento debidos al pintor Barna y a su discípulo Giovanni da Asciano.

La puerta que se ve bajo el órgano, lleva al oratorio de San Juan, también rico de pinturas y poseedor de una preciosa fuente bautismal de mármol blanco con cinco bajorrelieves.

Una verdadera joya es la capilla de Santa Fina (la santa de la ciudad), tanto por su arquitectura como por las pinturas y esculturas que la embellecen. El proyecto lo proporcionó Giuliano da Maiano que de Florencia se trasladó a San Gimignano en mayo de 1468.

Las pinturas ricas de colorido, llenas de juvenil frescura son de Domingo Ghirlandaio que contó con la ayuda de su hermano David y su cuñado Sebastián Mainardi.

Las esculturas son de Benedetto da Maiano que labró primorosamente el pabellón y el altar de mármol de Carrara.

En la pared derecha está representada Santa Fina que hace penitencia tendida sobre una tabla de encina y el papa San Gregorio rodeado de serafines que le anuncia la muerte.

En la pared izquierda se asiste a las exequias de Santa Fina que aparece yacente sobre un rico catafalco, con una expresión tan tierna en el bellísimo rostro de líneas delicadas que, más que muerta, parece poseída por un dulce sopor. Numerosas figuras rodean a la santa y como fondo se divisan las torres de San Gimignano. El fresco es de una suavidad única: es como una grata melodía de colores y de formas: las figuras están llenas de gracia y gentileza y sus formas vibran de frescura y de vida.

Notabilísima es también la iglesia de San Agustín, de estilo gótico, edificada en 1280, situada en la plaza de su mismo nombre: sobre todo el coro pintado por Benozzo Gozzoli, el pintor predilecto del divino Beato Angélico. Los frescos de este coro representan algunos hechos de la vida de San Agustín, entre los que sobresalen: el viaje del Santo, de Roma a Milán; la muerte de Santa Mónica y las exequias de San Agustín. Algunas de estas composiciones son excelentes, correctas de dibujo y ricas de colorido: recuerdan en algo la manera del Angélico.

Entre los otros bellos monumentos que encierra San Gimignano se deben mencionar: el antiguo "Palazzo del Podestà", del siglo XII con la famosa torre "Rognosa" y la "logia" con un fresco muy deteriorado debido al pincel de Sodoma (1513); y el nuevo "Palazzo del Podestà" construido en 1288 con planos trazados, probablemente por Arnolfo di Cambio. Este majestuoso palacio tiene un famoso balcón desde donde Dante, embajador de Florencia, habló a la multitud.

La torre que flanquea dicho palacio fué empezada en el 1300: gózase desde ella un espléndido panorama. Tiene tres bellísimas campanas: la mayor es del 1328, la mediana del 1295 y la pequeña del 1341.

Hace poco tiempo San Gimignano ha sido declarada, toda ella, monumento nacional: si con ello pierde el progreso, gana el arte y éste compensa con creces aquél.

Mayorino FERRARIA.

Bellezas de Italia SAN GIMIGNANO

(Véase en las páginas de rotogravure el complemento gráfico de esta crónica)

El agua

El agua que bebemos está generalmente contaminada, con especialidad donde no existen obras sanitarias o de salubridad pública, máxime cuando es extraída de pozos, donde se filtran las aguas de otros que son depósitos muchas veces de desperdicios, excrementos y aguas servidas. La mortalidad y morbilidad de lugares habitados, aún excluyendo las enfermedades netamente hídricas, disminuye notablemente a medida que la cantidad y calidad del agua son mejoradas.

ESTA REGLA DE HIGIENE
ES CAPITAL

Prevéngase pues contra las enfermedades intestinales, adquiriendo un

Esterilizador HOTTINGER

EN VENTA EN LAS SIGUIENTES CASAS:

Farmacia Belgrano, Cabildo, 1901.
Droguería del Indio, Rivadavia, número 1501.
Beretervide & Leonardini, Piedras, No 170.
Farmacia J. T. Raffo, Esmeralda, No 301.
Heinlein & Cia., Av. de Mayo, 1402.
E. Martínez & Cia., Rivadavia, 1001.
Bazar Solanas, Santa Fe, 2138.
Guanzirolli & Cia., Sarmiento, 1431.
Angeleri, Jacuzzi & Cia., Callao, 98.
Cerini Hnos., Sarmiento, 1202.

Juan Faccaro, Bm.é. Mitre, 2599.
Medina & Cia., Rivadavia, 865.
Schmitz Hnos., Alsina, 2639.
Alejandro Colven, Viamonte, 933.
Spinedi & Grunwald, Callao, 666.
Rafuls & Cia., Moreno, 862.
Casa Uvalde, Maipú, 327.
Pablo Kolbe & Cia., Moreno, 1202.
B. Greshake, Esmeralda, 146.
Federico Clafield & Cia., Paseo Colón, 746.
A. Pfeiffer & Cia., Perú, 425.
Portes Hnos., Rivadavia, 1982.

A quienes se pueden solicitar precios y detalles.



mente, a pesar del tiempo destructor, encanta la vista y recrea el cerebro del visitante inteligente.

Entrando por la puerta "San Giovanni", admiramos en seguida la magnífica puerta reconstruida en 1262; la más bella y mejor conservada, que posee un bonito campanario que pertenece a la pequeña iglesia a tres naves llamada "Madonna dei Lumi" de estilo barroco y sin embargo, graciosa. Siguiendo por la calle San Giovanni se llega a la plaza de San Francisco y un poco más delante al palacio "Pratellesi" que tiene hermosísimas ventanas góticas.

El "Arco dei Becci e Cugnanesi" de los siglos VII y VIII nos lleva

restaurado en 1921; la casa "Mori Checucci", de estilo morisco; el palacio "Tortoli", en muy buen estado de conservación y las torres de la poderosa familia Ardinghelli.

Pero donde se encuentran las obras más importantes es en la plaza "Victor Manuel", llamada comúnmente del "Duomo": "La Colegiata", magnífico edificio del siglo X con una sobria fachada y una soberbia y amplia escalinata construida en 1264. Su primitiva forma debió ser como la de las basílicas romanas a tres naves y tres ábsides, pero fué perdiendo gradualmente su antigua arquitectura hasta adquirir la forma de una cruz latina.

Maravillosas, llenas de gracia y ar-

Un éxito periodístico

Por MARK TWAIN

No sin recelo, me hice cargo temporalmente de la publicación de una revista de Agricultura; como un hombre de tierra adentro tampoco se hará cargo del mando de un buque sin cierto temor. Pero me hallaba en circunstancias en que tenía necesidad de un sueldo; el director de la revista quería tomarse unas vacaciones para descansar, y yo ocupé su puesto, aceptando las condiciones que me propusieron.

Tomé el trabajo con gran satisfacción, y, aparte de la labor ordinaria de confección, estuve escribiendo toda la semana con gran entusiasmo. Impreso el número y lanzado al público en las primeras horas de la mañana, dejé que pasase todo el día, para ver si mi esfuerzo había producido algún resultado. Cuando, al anochecer, dejé la redacción y salí a la calle, encontré junto a la puerta un grupo de hombres y muchachos, que en seguida se apartaron, abriéndome camino, y oí que uno o dos decían:

—¡Ese es!

El incidente, como es natural, no dejó de envanecerme.

A la mañana siguiente, al volver a mi oficina periodística, hallé otro grupo semejante en el portal, y algunas parejas e individuos sueltos parados en la calle como esperando que yo pasase y que, efectivamente, me miraron con marcado interés.

El grupo del portal se separó a mi paso, como la víspera, y oí perfectamente decir a uno de los hombres:

—¡Fijaos en sus ojos!

Hice como que no notaba el interés que despertaba mi presencia; pero confieso que experimenté gran satisfacción interior, y resolví escribir a mi tía dándole cuenta de todo ello.

Subí en dos o tres zancadas el tramo de escaleras, y, al llegar cerca de la puerta de la redacción, me pareció oír abajo alegres risotadas. Al penetrar en mi escritorio hallé en él dos jóvenes de aspecto campesino, que, al verme, palidecieron, y súbitamente saltaron por la ventana, rompiendo los cristales con gran estrépito. El hecho me sorprendió extraordinariamente.

No había transcurrido media hora cuando se presentó un caballero anciano, de lengua barba y faz noble pero austera, que, después de tomar asiento, previa invitación mía, se limpió los anteojos con un pañuelo de seda rojo, sacó un periódico, que extendió sobre sus rodillas, y me preguntó:

—¿Es usted el nuevo director?

—Sí, señor.

—¿Ha dirigido usted antes de ahora alguna publicación agrícola?

—No, señor. Esta es mi primera tentativa.

—Me lo figuraba; ¿tiene usted experiencia en agricultura práctica?

—Tampoco. Únicamente me guía mi buen sentido y mi cultura general.

—¡Ya, ya! Cierta intuición me lo decía a mí—exclamó el anciano, calándose los anteojos y empujando el periódico.—Voy a leerle a usted lo que me ha despertado ese instinto. Es este artículo que va a la cabeza de su revista. Oiga usted, y dígame si usted ha escrito esto: "Los nabos no deben cosecharse arrancándolos a manta, o sea de una vez todos los del predio. Es mucho mejor hacer que un muchacho suba al árbol y sacuda éste..."

El anciano interrumpió entonces la lectura, y, mirándome con aire severo, me preguntó:

—Y ahora, ¿qué me dice usted de esto?

—¿Que qué le digo?—exclamé.—Pues que está muy bien. Que es un buen consejo. Estoy seguro de que todos los años se pierden millones de arrobas de nabos, sólo en este distrito, por arrancarlos antes de su completa madurez, mientras que si un muchacho sube al árbol y lo sacude, sólo caerán los maduros...

—¡Qué sacudan a su abuela! ¡Los nabos no se crían en árboles!

—¡Ah! ¿Conque no se crían en árboles? ¿Y quién dice que se crían en árboles? Bien se entiende que se habla en sentido figurado...

Al oír esto, el caballero de la lengua barba, lleno de indignación, se puso en pie, hizo trizas la revista, pisoteó los pedazos, y con su bastón repartió golpes a diestro y siniestro, rompiendo cuanto halló a su alcance, diciendo al mismo tiempo que yo sabía de agricultura menos que un choto, y, saliendo disparando de mi despacho, dando un portazo que hizo retumbar toda la casa. Comprendí que algo le había disgustado; pero no sabiendo lo que

Dios..., que estoy sufriendo atroces tormentos!

Sin volver de mi asombro, tomé el papel y comencé a leer. Conforme los párrafos iban brotando de mis labios, pude advertir que la ansiedad reflejada en su rostro iba desapareciendo, que en su facciones y en su actitud se dibujaba la paz y el sosiego, y que una expresión de bienestar iluminaba su semblante. Yo fui leyendo lo siguiente:

"El guano es un ave muy delicada, y, sin embargo, no son precisos cuidados extraordinarios para criarlo. No debe importarse antes de junio ni después de septiembre. En el invierno debe procurarse local caliente, donde pueda hacer el desove y empollar su cría. Es evidente que la estación va retrasada para el guano; por lo tanto, conviene que los labradores planten sus tortas de trigo negro en julio, en lugar de dejarlo para agosto.

Por lo que se refiere a las calabazas, debemos decir que esta fruta es más estimada cada día por los habitantes del país, que la prefieren al agrazón para hacer conserva, y a la frambuesa, para la alimentación de las vacas. La costumbre de plantar las calabazas delante de las fachadas de las granjas, mezcladas con las zarzamoras, va pasando de moda, pues se va convenciendo el público de que la calabaza, como árbol de sombra, es un fracaso."

Al llegar aquí, mi atento oyente se adelantó hacia mí, alargándome la mano, y exclamando:

—¡Basta, basta! Ya sé que estoy

Numerosas autoridades

médicas de hospitales, sanatorios, maternidades, etc., han proclamado el Lysoform como el mejor y más eficaz desinfectante que hoy pueda utilizarse, porque no irrita, no mancha, no huele mal, no destruye los tejidos, es absolutamente inofensivo y posee un gran poder bactericida, cualidades que no se encuentran reunidas en ningún otro antiséptico conocido.

El Lysoform se halla especialmente recomendado en los casos de parto, lavado de heridas, picaduras de insectos, ablandamiento de abscesos y, sobre todo, en la higiene íntima de las señoras, quienes, habituándose a la práctica de irrigaciones diarias con soluciones tibias de Lysoform, pueden prevenirse contra los flujos, hemorragias, congestiones, fibromas, ovaritis y otras muchas enfermedades propias del sexo y que suelen originarse en la falta o insuficiencia de la higiene personal íntima.

El Lysoform, envasado en frascos de 100, 250, 500 y 1.000 gramos, y acompañado de las instrucciones para su uso, puede adquirirse en cualquier farmacia.

Use usted el Jabón Lysoform, para tocador, fabricado a base de Lysoform. Solicite una muestra gratis y comprobará su excelencia.

MENDEL y Cía.

Guardia Vieja, 4439 Buenos Aires.

JOYAS OCULTAS

Yo no soy de los que gimen cuando injustos golpes prueban, porque hay derrotas que elevan como triunfos que deprimen.

Me hirió una mujer hermosa pero supe perdonar, como la flor perfumar la mano que la destroza.

De la herida que se siente surge lo no concebido, como del molusco herido la perla de regio oriente

Siempre alguna joya bella hay en el pecho escondida, y es necesario la herida para que asome por ella.

El mío al ser lacerado dió salida en un instante, sólo a un líquido diamante que en el camino ha quedado.

Luis A. de LEON.

podiera ser, no pude hacer nada para remediarlo.

Apenas había recobrado la tranquilidad, cuando se entreabrió la puerta y asomó una figura extraña. Un hombre alto y delgado, de aspecto cadavérico, con la vista extraviada, los cabellos desordenados, se presentó ante mi vista. Dió dos o tres pasos dentro de la estancia, y se quedó inmóvil, con el índice sobre los labios, mirando a un lado y a otro, y escuchando. Quedéme atónito. No se oía ruido alguno; pero el individuo continuaba en actitud recelosa, mirando y escuchando. Por fin, volvióse hacia la puerta, echó la llave, y avanzó de puntillas en dirección a mí. Detúvose a alguna distancia, me miró con extraña fijeza durante unos instantes, y, sacando del pecho un número de mi revista, muy doblado, rompió a hablar, diciendo:

—Usted ha escrito esto. Hágame el favor de leerme. ¡Pronto! ¡Por

perfectamente bien de la cabeza, puesto que usted ha leído lo mismo que yo, palabra por palabra. Pero esta mañana, cuando por primera vez eché la vista sobre esos párrafos, no podía creer lo que leía. Volví a leer el texto una y otra vez, y me dije: "Pero, por fuerza, yo estoy loco". Salí de mi casa dando gritos, dispuesto a matar a medio mundo; he estropeado a no sé cuánta gente en mi camino; pero, al pasar por aquí cerca, se me ocurrió entrar a hablar a usted. Ahora veo que, afortunadamente, no estoy loco, pues he leído exactamente lo que usted ha escrito, y no lo que creía era efecto de mi mente perturbada. ¡Adiós, señor mío! Me ha quitado usted un buen peso de encima. ¡Quede usted con Dios!

Confieso que me quedé un poco intranquilo con aquella extraña visita, y pensando en los desaguisados que el visitante decía haber hecho, cuando en

esto vi penetrar en el despacho al director propietario de la revista, en persona, todo desahogado.

Quedóse un momento perplejo al ver rotos los cristales de la ventana y los destrozos hechos por el anciano de la lengua barba, y exclamó:

—Ya veo; parece que por aquí ha pasado un ciclón. Pero no es esto lo peor, sino que la reputación de mi revista se ha venido al suelo, y me temo que para siempre. Verdad es que nunca se ha visto tan solicitada por el público, ni se ha vendido tan pronto toda la edición; pero no quiero esa clase de celebridad. ¿Ha visto usted a alguno que desee ser famoso por su locura, ni que se enriquezca con sus perturbaciones cerebrales? La calle está llena de gente; hay individuos subidos a las tapias y a los árboles, esperando para contemplar a usted a la salida, pues creen que está usted loco perdido, y bien pueden creerlo después de leer sus escritos. ¿Cómo se le ha ocurrido a usted que podía encargarse de una publicación agrícola? Habla usted de los rastros y de los rastros como si fueran la misma cosa. Recomienda usted domesticar el gato montés, por su utilidad como animal juguetero, y se refiere usted al período de muda de las vacas, como si fueran pájaros. Dice usted que las ostras se quedan quietas si les tocan la música, cuando todo el mundo sabe que las ostras están siempre quietas, con música y sin ella. En fin, ¿a qué seguir? No hay párrafo en la revista que no sea un disparate de los que hacen desternillar de risa o saltar de indignación. ¡Largo de aquí! Váyase usted en seguida. No quiero más vacaciones. Pero, ¿por qué no me dijo usted que no sabía una jota de agricultura?

A lo cual me apresuré a responder:

—Yo le he dicho a usted, y es la verdad, que llevo en el periodismo catorce años, que he recorrido desde el alfa al omega en este negocio, y conozco perfectamente cómo se edita una revista. Yo le dije a usted que haría su publicación interesante para todas las clases de la sociedad, y lo he conseguido. Le prometí que llegaríamos a tirar veinte mil ejemplares, y con dos semanas más usted lo hubiera conseguido. ¿A usted le parece mal mi gestión? Usted se lo pierde. ¡Quede usted con Dios!



Los héroes de la fantasía

CARMEN

Carmen es una gitana española. Una española nacida de un cerebro francés, pero al fin, una española. Los españoles, por regla general, solamente la han conocido en el escenario del Real y, ¿por qué no confesarlo?, no acaban de tragarla. Y es que la Carmen de la ópera no es enteramente la Carmen de Mérimée. Casi, casi no pasa de ser su caricatura.

La verdadera Carmen, la de la novela que sirvió de base a la ópera, es una gitanilla que con su dulce mirada y sus palabras de miel alivia las penas del sargento Navarro, preso por haberla dejado escapar cuando la conducía a la cárcel. El agradecimiento convierte al militar en adorador rendido de la gitana; los celos le transforman en criminal, y el hasta entonces honrado sargento tiene que huir de la sociedad de las personas honradas y se hace contrabandista. Ya tiene siempre cerca a Carmen, ya puede amarla libremente. Toda la gente maleante que los rodea así lo comprende, pero el antiguo sargento del regimiento de Almansa es un hombre vehemente y celoso, que en todos los demás hombres ve un rival, hasta en los cándidos ingleses a quienes Carmen sólo desea embaucar en beneficio de la banda, y llevado de los celos, pronto añade nuevos crímenes al que fué origen de su metamorfosis. Al fin se cree ya dueño absoluto de su gitana, y se enorgullece recorriendo toda Andalucía en su soberbio potro, el trabuco en el arzón y la novia a la grupa. Pero una nueva nube viene a turbar aquella dicha. Un picador famoso es el héroe del día en el mundo de la tauromaquia, y Carmen no falta a una sola corrida. Es fiel a Navarro, a su José; éste no puede echarle nada en cara. Pero aquella asiduidad con que la gitana va a la plaza de toros...

Navarro decide probarla. "¿Quieres que nos marchemos a América?" "¿Para qué?—responde ella.—Estamos bien aquí." El ex sargento cree comprender. Carmen ama sin duda al picador; Carmen ya no le quiere; Carmen debe morir.

En todo ello hay algo de verdad. Carmen, hija de una raza libre como el aire, empieza a cansarse de aquel tirano siempre celoso.

José Navarro nota su desvío, la pone a la grupa de su caballo y la conduce a uno de los más solitarios desfiladeros de la sierra.

—¿Es aquí?—pregunta la gitana comprendiendo de qué se trata. Entonces Navarro se humilla, llora y suplica un poco de aquel antiguo amor que ambos pasaron, ebrios de vida, por montes y serranías. Ella le contesta sencillamente: "Mátame; soy tuya y estás en tu derecho; pero ya no puedo quererte."

La imagen del picador, ovacionado por todos los hombres y amado por todas las mujeres, ofusca la mente del celoso, y lleno de cólera acribilla a puñaladas el bello cuerpo de Carmen. Después recapacita, comprende la enormidad de su crimen y, cavando una fosa donde deposita el cadáver de la que tanto quiso, corre a entregarse en manos de la justicia.

Tal es la verdadera historia de Carmen la gitana: coqueta, pero no infiel; voluble, pero nunca cruel hasta el punto de presentarse, como la heroína de la ópera, ante el hombre que se perdió por ella, como la amante de otro en quien aquél pudiera ver un rival.

La Carmen ideada por Mérimée, la verdadera, la primitiva, es digna de compasión al morir, con dignidad casi espartana, a manos de un celoso.

La Carmen artificiosa de la ópera engañando públicamente al antiguo sargento con el "toreador" Escamillo, no puede inspirar lástima a nadie que haya amado de veras, y cuando cae a las puertas de la plaza, víctima de su propia infidelidad, más de un espectador se siente inclinado a decir:

—¡Bien muerta está!



Reproducción de la luz de los cometas

A esta época habrá que titularla de la mistificación. Todo se mistifica, o se simula, o se imita.

Véase un ejemplo más de los que a diario conocemos:

M. Deslandy ha hecho conocer a la Academia de Ciencias de Francia el resultado de las experiencias seguidas en el Observatorio de Astronomía de Meudon para reproducir, en el laboratorio, la luz de los cometas.

El autor parte de la hipótesis de que esta luz es producida por los gases de carburo a muy baja temperatura y muy débil presión. Así ha podido reconstituir el espectro completo de la luz de ciertos cometas. Hay grandes motivos para creer que las condiciones realizadas en el laboratorio por este sabio

reproducen las condiciones de los gases de los cometas.

Un huevo fenómeno

Una granjera de Saussat (Francia), madame Bourret, ha recogido en su granja un huevo fenómeno. La cáscara era de doble espesor que en los demás huevos, y contenía, además de su clara y huevo correspondientes, otro huevo más chico, de cáscara dura; es decir, con cáscara simplemente. Abierto éste, se vió que contenía su clara y otro huevo del tamaño de una nuez. Este huevo encerraba otro del tamaño de una bolita de esas con que juegan los niños. La envoltura de estos dos últimos huevos estaba formada por una membrana poco resistente y no contenía yemas.

La gallina que ha puesto este huevo fenómeno había puesto otro igual en la primavera última.



Consejo de amiga

Sencillamente: "ha sido sorprendente el bien que me ha hecho, no sólo mejorando el color de mi rostro que tanto te admira, sino que me siento más enérgica, activa y alegre desde que tuve la feliz idea de adoptarla como bebida de mesa"...

La Malta Palermo es el reconstituyente natural que por sus altos valores nutritivos y fácil digestión, ha sido considerada unánimemente por el cuerpo médico argentino, una bebida de mesa excepcional para todas las edades y circunstancias.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



La puerta misteriosa

Por SARA INSUA

Habíamos visitado toda la casa de Jaime Arduz. Un palacete sobriamente, sólidamente lujoso, en el que yo no encontraba más que un defecto: falta de vida. Se sentía que entre aquellas paredes, colgadas de tapices y damascos, habitaba un hombre solo, y un tanto retraído. Era una casa impregnada de silencio, en la que, instintivamente, la voz se hacía queda y los pasos leves. Se respiraba un ambiente de melancolía y casi de misterio.

En la biblioteca, sobre todo. Entre dos estanterías de palosanto, maravillosamente talladas, había una puerta de la misma madera. Una puerta que parecía la tapa de un gran cofre. Habíamos pasado varias veces por delante de aquella puerta, siempre cerrada. Tuve una gran curiosidad por saber lo que ocultaba, y dije señalándola al dueño de la casa:

—Esta es la puerta prohibida de Barba Azul, ¿verdad? Aquí encierra usted los cuerpos inanimados de esas misteriosas amadas suyas, que no lo gramos conocer.

Arduz me miró con sorpresa, y tuvo una sonrisa triste.

—Ha adivinado usted—dijo, y añadió, dirigiéndose a la puerta:—Aquí está mi secreto, y un secreto que tiene cierta semejanza con el de Barba Azul. Pero voy a confiárselo a usted. Usted es de los que pueden traspasar el umbral de mi puerta prohibida.

La abrió. No vi más que cinco escalones alfombrados, y, al final de ellos, una pesada cortina de terciopelo negro. Aumentaba el misterio. Subió Jaime los escalones, y yo tras él; separó la cortina. Al otro lado de ella me detuve, un poco desconcertada. Estábamos en una habitación luminosa, en la que se respiraba un ambiente intensamente perfumado. Uno de los testers era una galería de cristales; en los otros había cuadros colgados, y junto al gran ventanal, uno en un caballete. Parecía un estudio de pintor. Paseé mi mirada en busca de detalles. Había pocos muebles: un diván, un sillón, la banqueta del caballete y la tarima del modelo. Debajo de cada cuadro, que no eran muchos, una mesa sostenía varios bucaros con flores, y que parecían altares. Me fijé en las pinturas; todas representaban una mujer, la misma mujer. Era una criatura adorable, de crenchas de oro y ojos azules. Estaba representada en diferentes edades de su vida, a partir de la primera juventud.

Se la veía primero con la sonrisa ingenua de los quince años; después tenía su mirada más profundidad, su cuerpo más languidez y estaban sus mejillas demacradas. Seguramente se había hecho el retrato en esa época de transición femenina. Luego era ya una mujer formada, de belleza suave; más tarde era una matrona hermosa y apacible, y por último, en el óleo que estaba a medio pintar en el caballete, tenía ya unas hebras de plata en las sienes y unos ligeros surcos en los lados de la boca.

Arduz no esperó la pregunta.

—Es mi esposa—dijo con entonación devota.

Y sin esperar tampoco la segunda pregunta, continuó:

—Es largo de contar.

Me señaló el diván y acercó el sillón. Sentados uno frente al otro, me refirió:

—Verá usted. Teníamos diez y siete años ella y veinte yo cuando nos conocimos, y nos adoramos casi desde el primer momento. Ella era un ángel; yo, no tanto; pero creo que nos merecíamos el uno al otro. En nuestros amores no hubo dificultades. Las respectivas familias eran de idéntico rango y posición, y veían la alianza con verdadero agrado.

Al año de relaciones, pidieron mis padres para mí la mano de Clara de Monreal. Y empezaron los preparativos de la boda. En estos preparativos se empeñó mi novia en desplegar una actividad incansable. Ibamos a vivir con sus padres, que nos cedieron toda un ala de la casa. Clara quiso hacer reformas, tuvo que tratar con albañiles, pintores y tapiceros. Al mismo tiempo se ocupaba de su equipo.

Faltaban ya pocos días. Estaban ya leídas las amonestaciones y todo preparado para la ceremonia. Una mañana, Clara no pudo levantarse. Se llamó al médico. Eran consecuencias de un catarro descuidado y exceso de movimiento. Clara tenía un pulmón resentido; pero a ella no se le dijo hasta qué punto.

A los padres de Clara y a mí nos daba el médico pocas esperanzas. Quizá, con un reposo absoluto, pudiese mejorar; curar del todo, nunca... Nuestra consternación fué tan grande como nuestra sorpresa.

Todo quedó suspendido; sólo se pensó en la enferma, y Clara aceptó el aplazamiento de la boda con penosa tranquilidad.

Yo, no; yo no podía resignarme a perderla cuando iba a ser mía; y tenía que hacer grandes esfuerzos para no romper a llorar delante de ella.

Nos veíamos todos los días. Me recibía tendida entre los almohadones de un diván. Entonces, como ella era tan pura y yo sentía entre ella y yo el aleteo de la muerte, se espiritualizaron nuestros amores hasta ser casi ultraterrenos. ¡Si aquello hubiese podido prolongarse siempre!

Pasaron tres meses. Un día encontré a Clara en pie. Es decir, tendida en una butaca, pero sin almohadas ni edredones, como una persona sana.

—Me encuentro muy bien—me dijo.—

El médico me ofrece todos los días darme de alta. He creído que no era necesario esperarle para levantarme, y —continuó con una sonrisa de júbilo— he decidido una cosa... ¿No adivinas? Que nos casemos hoy, ahora, dentro de un momento. Así pasará la convalecencia casada, y tú podrás cuidarme... Todos me cuidan muy bien; pero yo creo que tú me cuidarías mejor que nadie.

No pude negarme a complacer a mi novia. Además, tenía razón; quizá a mi lado, con mis cuidados, pudiese salvarse. Los padres de Clara también accedieron, tenían confianza en mí, y no rehusaron aquella última gracia a la enferma. Sabíamos todos que aquella mejoría tenía que ser ficticia, pero nos atrevimos, yo sobre todo, a esperar un milagro.

Dos horas después, con el capellán y algunos familiares, esperaba yo a mi prometida en el oratorio. Entró del brazo de mi padre, más blanca que su vestido, pero con una sonrisa de dicha y esperanza. Nos arrodillamos ante el altar. Clara se sostenía derecha, aunque iba aumentando su palidez. Pronuncié yo el sí, aceptándola por esposa, y el sacerdote se dirigió a ella:

—Clara de Monreal y Barces, aceptas por legítimo esposo a Jaime Arduz Estévez?

Clara susurró, más bien suspiró:

—Sí...

Y fué su último suspiro. Su cabecita, coronada de azahares, se dobló y cayó pesadamente sobre mi hombro. Extendí los brazos para sostener su cuerpo, y hubiese caído yo con él si no se apresuraron a ayudarme.

Yo no puedo describir el estado de mi ánimo durante las horas que siguieron. No recuerdo a Clara muerta. No pude verla. De la capilla tuvieron que llevarme a una alcoba, y yo mismo luché varios días entre la vida y la muerte. Venció, al fin, la fuerza de mi organismo; pero la emoción había sido demasiado fuerte; quedó resentido mi cerebro.

Sin llegar a ser loco, no he sido un hombre normal. Yo, antes de la catástrofe, sociable y alegre, me volví misántropo y melancólico. Para mí sobraban las personas en la tierra, puesto que no existía ella. A las mujeres las odié; me parecía que vivían con la vida que le habían robado a ella.

Entonces, queriendo a toda costa hacer revivir a mi adorada, aprendí a pintar. He revivido, ya lo ve usted. Yo, que no la recuerdo muerta, he podido imaginarla si viviese. Es mi locura y mi consuelo. A veces me parece que vive realmente, y cuando pinto creo verla ahí, sobre la tarima, sonriéndome. Y a veces también—continuó bajando la voz—la oigo hablar; yo creo que su alma viene a visitarme...

En el rostro enjuto y noble de Arduz hubo una expresión extraña, de enajenado. No tuve miedo. La desgracia de mi amigo no me producía ni temor ni risa. Pero hacía bien en no descubrir a todos su secreto. Aquel Barba Azul a la inversa, que pretendía dar vida a una esposa que no llegó a serlo, en realidad, no hubiese sido comprendido. Hacía bien en prohibir la entrada a aquel recinto, que era—porque en él adoraba y lloraba—un santuario y un panteón.

El que murió en el mar...

Bajo el silencio enorme de la noche tranquila dormitaban las ondas en suave laxitud; en los profundos cielos abría su pupila el dios de las tinieblas desde la cruz del sud.

Rodaba lentamente como un fantasma aciago, rumbo a las verdes playas de una feraz región; y surgía en la sombra como un recuerdo vago de los tiempos que vieron las naves de Jasón.

Lejos del sacro fuego de los paternos lares un alma se alejaba hacia la eterna luz; inmensa sepultura brindábanle los mares, olvido, paz, reposo, sin lápida ni cruz.

Absortas las sirenas del piélago bravío, cual si de pronto hubieran cesado de cantar, vieron caer un cuerpo... Y prosiguió el navío sobre la vasta y honda serenidad del mar.

Leopoldo VELASCO.

Río Cuarto, 1925.

Este es el
famoso
método
Bayer

para cortar los
resfriados, los
catarros, la
grippe, etc.

Esta noche al acostarse,

2
Tabletas de
FENASPIRINA
y un limón exprimido
en agua
caliente.

Abríguese bien. Verá como a los pocos momentos está sudando copiosamente, experimenta un delicioso alivio y duerme con el sueño más profundo y tranquilo. Mañana, si algún ligero síntoma persiste, una o dos dosis más durante el día.

El "Método Bayer" tuvo por origen los admirables resultados que durante la influenza produjo la FENASPIRINA, sobre todo combinada con el efecto curativo del limón.

No trastorna el estómago ni causa atontamiento como las preparaciones laxantes a base de quinina.



Las tabletas no se disuelven en la limonada; se toman antes con un poco de agua.

Crónicas del aire

La travesía del Atlántico

La travesía aérea del Atlántico es, indudablemente, uno de los vuelos más difíciles de realizar y, desde luego, de los más peligrosos. Sólo le puede superar en dificultades y riesgos el viaje aéreo al Polo. Esto explica que, a pesar de la emulación continua que hay en aviación entre todos los países, y a pesar de todas las hazañas aeronáuticas realizadas, sólo cuatro veces se haya cruzado el Atlántico en avión.

La dificultad estriba en la enorme longitud del vuelo y en la orientación durante él; el peligro, en la soledad del Océano, es decir, en la casi imposibilidad de socorro si una avería interrumiese el vuelo. Un hidroaeroplano en el Atlántico es una mota en su superficie que no puede mantenerse a flote muchas horas. Si en vez de "hidro" es un aeroplano el que se posa en el mar, sólo tarda en hundirse unos minutos.

La orientación en los vuelos sobre tierra, esto es, el seguir una ruta pensada, es fácil. Los accidentes de la tierra, ya geográficos, como montañas, ríos, lagos, o los políticos, como pueblos, carreteras, vías férreas, le dicen al aviador dónde se encuentra. Un aviador, desde su nave, ve el terreno igualmente que lo vemos en un mapa desde el suelo. Aunque suceda que un mar de nubes le salga al paso y lo envuelva en su obscuridad no dejándole ver la tierra, le queda el recurso de seguir navegando por la brújula hasta que la vuelva a ver, y entonces los accidentes que observe le dirán si se ha desviado o no en el tiempo que ha ido ciego. En el Océano no hay referencias, tiene que proporcionárselas el mismo aviador arrojando bombas de humo que le digan si navega en un lecho de viento o en calma. Si se oculta el mar por la niebla y no puede usar estas referencias, no podrá tampoco asegurar si se desvía o no de su ruta. Claro es que le quedan recursos astronómicos para saber en qué punto se encuentra; pero en el aeroplano los cálculos no se pueden hacer con la comodidad que en un buque o en un dirigible, y nunca serán muy precisos.

Las pérdidas o desvíos en las rutas sobre tierra no son peligrosas. Todo se reduce a enmendarlas o aterrizar, acortando o variando el viaje. Sobre el Océano son fatales, porque impiden alcanzar la meta, que suele ser un punto (una isla o un saliente de la costa). Un buque o un dirigible, que tienen exceso de radio de acción, se pueden permitir el lujo de soslayar las tormentas, variar de punto de arribo; de hacer, en una palabra, cómoda su travesía y de modificarla. El avión actual, no sobrado de radio de alcance para las enormes travesías transatlánticas, tiene que ir recto, sin detenciones, y cualquier vacilación o desvío malogra el viaje.

La radiotelegrafía auxilia poderosamente a la aviación, hasta el punto que, hace cinco años, llegó a Cuatro Vientos un avión inglés que había salido de Londres en plena niebla y que no vio mar ni tierra hasta encontrarse sobre el Tajo. Las estaciones radio de París, Burdeos y Aranjuez le sirvieron, con sus emisiones, de guía, y pudo saber en todo momento dónde se hallaba. Desgraciadamente, sobre el Océano no se puede encontrar esta facilidad tan profusamente como en tierra; sin embargo, es un gran auxilio, y con él cuentan los aviadores españoles en su proyectado crucero.

Estas dificultades y riesgos que mencionamos a la ligera han determinado, como ya hemos dicho, la escasez de vuelos transatlánticos. Hoy día es aún

una hazaña aeronáutica el intentarlo. Las veces que se ha ejecutado lo ha dictado un interés político. Norte América, que lo ha hecho dos veces, con aparatos de su marina y de su ejército, respectivamente, ha sido a costa de

una esmerada preparación y gastando enormes sumas. La primera movilizó una escuadra de 26 buques de guerra, con la que tendió una especie de puente desde Terranova hasta las Azores, y desde aquí hasta Lisboa. Aunque sa-

lieron tres "hidros", sólo pudo llegar uno, de América a Europa, al cabo de diez y nueve días. La segunda vez, y con parecido lujo de medios, se hizo desde Inglaterra, apoyándose en las islas Orcadas, Islandia y Groenlandia; es decir, yéndose casi al Polo. De tres aviones, sólo llegaron dos y tardaron treinta días. Norte América demostró con esto que sabe preparar los viajes y... que es la nación más rica del mundo.

A los ingleses Brown y Alcock, que cruzaron el Atlántico en diez y seis horas, no les movía interés político; pero lo hicieron, jugándose todo, por 25.000 libras que había de premio para el primero que lo hiciese en menos de sesenta y dos horas. Y así, a la buena de Dios y pensando que de Occidente a Oriente topaban con Europa, salieron de América, y ganaron. Poco después de esta gloriosa hazaña, Alcock se mató volando desde Londres a París en plena niebla.

A los portugueses los movía el afirmar el hilo espiritual que los une con el Brasil y la voz atávica de sus abuelos los grandes navegantes, y con su viaje demostraron que los nietos también lo son. Sacadura Cabral y Gago Coutinho, con un "hidro" inapropiado, de un radio de alcance incapaz de cruzar el Atlántico en un vuelo, sin radiotelegrafía, fueron de Lisboa a Canarias, y desde allí a Cabo Verde y luego a unos peñascos que emergen en medio del Océano, cuyo tamaño es inferior a un navío corriente, donde los esperaba un barco con gasolina, o la muerte si se desviaban, y desde allí al Brasil. La mala suerte que tuvieron en su cuarta etapa, la más fácil, hizo que necesitasen tres "hidros" para acabar de realizar su brillante viaje. Desgraciadamente, también el héroe de esta travesía, Sacadura Cabral, se mató poco después en un vuelo de Huelva a Lisboa.

A España la mueven a intentar el viaje idénticos motivos que a Portugal: la sombra de Cristóbal Colón, que flota en ese Atlántico central que nadie ha cruzado aún por el aire con sus propios medios, y las hijas de España, las repúblicas americanas, que piden un abrazo.

Y nada importa, como creen algunos, que el avión no sea español ni hecho en España. El aparato, en este vuelo, es lo de menos. No hay nación, ni apenas casa constructora, que no tenga un avión capaz de volar las distancias requeridas ni motor que no funcione las horas de vuelo necesarias. El mérito es hacerlo atravesando el Océano. Nadie se fijó en el avión de los "americanos", sino en su organización; nadie achacó el vuelo de Alcock, sino a la suerte; nadie paró mientes en el "hidro" de los portugueses, sino en su ciencia. La marca del avión queda para reclamo de los constructores. La industria española es hoy capaz de hacer, y hace, cualquier modelo de avión y de motor. Como inventores tampoco vamos a la zaga.

Y en una circunstancia debemos fijarnos todos: en nuestra admirable situación geográfica. Vigo es el puerto europeo que está más cerca de la América del Norte, y Cádiz, el puerto europeo que está más cerca de la América del Sur. Al surgir la aviación, que revolucionará al mundo, España, como siempre, sin quererlo, tiene un puesto importante y envidiable.

La Historia y la Geografía nos arrastran al viaje, y el viaje se hará.

CESAR GOMEZ LUCIA.

Madrid, Noviembre de 1925.



EL ACREEDOR DE SU CASERO

—Nunca me he alegrado tanto—me dijo mi amigo Lefraseur—como la primera vez que me pidieron dinero prestado.

—¡Hombre!—no pude por menos de exclamar lleno de asombro.

—Me explicaré—respondió.—En mi lugar le hubiera ocurrido lo mismo a usted. Imagínese que un día de lluvia estaba aguardando al autobús, cuando se detuvo junto a mí un lujoso automóvil, del cual se apeó un hombre que se me acercó apresuradamente. Era mi casero, el señor Lantruniois, hombre riquísimo, dueño de siete inmuebles en París, de una "villa" en Biarritz y de un millón en alhajas que su mujer luce en los teatros y en los bañeros de moda.

—¿Qué hace usted mojándose en medio de la calle, señor Lefraseur?—me dijo, poniéndome cariñosamente la mano sobre el hombro.—Me lo llevo en el "auto". ¿Adónde vamos?

—A casa—le contesté, y rectificando añadí: A... "su" casa, y muy agradecido.

Subimos. El señor Lantruniois se informó de la salud de todos los míos, y de pronto me dijo:

—Aprovecho esta grata ocasión para pedirle un favor, señor Lefraseur. Están ya cerrados los Bancos y no puedo retirar fondos. Tengo un pago urgente que hacer. ¿Puede usted prestarme cincuenta lises?

Cincuenta lises son mil francos. Acababa de cobrar mi mensualidad en la oficina, y sacando un billete se lo entregué.

—¡Con mucho gusto! ¡No faltaba más!

No cabía en mí de gozo. Yo, humilde empleado, sin un cuarto, me

sentía orgulloso de ayudar, aunque momentáneamente, a un multimillonario. Un rico distingue a un pobre pidiéndole dinero. El señor Lantruniois me honraba con su amistad; me trataba de igual a igual. ¿Comprende usted? Me veía invitado a sus reuniones, alternando con sus amistades de gente distinguida. Me imaginaba las presentaciones: "El señor Lefraseur, mi amigo e inquilino."

—¿Y le pagó a usted al día siguiente?—me atreví a preguntar.

Lefraseur me dijo confidencialmente:

—Al día siguiente, no. En primer término, no tengo el gusto de ver a diario a mi casero. Luego, no hubiera sido delicado refrescarle la memoria. Este préstamo me ha causado grandes contratiempos, pues tuve que pedir dinero prestado a mi vez. Una vez, sin embargo, encontrándome con el señor Lantruniois, me permití recordarle:

—No se moleste; tenemos una cuentecita pendiente usted y yo.

—Ya lo sé—me dijo estrechándome la mano,—y me hubiese molestado que no me lo hubiera recordado usted.

Dicho esto, sacó un cuaderno de notas, tomó un lápiz, escribió unas palabras y metiendo todo en el bolsillo, me dijo:

—Todo está arreglado. Le aumento el alquiler del cuarto en quinientos francos anuales, a partir del mes próximo, y como le debo a usted mil francos, resulta que en dos años no me tiene usted que pagar aumento ninguno. ¡Vaya un hombre de suerte que es usted, amigo!

MARCEL LAURENT.

Un solo de amor

Por JOSÉ MARÍA VÉLEZ

Era un hombre amable y distinguido. Se le veía pasear siempre por las principales avenidas de la ciudad, luciendo la flamante galera de felpa y la amplia levita abotonada, con el rostro tranquilo, al que daba cierta frescura de juventud su barba rigurosamente afeitada.

Vivía en una calle apartada, en una casita pintada de gris, con balcones de mármol. Se entraba por un zaguán de baldosas a un patio de naranjos y luego al escritorio de sillones de vaqueta.

—¡Buenas tardes, señor don Manuel Contreras!... Un hombre de cuarenta y cinco años, que reía con dos ojos verdes, y la frente surcada de arrugas, salía a recibir cortésmente.

—¡Adelante! ¡Siéntese usted!... ¿La familia?... ¡Bien?... ¡Gracias!... ¡Tomará un té!... ¡Con confianza!...

Y vuelto a algún otro visitante, reanudaba la conversación interrumpida con la entrada del último, llena de calor y originalidad, empezando por la fórmula consabida.

—Como le iba diciendo...

Aquella tarde le hacía compañía un joven rubio y pálido, de aspecto simpático, vestido con descuidada elegancia y un viejito que olía rapé a cada instante y sacaba un gran pañuelo a cuadros rojos, para contener los estornudos.

Don Manuel estaba impaciente. Había discutido acaloradamente, había vencido a sus adversarios, que le oían impasibles, y él solo tenía la palabra.

—El primer amor forma las tendencias y el carácter del ser que lo ha sentido, y a través del tiempo pasa como una claridad en el pensamiento. Vivimos del recuerdo, aunque éste pertenezca a la muerte. El olvido en el amor no existe: el ser querido queda embalsamado en el corazón.

El joven se hacía algunas reflexiones, recordando aquel tiempo feliz en que, cual aurora, el primer encanto tejió celajes esplendorosos en el cielo de sus sueños...

Pero la palabra acariciante de don Manuel le sacó de su absorción.

—El lenguaje es impotente para explicar el amor. Nadie puede avanzar una idea, que no esté dentro de su sentimiento. Cada uno dice su impresión bajo el dominio de un alma que ocupa por entero la suya. El silencio lo explicaría mejor que las palabras. Una sola mirada dice más que una sentencia filosófica. ¡Estoy harto de frases, porque sé que con ellas se miente y quiero ver como se agitan las almas en la luz de los ojos!...

Después, como relacionando sus más íntimas convicciones, agregó con visible satisfacción:

—Nadie se resuelve a amar después de haber discutido consigo mismo que "debe" hacerlo, porque el amor no es del dominio exclusivo de la razón.

El viejito se incorporó en el sillón para lanzar un estruendoso estornudo y añadió con suave y melodiosa voz:

—Sería lo más razonable no amar...

El joven le miró sorprendido y advirtió que en sus labios afeitados se dibujaba una sonrisa de intencionada ironía.

Don Manuel no le hizo el honor de responder y paseándose por la habitación, con parsimoniosos ademanes, prosiguió:

—He dicho y sostengo que la palabra no adelanta un punto sobre esta materia. ¡Sí, señor! Ningún hombre puede decir a una mujer lo suficiente sobre el amor, ni aquel que la adora. Cuando los labios de un enamorado callan, su mente, en verdad, está llena de pensamientos intraducibles y magníficos. En ese momento las almas se comprenden mejor que si hablaran y hasta diría que se analizan. Ellos mismos estarían dispuestos a afirmarlo, añadiendo, que al estudiar sus mutuas conversaciones, examinaron muchas cosas que no fueron dichas y sin embargo fueron comprendidas.

El joven afirmaba con la cabeza, con aire de importancia, acariciándose el bozo. Don Manuel se le aproximó y fijando en él sus ojos verdes, añadió en un tono insinuante:

—De ahí es que, cuanto más se ama, menos se habla. Y el que exagera sus palabras, galantea; como el que exagera sus manifestaciones (para decirlo con una palabra nuestra), *liga*. Por una *liga* pueden llegar a conocerse dos almas, como si hablaran; mientras que, a veces, sucede que si hablaran no llegarían a conocerse nunca. La mujer no necesita oír una declaración para tener la certidumbre de que es amada.

Esta vez el viejito se levantó haciendo un esfuerzo e interponiéndose entre los dos, dijo precipitadamente:

—¡Mire, don Manuel! ¡Si me permite! ¡Una palabra!...

Don Manuel pareció no haberle escuchado, porque, devolviéndole una reverencia, abriendo los brazos, declaró sin darle tiempo de continuar:

—¡Todo lo que no puede explicarse es infinito!... ¡Un suspiro... una lágrima de amor... son inmensos pensamientos!

El joven estaba afectado, como si le hubieran tocado la cuerda sensible, y balbuceó poniéndose de pie:

—¡Siga, don Manuel! ¡Siga, señor!...

Las tres caras tenían tres gestos: de indiferencia, de alegría, de pesar. Se miraron como si se hubieran comprendido, y pareció como si se contemplaran en una silenciosa admiración.

Fué un instante.

Don Manuel volvió las espaldas, dió unos pasos, y pronunció estas palabras:

—Dentro del corazón no hay límite para los sueños, y allí donde parece que terminan, porque la palabra es ineficaz para explicarlos, se extiende, como en el fondo de los mares, maravillosos jardines.

El viejito le miraba frunciendo los ojos, la cabeza recogida hacia atrás, como un miope, y repetía a cada palabra este estribillo: ¡Eh, eh!—El joven acariciaba una idea halagadora, en la actitud de una prudente atención.

Don Manuel se sonrojó ligeramente; sus ojos verdes lanzaron un pálido destello, e inclinándose, dijo con profunda convicción:

—¡El ser amado o la esperanza de serlo, es lo que nos hace sonreír bajo el peso de la vida!...

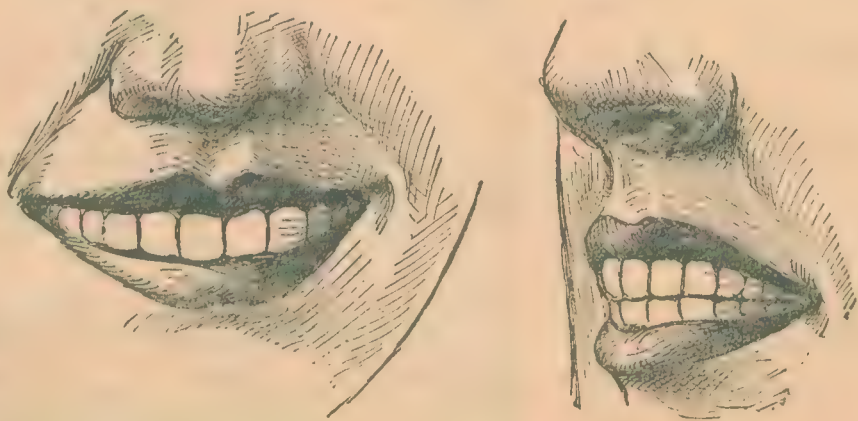
Inmediatamente se llegó a la puerta, y exclamó con amable ademán, como para ahogar el efecto de su última frase:

—¡Señores! ¡La hora del té!... ¡Si ustedes gustan!... ¡Lo tomaremos bajo los naranjos!...

Al salir al patio, el viejito se le aproximó y dándole unas cuantas palmadas en el hombro, le dijo con maliciosa franqueza:

—¡No me explico como tiene usted esas ideas, siendo un soltero empedernido!...

Los azahares caían por el suelo, y en el aire se esparcía su intenso y delicioso perfume...



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros?

Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

Las aguas dentífricas tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

Las pastas dentífricas dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los **Polvos dentífricos** y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.—. Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTÍFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar bien los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.40 — de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



Regatas en el Yacht Club Argentino



Yacht "Toba", piloteado por el señor Eugenio Milhas, ganador de la serie West Solent.



"Mouchette", timoneado por el señor Juan Emilio Wolden, que se adjudicó la copa Daniel Mackinlay.



"Charita", yacht dirigido por su propietario, señor Ricardo M. Aldao, que venció en la serie Nacional.



Dos de las embarcaciones que participaron en las pruebas, a su paso frente al Yacht Club Argentino.



Después de la carrera, los yates "Querandí" y "Timbú" se dirigen al fondeadero.

Visita al nuevo puente construído en la avenida San Martín



En intendente municipal, Dr. Carlos M. Noel, acompañado del secretario de Obras Públicas de la Municipalidad y del presidente de la Federación de Asociaciones de Fomento, durante la visita de inspección que realizara al nuevo puente construído en la avenida San Martín, sobre el arroyo Maldonado, que recientemente se li brara al servicio público.

Una vista del puente sobre el arroyo Maldonado, cuya inauguración se realizó últimamente.



FIESTAS AL AIRE LIBRE



El personal de la Casa Fenser realizó el almuerzo campestre y fiesta deportiva con que anualmente celebra la iniciación de las tareas del año. La cabecera de la mesa, ocupada por el concejal señor Zacagnini, el director de plazas y paseos, señor Thamier, el director de la Academia de Bellas Artes, señor Collivadino y otros señores.

Un aspecto de los comensales que asistieron al almuerzo, acto que se llevó a cabo en el campo de sports del "Club Deportivo Casa Jacobo Fenser", situado en el Parque Avellaneda.

ASOCIACION PATRIOTICA ESPAÑOLA

Con motivo de la terminación de los estudios en las escuelas comerciales gratuitas que sostiene la Asociación Patriótica Española, la junta directiva de esta institución organizó una lucida fiesta, que se celebró en sus salones y durante la cual se procedió a la distribución de premios entre los alumnos de aquellos establecimientos de enseñanza. Una vista parcial del público que asistió al acto.



Velada a beneficio de la "Fratellanza Artigiana"



En el salón de la Sociedad Bomberos Voluntarios de la Boca, realizóse una fiesta a beneficio de la caja social de la sociedad de socorros mutuos "Fratellanza Artigiana". Durante dicha velada se hizo entrega a los asociados más antiguos de los diplomas que les acreditan como socios distinguidos. Algunas de las familias concurrentes a la fiesta.

Concurso de tangos



Señor Cátulo Castillo, autor del tango titulado "El circo se va...", con letra de J. González Castillo, composición que obtuvo el segundo premio en el concurso de tangos organizado por el Grand Splendid Theatre.

BIBLIOGRAFIA



Señor Attilio Chiappari, prestigioso crítico de arte y conocido literato, cuyo último libro titulado "La isla de las rocas rojas"—delicada colección de cuentos—ha despertado general admiración por la emotividad y riqueza psicológica de las situaciones y por la brillantez incomparable del estilo.

DE NUESTROS ESCENARIOS



Iris Marga. (Caricatura de Sanguinetti.)

MARPLATENSES



Señor Treto y señora.



Ingeniero José J. Zamboni y sus hijas.



Señoritas Celia Hernández y Amelia Firpo.



Niñas de Antigüeta.



Desayunos de la playa.



Señoritas María A. Magdalena y Martha Laguna.



DE CARHUE



Señoritas Dora Esteban e Isabel Suárez.



Familias de Roldán y Castignola.



Oscar Esteban Saravia.



Dos asiduas concurrentes al balneario de Epecuén.



Señoritas de Prieto y Suero y el niño Tedy Suero.



Señoritas de Miranda y Dialatma.



Estado de las obras del nuevo balneario y termas "Minas Epecuén S. A."



Arnolfo Delgado, un diablillo rayado.



Señoritas de Miramón, Perazzo y Arabetti.

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



Richard Holt y Mary Beth Milford, en la cinecomedia "40 grados a la sombra", que la New York Film distribuye desde el sábado anterior.



La bonita estrella de la Universal Laura La Plante



Uno de los astros de la Fox George O'Brien con un chico que suele acompañarlo en algunas películas



Escena de "Un muchacho de Flandes", notable producción, con Jackie Coogan como protagonista, que la Sociedad General dará a conocer en breve.



Pasaje de la cinecomedia "Mío fuiste y mío serás", interpretada por Milton Sills, Doris Kenyon, Paul Nicholson, May Allison y Phyllis Haver, que Max Glücksmann dió a conocer anteayer.



Gloria Swanson, la famosa estrella de la Paramount



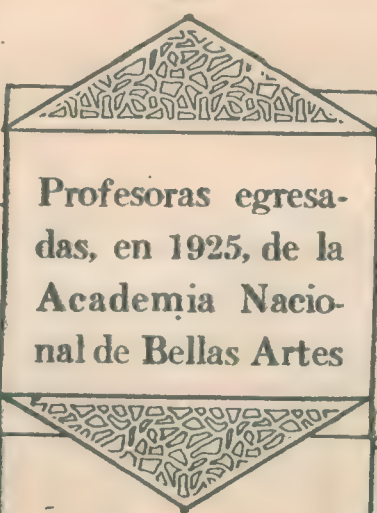
Kathleen Myers y Maurice Fliun, en la película "Con la espada y con los puños" que la Corporación exhibe desde el último sábado.



Sara Yabregat.



Manuela Echeverri.



Profesoras egresadas,
en 1925, de la
Academia Nacional de Bellas Artes



Marina Martínez.



Tomasa Pérez.



Maria Di Paolo.



Zaruky Binayén.



Antonieta Calabrese.



Emma Gisbert.



Amelia Mongiardino.



Matilde Soriano Pérez Torrejón.



Wélida Troyanovich.



Florinda Olmos Feul.



Edith Ragno.



América Pallarés Acebal.



Maria Elena González Herrera.



M. Castro.



M. G. Cuchajales.



Lola Pastoriza.



Paulina Mistein.



Cecilia Delia Luna.



Lucila L. Sales.



Lily Bortini.



Julia Figueredo.





FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



Vista parcial del banquete con que fué obsequiado el señor Petrina, con motivo de haber sido recientemente nombrado receptor de patentes.



Enlace de la señorita Pilar Lariño con el señor Félix Callegari. — Los contrayentes y algunos invitados, en la residencia de la novia.



Carrera automovilística Rosario Santa Fe Rosario, organizada por el Club de Gimnasia y Esgrima. — A la izquierda: Domingo Bucci, ganador de la copa Kade, en dos años consecutivos. En el centro: miembros que integraron la comisión de control de la gran carrera. A la derecha: Attilio Franceschi, que ocupó el tercer puesto en la prueba de referencia.



La llegada del coche N.º 9, ganador de la prueba, que completó 2'56"9 en cubrir el recorrido de la distancia.



Trofeo adjudicado al vencedor de la carrera, Domingo Bucci.



El automóvil número 19, dirigido por Bernardo Lecor, a su paso por Paganiá.



Hípódromo Independencia. — El caballo "Souvenir II", ganando el premio "Botella", últimamente disputado en dicho circo de carreras.



Match campeonato "Estímulo". El team de Newell's Old Boys, que al batir a Rosario Central, dejó bien cimentados sus altos prestigios deportivos.



Un avance de Rosario Central es interceptado por Franchetti goalkeeper de Newell's Old Boys



Díaz goalkeeper de Rosario Central, luce sus brillantes cualidades al detener un potente tiro de Badalini.



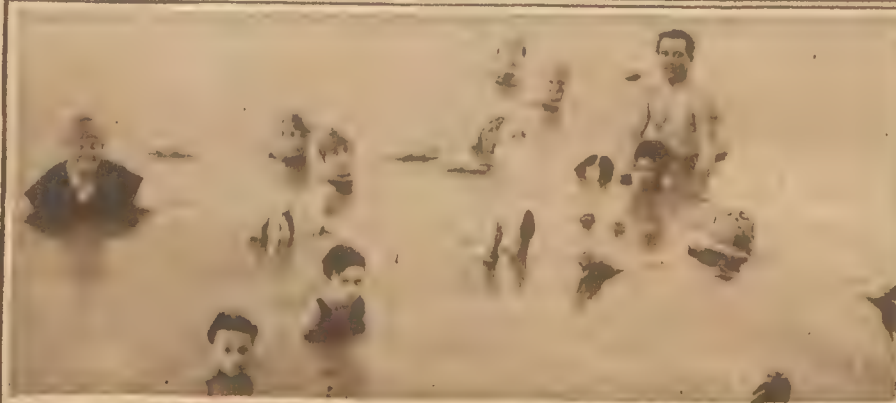
Componentes del equipo de Rosario Central, que fué vencido por Newell's Old Boys mediante un score de 3 a 1 goals.

Fots. Flore

DE MAR CHIQUITA



Martita Cornejo.



Familia de Bergoglio, señorita de Mena y señores Lozano y Lara



El señor Pozzi y familia y el señor E. Mylina.



Doctor Fernández Díaz y su esposa

Fots. Jordán

LA MUJER EN LOS DEPORTES



La escuadra de rifleteras entra en acción. Miss Rosamond Boynton, capitana del equipo de tiradoras del Instituto Drexel (Filadelfia), a la derecha, y miss Isabel Ensworth, practicando.



Ganadora de 68 trofeos. Lillie May Bowmer, de Hawái, quien recientemente ganó tres de cinco pruebas de natación en un concurso realizado en la costa del Pacífico, en Los Angeles. En el grabado se la ve junto a todos los premios que ha obtenido durante su brillante carrera deportiva.



Francia adopta un deporte americano. Un accidentado episodio durante el partido de basket-ball jugado entre los equipos Garennois y Academia, en el "stadium" Elisabeth, cerca de París.



Un nuevo nombre para los triunfadores. Miss Emilia Stuart, de la Savage School, que estableció un nuevo récord oficial lanzando una bala de 8 libras a una distancia de 32 pies y 7 pulgadas, batiendo así el récord anterior que era de 29 pies.



La segunda mujer piloto aviador en Francia. Mlle. Luisa Maryse, a su llegada al aerodromo de Villacoublay, procedente de Burdeos, después de realizar su primer vuelo de distancia.



Team femenino de hockey del Wells College, de Aurora (Nueva York), ganador del concurso realizado entre diversas categorías.





Antiguo "Palacio del Podestà", con la torre "Rognosa".

BELLEZAS DE ITALIA
S A N G I M I G N A N O
(Véase, en la página 7, la crónica correspondiente a esta nota gráfica).



La plaza de la Cisterna.

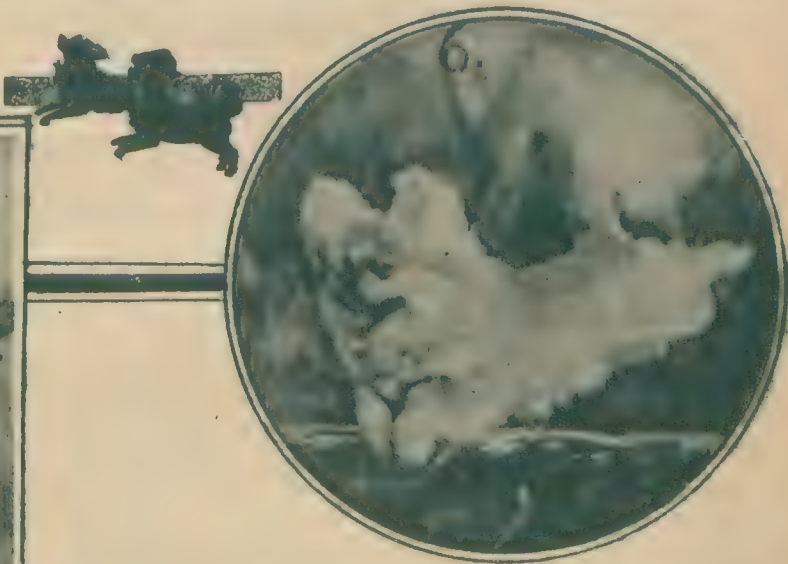


Un aspecto de la ciudad de San Gimignano.



Exequias y milagro de Santa Fina. — Cuadro de Domenico Ghirlandajo, existente en la Iglesia de la Colegiata.

NOTAS CANINAS



1.—Un pañado de perro. Este can japonés, que cabe en la palma de la mano, pesa once onzas y se le considera como el más pequeño del mundo. Su propietario es Luis Martín, de College Point. 2.—Modos de ver. A pesar de haber conocido el mundo sólo seis semanas antes de que el fotógrafo los retratase, este cuarteto, oriundo de Surrey (Inglaterra), no parece asombrado al contemplar la máquina. El segundo de la izquierda es el que demuestra mayor interés. 3.—De la exposición canina de Brighton (Inglaterra). El bulldog "Souvenir", a la izquierda, es propiedad de Mrs. G. W. Perde, y el otro, "Alpha", es del mayor G. W. S. Morris. 4.—"Gene", un perfecto ejemplar de "pointer", propiedad de un cazador de Massachusetts, y uno de los mejores de su raza existentes en Estados Unidos. 5.—Una madre heroína "Afra", perra de policía alemana, propiedad de la señora Gertrudis M. Moras, de Lynn, Massachusetts, después de recibir tres premios por haber salvado a un muchacho de 13 años que se ahogaba, tuvo tiempo para dar a luz ocho cachorros, a los que cría amorosamente. 6.—Un cometa japonés en cielo inglés: "Taitu", de Alderbourne, famoso ganador de premios en exposiciones caninas, es un excelente saltador.

Los progresos urbanos de Villa Devoto



Chalet del señor H. Michaelsen, situado en la calle Lacar, 4394.



Chalet propiedad del señor César Fogelstron, en la calle Nueva York, 3706.



Casa del señor Benjamín Villalobos, situada en la calle Asunción, 3670.



Chalet perteneciente al señor Virgilio Caporini, que se levanta en la Avenida Tres Cruces, 4344.



Edificio ocupado por la "Biblioteca Antonio Devoto", situado en las calles Nueva York y Bahía Blanca.



De Cacheuta



Señora de Pollacof.



Señor Pablo Aldasabal.



Señor Juan José Soiza Reilly, su esposa, señora Ema L. de Soiza Reilly, sus hijos Rubén Darío y Emila y las señoritas Lyda y Mary Rega Molina.



Señor M. Smolas.



Niña de Piqueto.



Un criollo... de circunstancias.



Señoras Julia de Dionicio Reina, Miyara de Binasayag y Bejina de Reina, con el niño Carlitos Reina.



Entrenamiento de un futuro campeón.



Señoras Mario de Miyara, Reina M. de Binasayag, señoritas Bellida y Sara Miyara y Delia Sevilla y señores José Sevilla y Marcos Binasayag.



En pose para la posteridad.

Foto. Bejarano.



Peritos mercantiles egresados, en 1925. de la Facultad de Ciencias Económicas



Benigno Rodríguez



Roberto Rirere.



Marcelo A. Mandiá.



Jesús Lorenzo.



Arturo R. Peloro.



Daniel Quintela.



Mariano De La Portilla.



Manuel Portela.



Francisco Giordano.



José Gallo.



Santiago J. Pastorino.



Guillermo Pollini.



Marcelino A. Ojeda.



Antonio Mariscal.



César Ferrari.



Benjamín Goldemberg.



Luis S. Mancuro.



Pedro L. Nicolovich.



Roberto P. Arena.



Roberto H. Azimontti.



Homero De Gregorio.



Alejandro Franco.



Hermenegildo Díez.



Víctor Domínguez.



Ángel Valle.



Domingo Torre.



David Tabacman.



Attilio Mangiamaschi.



Carlos Peral.



Hugo Capetenti.



Virgilio Santini.



Mario Contestabili.



Ricardo B. Arturi.



Alfredo F. Cimnari.



Carlos A. Cimnari.



Martín A. Pett.



Amílcar M. Acorboni.



Carlos Bardi.



Aristides Corti.



INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



RUFINO. — Una cuadrilla compuesta por cuatro forajidos, después de robar la casa de comercio del señor Vila, asaltaron, con idéntico propósito, el domicilio del vecino señor Angel Perosio, quien, luego de defenderse valerosamente, fué cobardemente asesinado por los bandoleros. — A la izquierda: un retrato de la víctima. — En el centro: frente de la casa del señor Perosio y el balcón (X) por donde penetraron los asaltantes. — A la derecha: señor Eduardo Rosales, comisario de policía a quien se debe la captura de tres de los criminales.



1, Antonio González (a) "Salamanca"; 2, Juan Pérez (a) "El canario"; 3, José Novarino (a) "El italiano", que en unión de "El hormiga" (prófugo), asaltaron y robaron el negocio del señor Vila, y, poco después, penetraron en el domicilio del señor Angel Perosio, a quien asesinaron alevosamente con el propósito de robarle.

FLORENCIO VARELA. — Vista parcial del público que asistió a la función artística que la Sociedad de Fomento de la sección sud, organizó, recientemente, a beneficio de su caja social.



NECROLOGIA



Enlace de la señorita Elvira Galán con el señor Juan Bautista Berra.

MENDOZA. — Durante el lunch servido a la concurrencia que asistió al acto inaugural de la Biblioteca Pública que funciona en el Colegio de la Misericordia

Señor José Covatto, recientemente fallecido. Foto: Della Mattia, Fernández Seijo y Giraz.

PAGINA INFANTIL

Aventuras de Pipi



A DIOS,

por
GUY de MAUPASSANT

Los dos amigos acababan de cenar. Desde la ventana del café veían el bulevar lleno de gente. Sentían pasar esos soplos de aire tibio que corre en París durante las dulces noches de estío, los que hacen levantar la cabeza a los transeúntes y dan deseos de ir no se sabe adónde; de caminar bajo las frondas, presagiando sueños, evocando riberas iluminadas por la luna, rememorando versos y cantos de ruiseñores.

Uno de ellos, Enrique Simón, dijo, suspirando profundamente:

—¡Ah, ya estoy viejo! Es triste. En otro tiempo, en noches como ésta, sentía el diablo en el cuerpo. Ahora no experimento sino pesares. ¡Qué ligera pasa la vida!

Estaba un poco grueso, viejo a los cuarenta años, y muy calvo.

El otro, Pedro Carnier, era casi de la misma edad, pero más delgado y vivaz.

—Yo, querido —repuso,— he envejecido sin advertirlo en lo más mínimo. Siempre estoy alegre, jovial, vigoroso y todo lo demás. Pero como uno se mira todos los días al espejo, no ve el trabajo que cumple el tiempo, porque es lento, regular y modifica el rostro tan suavemente, que las transiciones no se sienten. Es por esto únicamente que no morimos de pesar después de dos o tres años solamente de estragos. Porque no los podemos apreciar. Sería necesario, para darse cuenta, no mirarse al espejo durante seis meses. ¡Oh, entonces, qué golpe! ¿Y las mujeres, querido? ¡Cómo compadezco a esos pobres seres!... Toda su dicha, todo su poder, toda su vida, reside en su belleza, que dura diez años. En cuanto a mí, yo envejezco sin darme cuenta; me creé casi un adolescente cuando tenga cerca de cincuenta años. No sintiendo ninguna invalidez seguiré feliz y tranquilo.

La revelación de mi decadencia se me apareció de una manera sencilla y terrible. Me tuvo aterrado durante seis meses... Después tomé mi partido.

Yo he estado enamorado a menudo, como todos los hombres, pero principalmente una vez. La encontré a orillas del mar, en Etretat, hace doce años aproximadamente. Nada más gentil que esta playa, por la mañana, durante las horas de los baños. Es pequeña, en forma de herradura, encuadrada por altas riberas horadadas por esos agujeros singulares que se llaman Las Puertas, la una, enorme, extendiendo en el mar su pierna de gigante, y la otra, enfrente, acurrucada y redonda. Las mujeres se reúnen allí, se apiñan sobre la estrecha lengua de la playa, cubriéndola a modo de un brillante jardín de "toilettes" claras, entre altas rocas. El sol cae a plomo sobre las costas, sobre las sombrillas de todos colores, sobre el mar de un azul verdoso. Y todo esto es alegre, encantador, sonrío a los ojos. Es costumbre sentarse muy cerca del agua y mirar a las bañistas. Ellas descendían, cubiertas con un peñador de franela, que se quitan con un lindo movimiento al llegar a la franja de espumas de las suaves ondas, y entran en el mar con un pasito rápido que interrumpe a veces un temblor de frío delicioso, una breve sofocación. Muy pocas resisten a esta prueba del baño. Es allí que se las juzga desde la pan-torrilla a la garganta. Su salida, sobre todo, revela a las débiles, bien que el agua de mar constituya un poderoso reconstituyente. Desde la primera vez que vi a esta mujercita me sentí maravillado y seducido. Caminaba con gallardía y firmeza. Además, ciertas mujeres poseen un encanto que pene-

tra en nosotros bruscamente y nos invade de golpe. Pensamos entonces en la mujer que nos está destinada. Yo tuve esta sensación y esta sacudida. Me hice presentar a ella, y bien pronto me sentí penetrado como jamás lo había sido. Ella me cautivaba el corazón. Es una cosa espantosa y deliciosa eso de sufrir así la dominación de una mujer. Es casi un suplicio, y hasta cierto punto una increíble dicha. Su mirada, su sonrisa, los cabellos de su nuca cuando eran movidos por el viento, todas las más pequeñas líneas de su rostro, los menores movimientos de sus rasgos, me maravillaban, me convulsionaban, me enloquecían. Ella me poseía con toda su persona, por

y la frescura misma. Nunca había tenido de esta manera la sensación de que la mujer es un ser lindo, fino, distinguido, delicado, hecho de encanto y de gracia. Jamás había comprendido la belleza seductora que hay en la curva de una mejilla, en el movimiento de un labio, en los pliegues redondos de una pequeña oreja, en la forma de la nariz. Mi encanto duró tres meses. Después partí para América con el corazón despedazado por la desesperanza. Pero su recuerdo permaneció en mí, persistente, triunfante. Ella me poseía de lejos, como me había poseído de cerca. Pasaron los años. No la olvidé por eso. Su imagen encantadora quedó delante de

"QUILMES CRISTAL"

Es la mejor
c e r v e z a

sus gestos, por sus actitudes, hasta por las cosas que ella usaba, que se volvían hechiceras. Me enternecieron el velo de su sombrero cuando lo veía sobre un mueble y sus guantes sobre un sillón. Sus "toilettes" me parecían inimitables. Nadie tenía sombreros parecidos a los suyos. Estaba casada, pero su marido sólo me producía indiferencia. No sé por qué no me sentía celoso. Jamás ningún ser me pareció tener tan poca importancia en la vida, ni atraer menos mi atención como este hombre. ¡Cuánto la amaba! ¡Y cuán bella, graciosa y joven era! Representaba la juventud, la elegancia

mis ojos y en mi corazón. Y mi ternura permaneció fiel; era una ternura indecisa aún, poco formada, próximo a manifestarse. Y la vida se me apareció rápida, como un tren que pasa.

Llegamos a Maisons Laffitte. Besé la mano de mi vieja amiga. No había hallado nada que decirle sino horribles banalidades. Estaba demasiado desconcertado para hablar.

Por la noche, solo en mi casa, me miré largamente al espejo, muy largamente. Y terminé por recordar lo que yo había oído, por ver con el pensamiento mi mojado friso y mis cabellos negros y la juvenil fisonomía de mi cara. Ahora ya estoy viejo. Adiós.

no percibe nada y no comprende cómo ha llegado la vejez.

Me parecía, verdaderamente, que apenas unos meses me separaban de esa temporada encantadora sobre la playa de Etretat.

En la última primavera, yo iba a cenar con mis amigos a la Maisons-Laffitte.

En el momento en que el tren partía, una gruesa señora subió a mi vagón, escoltada por cuatro chicuelos. Apenas si eché una mirada sobre esta gallina gorda, muy redonda, con cara de luna llena, metida en un sombrero encintado.

Respiraba fuertemente, sofocada por haber caminado ligero. Y los hijos se pusieron a parlotear. Abrí mi diario y me entregué a su lectura.

Acabábamos de pasar Ismières, cuando mi vecina me preguntó de repente:

—Perdón, señor; ¿no es usted el señor Carnier?

—Sí, señora.

Entonces ella se puso a reír con una risa de buena mujer, pero un poco triste, sin embargo.

—¿Usted no me reconoce?

Yo dudaba. En efecto; creía haber visto en alguna parte esa cara; pero, ¿dónde? ¿cuándo? Repuse:

—Sí..., no... La conozco, en verdad, aunque no puedo recordar su nombre.

—Julia Lefevre.

En mi vida había recibido un golpe semejante. ¡Me pareció en un segundo que todo terminaba para mí! Solamente sentí que un velo se desgarraba ante mis ojos y que iba a saber cosas horribles y dolorosas.

¿Era ella esa gruesa mujer vulgar? Había empollado esos cuatro hijos desde que no la veía. Y esos pequeños seres me asombraban tanto como su madre misma. Habían salido de ella. Estaban grandes ya y ocupaban un lugar en la vida. En cambio, ella ya no cantaba más; ella, que fué una maravilla de gracia coqueta y fina.

Me parecía haberla visto ayer no más. ¿Y la encontraba así! ¿Era posible? Un dolor violento me oprimió el corazón y también una rebelión contra la vida misma, una indignación ilógica contra esta obra brutal de destrucción. La contemplaba espantado. Después le estreché la mano; y me subieron lágrimas a los ojos. Lloraba su juventud, lloraba su muerte. Porque no la reconocía en aquella gruesa señora.

Ella, conmovida, también balbuceó:

—¿Estoy muy cambiada, no es cierto? Qué quiere usted, todo pasa. Ya lo ve, me he convertido en una madre, en una buena madre. Adiós lo demás. Todo ha terminado. ¡Oh, imaginaba que usted no me reconocería si nos volvíamos a encontrar! Usted también ha cambiado; me ha sido preciso un rato de observación para estar segura de no engañarme. Usted está lleno de canas. Piénselo. Han pasado doce años! ¡Doce años! Mi hija mayor tiene diez años ya.

Miré a la niña. Hallaba en ella algo del encanto antiguo de su madre, pero indeciso aún, poco formado, próximo a manifestarse. Y la vida se me apareció rápida, como un tren que pasa.

Llegamos a Maisons Laffitte. Besé la mano de mi vieja amiga. No había hallado nada que decirle sino horribles banalidades. Estaba demasiado desconcertado para hablar.

Por la noche, solo en mi casa, me miré largamente al espejo, muy largamente. Y terminé por recordar lo que yo había oído, por ver con el pensamiento mi mojado friso y mis cabellos negros y la juvenil fisonomía de mi cara. Ahora ya estoy viejo. Adiós.

Por tierras de Cataluña El Monasterio de Ripoll

En esta triste villa, a cuyo pie el Ter y el Frezer mezclan tranquilamente sus aguas, apenas se descubren más que las huellas de nuestra devastadoras guerras civiles. No hace aún diez años era la reina de su comarca; la industria disputaba en ella su trono a la agricultura, las aguas gemían avasalladas dentro de vastas esclusas y, precipitándose luego sobre grandes ruedas, ponían en movimiento numerosas máquinas; las montañas repetían día y noche los cantos de los artesanos y el estruendo de los talleres. El Ter reflejaba en toda su extensión la sombra de mil caballerías, que, cargadas de productos, fatigaban sin cesar el eco de sus orillas montañosas; en la villa, en torno de la villa, fuera de la villa, todo era animación y movimiento. Hoy... casi todo son ruinas: están rotos sus puentes, caídas sus murallas, derribadas y ahumadas por el incendio sus casas, desiertas las más de sus calles. Nada de lo de diez años atrás está en pie; lo que existe fué levantado ayer con los mismos escombros de lo antiguo, las casas que son asiento de sus nuevos moradores han sido reedificadas sobre los restos de las paredes derruidas... Fué la guerra civil. Ripoll constituyó, desgraciadamente, una de sus víctimas más sangrientas; después de una lucha prolongada tuvo que ceder a la fuerza de su destino y no pudo encontrar piedad en el corazón de sus vencedores. Fué pasada por la espada y entregada al incendio...

Esto escribió de la villa de Ripoll una pluma ilustre, hace treinta años.

Durante este tiempo, Ripoll ha podido volver a su esplendor antiguo. Milagro ha sido del espíritu de sus moradores. Ha renacido su industria y su comercio, ha renacido la agricultura, y hoy es Ripoll, más que una villa, una ciudad, no triste, como decía el cronista pasado, sino bella y riente, llena de vitalidad, que hace presumir su futura grandeza.

Pero no es este aspecto lo que nos interesa hoy de la villa catalana. Nuestro propósito es destacar de entre sus valores la belleza de su monasterio, de quien alguien ha dicho que la fachada es la página más completa de la historia del arte. La tranquilidad de líneas, la rudeza y severidad de formas, la profusión de adornos, el simbolismo de sus esculturas, hacen de ella, en efecto, una obra maravillosa, imponderable.

El Monasterio de Ripoll, cuna de la nacionalidad catalana y panteón de los condes soberanos de Barcelona y Besalú, fué fundado por Wifredo el Velloso, en acción de gracias por haber expulsado

a los moros de la vieja Cataluña y consagrado solemnemente en el año 888.

En el siglo XI, el abad Oliva arrasó el templo, y sobre sus cimientos construyó la grandiosa basilica que, algo modificada en su interior con el transcurso de los siglos, llegó hasta el año 1835, en que fué incendiado el monasterio.

Las llamas devoraron, entre varias preciosidades imposibles de restaurar, manuscritos y códices magníficos, que constituían parte de su archivo famoso.

A la iniciativa poderosa del obispo de Vich, doctor Morgades, que abrió una suscripción pública, se debe la restauración, que comenzó en marzo de 1886. En 1.º de julio de 1893 se consagró nuevamente el templo, restaurado con arreglo a su forma primitiva.

Preceden al pórtico grandes arcadas cerradas con verjas de hierro. En el fondo se levanta la portada, única en Europa en su género, al decir de los visitantes extranjeros.

Tres o cuatro escalones conducen desde el pórtico al templo.

Es su planta en forma de cruz latina, y su parte transversal, de 40 me-

tros, determina el crucero, en cuyo centro se eleva el cimborio, de forma octogonal; la parte longitudinal mide 50 metros. Consta de cinco naves, de nueve metros de latitud la del centro y cuatro cada una de las laterales.

Las bóvedas son de cañón, estribando la principal en un firme muro, apoyado, a su vez, por 16 grandes arcadas, que ponen en comunicación las cinco naves, separadas las laterales por machones y columnas alternativas. Siete ricos altares de mármol ocupan los siete ábsides, y un costoso mosaico se extiende por todo el presbiterio. En el centro del altar mayor se halla la Virgen de Ripoll, precioso regalo de S. S. León XIII, consistente en un gran cuadro de mosaico. En todas las demás construcciones, en sus 40 vidrieras en colores, en sus bronce y rejas, en todo, en fin, se ha procurado unir la ri-

queza material al carácter artístico y al sabor de la época.

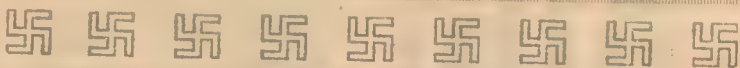
En el testero del crucero, lado del Evangelio, en una urna provisional, se hallan los restos de Wifredo el Velloso, fundador de la nacionalidad catalana y del monasterio, esperando un monumento digno de su memoria. En el testero de la epístola se halla el hermoso monumento de Berenguer III, el Grande. Además de éstos existen en el interior del templo otras sepulturas de nobles y abades de la época.

En la parte posterior del Monasterio vese, en toda su magnitud, el conjunto de sus naves, de sus ábsides y cimborios, dominados por la gigantesca torre-campanario, coronada de almenas.

Y esta vista, de una belleza imponente, con la fragosidad de los montes vecinos y la espantosa profundidad de los despeñaderos, la frecuente caída de las aguas y la pintoresca situación del pueblo, la hermosura de las blancas aldeas, el aspecto grave y amenazador de los castillos, que desde la cumbre de algunos cerros dominan el río y la llanura, hacen de la región catalana, donde asienta Ripoll, un bello trozo de naturaleza.

Hace usted muy mal si abandona sus HEMORROIDES porque entraña serios peligros. APLIQUE EL NORIDAL

sin pérdida de tiempo, antes de que se presenten fistulas, úlceras o la misma gangrena y tenga que someterse a una grave operación quirúrgica.



Balboa

Alguien dijo: Si apetece el oro, que en verdad sólo es germen de invencible tristeza, un imperio se extiende, como un virgen tesoro, tras aquellas montañas de solemne grandeza.

Y era cierto. Balboa, refugiado en sí mismo, a la obscura aventura decidió su coraje. (Le esperaba temblando de estupor el abismo y sentía un halago venturoso el paisaje.)

Al llegar a la cima de la cumbre más alta ¡oh sorpresa! a sus ojos avizores resalta otro mar, humillando su melena orquestal;

pisa al fin, anhelante, la inhollada ribera y agitando en los aires la orgullosa bandera, majestuoso se yergue como en un pedestal.

Pablo A. LIS DE VIVERO.



El vidrio orgánico

Como todos sabemos, el vidrio es una materia inorgánica que no arde, que tiene propiedades muy ventajosas, pero que también tiene muchos inconvenientes.

Ahora acaba de aparecer en el mercado un nuevo producto químico, una materia que posee la mayor parte de las buenas cualidades del vidrio ordinario y ninguno de sus inconvenientes; una sustancia de igual aspecto que el inorgánico.

Es una resina sintética, llamada pollopas, hecha por un proceso de condensación, como la bakelita y otras resinas sintéticas.

El nuevo vidrio es perfectamente transparente, elástico, duro, no se raja, adquiere un brillante pulido,

es transparente a los rayos ultravioletas, refracta la luz como el cristal de roca, se puede cortar, tornear y teñir del color que se quiera. Es una sustancia completamente nueva, en nada parecida a las fabricadas hasta ahora, y sus usos son infinitos. Es, en suma, un éxito de la química.

Su poder de refracción es grande; su índice de refracción está entre 1,5 y 1,9. Esta variación le hace aplicable a la construcción de combinaciones aeronáuticas; pueden hacerse cristales de aumento y se

espera ha de ser de gran utilidad en los aparatos de óptica y astronomía, sobre todo en la fabricación de lentes para los grandes telescopios. Su peso específico es de 1,44, la mitad que la del vidrio ordinario y bastante más ligero que el marfil.

Es muy fuerte y muy elástico. No se carboniza hasta los 200 grados centígrados.

Para la construcción de parabrisas, ventanales y fines parecidos es magnífica sustancia, pues, al romperse, no forma agujas, ni salta en

pedazos, lo que da una tranquilidad a los chóferes, cristaleros, etc.

Constantemente vemos que, en los accidentes de automóviles, la mitad de las heridas han sido causadas por los pedazos de cristal de los parabrisas y ventanillas, lo que se evitará el día que el pollopas sustituya al vidrio inorgánico.

Se comprenderá que un producto con las propiedades que hemos indicado y otras muchas que hemos dejado por no alargar su enumeración, ha de encontrar cientos de aplicaciones utilísimas, todas las que se habían soñado con el vidrio maleable, pues el pollopas no es otra cosa.

"El hombre nace solo, vive solo y muere solo; la Justicia sola le sigue."

Así dice una de las leyes de Manú. Y en la enseñanza de estas leyes creció Ananda, de la casta de los brahmanes. Por eso, en la flor de su juventud, se fué a la paz de un bosque, umbroso, situado entre montañas y se entregó a la meditación.

Allí espejaba un lago, bajo el ramaje intrincado de diferentes verdes y allí cerca también se caldeaban al sol las piedras grises de un templo derruido, que en otros siglos fuera destinado al culto de Siva, dios de la muerte.

Y la multitud de pájaros que habitaban el bosque y las bandadas de cuervos que rompían el silencio nocturno, con sus gritos, eran amigos del brahmán solitario.

Y la vida era hermosa para él, a la sombra de las palmeras que brotaban de la tierra cálida, verdes, frescas y lustrosas, bajo el ala gris de la meditación, oyendo el canto del agua y mirando, invertida en el lago, la imagen de las montañas.

Al atardecer, el cielo tomaba tintas vivas de cobre y el aire del bosque oloroso a jazmines y a loca floración, se hacía pesado. Entonces, Ananda, levantaba la vista al firmamento y se ponía a meditar en viejas enseñanzas.

O dialogaba con los árboles: "¿En qué consistirá la virtud de la Humanidad?"

Y la sombra movediza de las palmeras, sobre la tierra, parecía escribir la respuesta de uno de los maestros:

"La virtud de la humanidad consiste en amar a los hombres."

"¿En qué consiste la Ciencia?"

Y el aire del crepúsculo tibio de sol, rumoroso de frondas, cantaba a su oído:

"La Ciencia consiste en conocer a los hombres."

¿Es que quien conoce a los hombres, puede amarlos?—se decía el brahmán con amargura.

Y no obtenía respuesta.

¿Es que el sabio puede ser virtuoso?

Y contestaba el Silencio:

"El hombre nace solo, vive solo y muere solo"—exclamaba entonces Ananda, con las palabras de Manú, en la inmensidad del bosque. Y entre sus semejantes está solo. Porque de corazón a corazón, siempre hay abismos. De odio. De envidia. De incomprensión. O, simplemente, de falta de amor.

La soledad de un alma, entre muchas almas, es cosa cierta. Dolorosamente cierta. Por lo menos, en la soledad y en el silencio, aprendemos a encontrarnos a nosotros mismos. Dulce consuelo el de vivir con nuestra alma, ya que nos fué imposible la comunión con las otras.

Así meditaba Ananda. Y una noche al repetirse aquello de "la Justicia sola le sigue", encontró de pronto hueca y falta de sentido esta ley. Y se llenó de pavor. Como si hubieran florecido en la sombra del bosque todas las almas de sus antepasados. Como si el cielo, húmedo de astros, se hubiera encendido en llamas. Que todo este vértigo de vacío y de horror siente el alma cuando la palabra justicia pierde para ella la grave acepción que antes tuvo.

"La Justicia sola le sigue". Pero, ¿dónde está la Justicia?—se preguntó Ananda.—¿Quién la siente? ¿Quién la ve?

¡Ay de nosotros! No. Ni ella acompaña al hombre. El hombre está completamente, absolutamente "solo", frente a la vida y frente a la eternidad; frente a la nada y frente a la evolución.

Y la voz honda del eco, devolvió el clamor del brahmán que con los cabellos blancos de la tierra que se

ANANDA,

por

MARÍA ALICIA DOMINGUEZ

espolvoreara a puñados y con los brazos abiertos en cruz, interrogaba al silencio:

—¡Manú, Manú, Manú! ¿Dónde está la Justicia, Único, Sumo? ¿Dónde está la Justicia, Espíritu, fuera de Ti?

□

Ananda, el brahmán solitario del bosque de Odeypura, se ha enloquecido—lloraban los creyentes con supersticioso temor.—Se le ha visto, a la luz de la luna, junto a las piedras grises del templo de Siva, increpar al dios. Y era verdad. Mal áspid es el de la duda. Su veneno, a poco de inyectado, se extiende.

la, el plumaje alado de éstos, ya que no les permite huir de aquellas. ¡Ay de nosotros! ¿Quién hablará de justicia en un mundo en el que todo es lucha? ¡Pobres de los hombres! Ellos mismos, ¿no viven debatiéndose entre las redes del "Samsara"?

¿Cómo buscar la justicia entre la guerra, que es injusticia y odio?

¿Cómo buscar la justicia en un medio en el que para vivir hay que hacer uso de la ley de eliminación?

¿No sabéis? Ananda ha enloquecido preguntando y preguntándose dónde está la justicia...—decían los creyentes.

Pida a su sastre los casimires

BELWARP LIMITADA

Colores firmes contra los efectos del sol y del agua

La ponzoñosa mordedura había alcanzado al brahmán.

Y frente a las ruinas del templo del dios de la muerte, el asceta pensaba:

—¿Dónde está tu justicia, oh dios? En sangre te anegas. El olor de la muerte es tu incienso predilecto. Fecundas la tierra con cadáveres. Tu mundo, ¿no es un campo de batalla? Y ¿quién, sino tú, lo has dispuesto así? Provees de garras a las fieras. Y te olvidas de la inocencia indefensa de los corderos. Aguzas la lengua venenosa de las serpientes y les das poder de fascinación sobre las palomas candidas y los pobres pajarillos. Y ¿no es una bur-

Y oyendo comentar esto, un Muní—un sabio—dijo: Yo iré a verlo. Y le enseñaré a encontrar lo que busca.

Y se dirigió al bosque en una mañana clara como un diamante expuesto al sol.

El bosque era una caja de música; el lago un espejo bruñido y cada palmera un abanico fresco.

Y así como el Muní se encontró con Ananda y se hubiera saludado a la usanza hindú, cubriéndose el rostro con las manos, el primero dijo:

—Señor: tu aspecto es tranquilo. Me habían dicho que estabas loco. Ananda sonrió:

El último bohemio

—Sí, señora... El último bohemio es el último imbécil. No le queda a usted duda. El ciclo de Murger terminó con la muerte del "pauvre Lelian" y resurgió con falsía, merced a las fiebres cerebrales de los mil y un poetillas de la América española. ¿No piensa usted lo mismo? Tanto peor para usted...

Creo que ha llegado la hora de anatematizar las extravagancias vulgares de esos hombres ingenuos que irrigan la pluma de los fuertes y de los sanos. En el arte, esos seres son lo que los zánganos en la vida de las abejas o lo que los comparsas torpes en una ópera lírica. Puede concebirse, señora, el adorable descuido y la pereza letárgica de Ernest La Jeunesse, pero no es imaginable el traje harapos y el notambulismo de Juan Pérez o de monsieur Prudhomme, ambos hermanos carnales...

Ha pasado la época de cantarle a la luna y a la Mimí agonizante dos cosas que ya no se toman en serio, a menos de escribir endecasílabos en Tegucigalpa o Chascomús, que es lo mismo...

El bohemio de hoy se confunde con el atorrontado desvergonzado o con el imbécil que hace siempre en la intimidad de su ser la autobio-

grafía de una genialidad tan torpe como ilusoria. Si usted observara las conversaciones de esos hombres que hablan de Ibsen y del café con leche con igual entusiasmo, sentiría usted mucha pena y mucha lástima. Sí, señora, mucha lástima...

La señora de Mendizábal, joven dada a la literatura folletinesca y a las crónicas policiales de los diarios, escuchaba al señor Anido con buena atención y moviendo su abanico con una coquetería ostentosa y con miradas de capítulo LV de novela popular.

No comprendiendo nada de lo que el sabio señor Anido le decía, hacía signos de asentimiento, entornando los párpados de tiempo en tiempo.

El señor Anido continuó hablando:

—Por otra parte, señora, esos hombres, que dicen paradojas de Zaratustra y hacen citas enciclopédicas, están dominados por la ignorancia y tienen un pésimo sentido de la vida y de la belleza.

Por eso le afirmo a usted que el último bohemio de nuestro tiempo, tiene que ser necesariamente un imbécil o un tonto...

ALBERTO TENA.

—Tienen razón. Tal vez esté loco. Busco la Justicia.

—La justicia es el sol de Brahma. Un rayo suyo te alcanzará algún día. Porque Brahma es infinito, tiene rayos para todos.

—Mi señor—respondió Ananda.—Creo en la Justicia de Brahma. Lo que busco es la justicia en la tierra. Y al oír esto el Muní se levantó y, despidiéndose gravemente, dijo:

—No te atormentes buscando lo que ya posees. Esperas la justicia de Brahma. ¿A qué buscar otra?

Y el Muní se fué pero Ananda quedó con su espina.

Oyendo decir que el asceta buscaba la Justicia en la tierra, Maya, la bayadera, exclamó:

—Puesto que la sabiduría ha fracasado, bien puede la vida, intentar el convencimiento de Ananda.

Y se envolvió en muselinas color rosa, con brillantes bordados. Y se alhajó con rubies. Rubies en los cabellos negros y en las muñecas y en la garganta. Y enrojeció las yemas de sus dedos y se puso un collar fresco de rosas rojas.

Era la hora de la luz sangrienta sobre el cielo, cuando ella se encontró en el bosque. El poniente encendía un resplandor rojizo sobre las copas de los árboles y diluía en el lago, antes azul, el carmín de la hora...

Y se ahondaba el silencio.

Pero el alma de la selva, se conmovió y Ananda continuó sereno, cuando Maya, apartando ramas en flor, apareció graciosa, sonriente y leve ante él.

—Mujer, ¿qué buscas aquí?—preguntó el asceta, mirándola tranquilamente con sus ojos grandes y rasgados con los que la mirada parecía venir de muy lejos; de siglos atrás, de otras vidas de pureza y de meditación.

—Señor, he oído decir que buscas la Justicia en la tierra—dijo ella, mirándolo a su vez.

Y se sentó humildemente sobre una piedra.

Ananda parecía observarla, con su expresión ausente; los dos brazos cruzados sobre el pecho de color bronce claro, en el que albeaba el cordón de lino de la casta sacerdotal.

—Señor—dijo ella,—en la satisfacción de la materia está la única justicia que nos hace la vida. Lo demás es dolor. Dolor de desear lo que está lejos. Lo imposible. Dolor de ver morir lo que fué nuestro. Dolor de que nos quiten lo que era nuestra luz. De veras te lo digo: la vida es dolor, dolor y dolor. Pero todo se olvida a la luz de las lámparas, entre los brindis, las flores y el roce de las sedas. ¡Ah, señor, un minuto de vida, intensamente vivida, consuela de la Muerte!

—En el baile yo olvido la fragilidad de mi destino. Pero..., ¿por qué me miras así?

Ananda sonrió levemente y, sin modificar su actitud casi hierática, dijo:

—Pienso que cuando las rosas de tu rostro se tornen amarillas y tus labios cobren el color de las violetas de otoño que crecen en el bosque, ya no habrá para ti sitio en el festín. Y, ¿entonces?

—Entonces, me quedaría el recuerdo, señor—contestó ella, palidísima.

—Recuerdo de deslumbramiento y no de calor. Te morirás de frío...

¿Dónde está, pues, esa justicia?

—Su hora estoy viviendo—contestó la bayadera poniéndose de pie, al tiempo que se cubría temblorosa con sus muselinas.

—¡Pobre mujer!—dijo el asceta.

—Eres cruel, señor. Tu lástima es un latigazo a mi orgullo—exclamó ella, irguiéndose. Y un rayo posterior de sol la envolvió en una llamarada, encendiendo la hoguera de sus rubies y la gama del iris de sus túnicas pintadas.

Pero Ananda miraba a lo lejos, con su actitud serena, con sus ojos de expresión ausente.

Y Maya se fué dolorida y era el eco de su oído aquella frase:
—¡Pobre mujer! ¡Pobre mujer!

□

El brahmán perdió toda su fe en la justicia de los hombres. Y morido por la duda recorría las diferentes sendas del bosque diciéndose a sí mismo, con honda perplejidad: ¡Héme solo! Completamente solo. Porque ni la justicia me acompaña desde que no existe en la tierra. Y la de Brahma está aún muy lejos. En verdad, no puede ser más triste la vida del hombre. Porque ¿dónde hay más tristeza que la de la soledad? Héme, Señor, para siempre envenenado por la desconfianza.

Y a causa de sus continuos éxtasis meditativos y de aquella angustia suya que le escocía como una mordedura de víbora, enfermó Ananda. La fiebre hizo presa de él y su cuerpo, como un cirio devorado por la lengua voraz de la llama, se fué reduciendo.

Una tarde del hermoso otoño de la India se internó en el bosque, buscando un hálito húmedo para su doble fiebre de la carne y del espíritu. El color de la hoja seca había substituido al verde vivo de la fronda. Y todo el ambiente parecía saturado de paz y de misterio. Sobre los árboles, el cielo cobraba diferentes azules.

Lleno de una extraña serenidad, Ananda se sentó al pie de una palmera, abandonándose a la meditación. Las palabras de Manú, que desde hacía tiempo no recordaba, se le vinieron a la memoria: "El amor es la raíz de todo propósito." "Todo lo que uno hace es obra del amor."

Pero, ¿quién siente la plenitud noble de ese amor? ¿Puede amarse a los hombres conociéndolos?, se preguntó el brahmán.

Un rumor de hojas secas, holladas, le hizo levantar vivamente la cabeza. Por uno de los senderos pardos del bosque, avanzaba una muchacha del pueblo, con un cántaro de barro.

Y cuando ella lo vió, demudándose, se puso de rodillas humildemente, sobre el polvo y a distancia, y dijo:

—Señor, perdóname. Pertenezco a la casta de los parias. Tengo por costumbre venir por agua a una fuente que hay en este bosque. Pero de haber sabido que tú morabas aquí, no hubiera osado manchar el aire que respiras con mi presencia. Ananda la observó curiosamente.

Era muy joven y muy hermosa, a pesar de su gesto tristemente resignado y de aquella túnica parda y lisa que le cubría casi los pies desnudos y se cerraba cándidamente sobre la garganta morena.

He aquí otra víctima de la falta de justicia humana—se dijo Ananda, y luego agregó en alta voz, mirándola siempre:

—¿Querías tú llevarme hasta esa fuente que yo no he descubierto aún, a pesar de conocer casi todo el bosque?

—¡Oh, señor!—murmuró ella, abriendo mucho sus grandes ojos tristes.—¿Quieres decir que puedo ir junto a ti? ¿Yo? ¿No te dije que soy paria? ¿No eres tú un brahmán?

El asceta sonrió fugazmente, sintiendo suave piedad. E insistió:

—Vayamos hacia la fuente. Ella echó a andar, temerosa, con su cántaro de barro sobre el hombro.

Con una graciosa agilidad, esquivaba las ramas que le cortaban el paso.

Ananda seguía lentamente, tras de

ella. De vez en cuando, la muchacha volvía su cabeza y él veía en sus ojos un gracioso estupor.

Y cuando llegaron a la fuente, mientras ella colmaba su cántaro de agua clara, Ananda le agradeció que lo hubiera acompañado.

Y a la luz moribunda del ocaso que se filtraba rojiza entre el encaje mustio de la fronda, el brahmán vió los ojos de la humilde criatura, llenos de lágrimas.

No está acostumbra a la piedad—pensó él,—porque no hay justicia en el mundo. Y menos para los de su casta. Y con una voz que se esforzaba en ser dulce, le dijo:

—Cuando vuelvas otra vez a buscar agua, te contaré la historia de Prakriti, que era de la casta matanga, inferior como la tuya, y que, sin embargo, fué bendita de Sakya-muní, por haber dado de beber a su discípulo predilecto, que se llamaba Ananda como yo.

□

Ella volvió días después con su aire de ave asustada y su cántaro al hombro. Ananda supo que se llama

rrer un camino fresco y a la sombra, se complacía en instruir a la muchacha en viejas enseñanzas, todas consuelo y resignación. Y una vez le dijo:

—Naga, yo te preguntaría, si tú has hallado la justicia en la tierra. Porque yo, en vano, he procurado encontrarla.

Ella lo miró y había una gran luz en sus ojos, una luz que, irradiando de ellos, parecía envolverla toda. Y dijo:

—Sí, he hallado la Justicia, mi Señor. Tú eres para mí la Justicia. Ananda aquella noche, en la soledad del bosque, mirando los astros se repitió aquella Ley de Manú: "La raíz de todo propósito es el Amor."

Y cuando al día siguiente volvió a encontrarse con Naga, le refirió la última parte de la parábola de Prakriti: "Y fué que la pobre muchacha, conmovida por la acción del discípulo de Buda, lo siguió a corta distancia. Y luego se allegó al maestro y le dijo llorando: "¡Ah, señor, apiádate de mí y déjame estar donde yo pueda ver a Ananda, porque lo amo!..." Y el Bienaventurado contestó: "Prakriti, ¿verdad



T E R N U R A S

He amarrado al león para cantarte
cosas suaves, muy suaves, novia mía (1).
Como idólatra fiel, con hidalguía
me arrodillo a tus pies para adorarte.

No es mi verso el mejor para elogiarte
ni es tan bella mi rústica poesía,
pero he puesto las gracias de Talía
donde siempre llevé el furor de Marte.

Si no es dulce mi voz como pretendo,
si las gotas de miel que voy vertiendo
no deleitan tu espíritu sutil,

no me ríñas. Comprende que mi noble
tributo es como el gajo que da el roble
para adorno y reparo del pensil.

Juan Manuel COTTA.

(1) Mi novia es mi esposa.



maba Naga, y que llevaba con dulce resignación su vida de desgracias y trabajos rudos.

Y, compadecido, le narró la historia de Prakriti.

Naga lo oía religiosamente, alzando de vez en cuando su mirada hacia él.

"Y cuando Ananda le pidió agua, Prakriti exclamó: No pidas ningún servicio de mí. No vaya a manchar tu santidad, porque soy de baja casta. Y él respondió: "Yo no te pido tu casta, sino tu agua."

Y así fué cómo su infinita piedad y su amor, salvaron el abismo que separaba su dignidad de privilegiado en la evolución, de la pobre muchacha cuya única falta en la vida era la de haber nacido entre los que están aún muy lejos del Nirvana.

□

Muchas tardes se hallaron Naga y el brahmán en el bosque. Y él, como el que se complace en reco-

que tu corazón está lleno de amor, pero tú no amas a Ananda sino a su bondad...?"

Así yo te digo a ti, Naga, que lo que tú llamas justicia en mí, no es más que la piedad que te he demostrado.

Pero la muchacha, mirando religiosamente al brahmán, insistió:

—Mi señor, tú eres la Justicia para mí. Porque tú has sido justo conmigo; yo ya no tendré derecho para decir que en la tierra no existe la Justicia. Y te amo de la misma manera que Prakriti amó al que le dijo la buena palabra, porque amo en ti la Justicia y la piedad.

Entonces el brahmán, sintiéndose como iluminado interiormente, exclamó:

—Y yo te digo lo que Sakya-muní dijo a la muchacha matanga: "Bendita seas, porque serás modelo para muchas. Eres de casta inferior, pero los brahmanes reciben lección de ti. Ve y ejerce con otros la bondad que el que amas ejerció contigo..."



Y pasó el tiempo. Una mañana, el brahmán solitario del bosque de Odeypura se sintió morir. Entonces el Muní y la bayadera Maya, sintiendo curiosidad por ver si antes de irse había encontrado la Justicia en la tierra, fueron a su retiro.

De espaldas sobre la tierra, sereno, con los ojos entornados, se extinguía Ananda. Y era una mañana linda de sol y pesada de aromas.

Apoyada contra un árbol, extrañamente serena, la muchacha paría contemplaba al moribundo.

—Señor—exclamó el Muní,—te espera el Océano de la Suprema Beatitude, ¿no te consuela eso de no haber hallado la Justicia en la tierra?

—Señor—dijo la bayadera,—os marcháis de la vida sin haber querido saborear su única Justicia...

Ananda sonrió, escuchándolos, al tiempo que con voz débil pedía agua.

El Muní y la bayadera miraron a su alrededor como buscando la fuente; Naga extendió su cántaro adelantándose. Pero al ver que su pequeña sombra se extendía como una bandera trémula sobre el moribundo, retrocedió sollozando y alargó su cántaro a Maya.

—¡Dáselo tú, señora, dáselo tú; yo no quiero mancharlo!

Y se oyó la voz débil de Ananda: —"Tu agua te pido"; dame de beber la justicia de la tierra.

Y ella se acercó de nuevo, serena, y sosteniendo con una mano la cabeza del brahmán, aproximó el cántaro a sus labios sedientos.

Y luego que bebió, incorporándose débilmente, Ananda se dirigió al Muní. Y le dijo:

—De veras, Señor, de veras te lo digo. Me voy dichoso porque he hallado la justicia en la vida... ¿No hay justicia en esta mañana en que la tierra canta y toda criatura vibra de júbilo?

Y luego, mirando a la bayadera, agregó:

—Mujer: encontré la justicia en la tierra. Pero no en el fango, ni en la miseria de lo que reluce, aunque es percedero. La pureza y la bondad de esta criatura humildísima fueron como estrellas que me alumbraron la ruta.

Y sus ojos, ya velados por la agonía, se fijaron intensamente en Naga que seguía llorando.

—En verdad os digo, poniendo por testigos a este cielo azul y a este bosque en primavera, que la Justicia existe sobre la tierra. Pero, como todo, tiene su raíz en el Amor y en la piedad. Ciertamente el hombre vive solo y muere solo, pero esa "justicia que le acompaña" es la que tiende maravillosos puentes de alma a alma...

Y el brahmán cerró los ojos. Y los otros callaban religiosamente. Y el aire puro de la mañana daba, entre los árboles del bosque, la gran respuesta:

"La ciencia de la humanidad consiste en amar a los hombres conociéndolos."

Sinfonías mudas

LA MUSICA DEL COLOR

Con frecuencia se utiliza en nuestra moderna literatura la sintética cuanto expresiva imagen de "una sinfonía de color". Como en otros muchos casos, en éste se adelantó el numen poético al científico hallazgo, constituido ahora por el "clavilux", según la denomina su inventor, Thomas Wilfred, que a la ciencia ha enlazado el arte al descubrir un nuevo horizonte de belleza.

El "clavilux" es un órgano que, en vez de lanzar sonidos, emite melodías y acordes luminosos mediante un mecanismo relativamente complicado, y cuya somera descripción, así como las sensaciones que produce, intentaremos a continuación.

Ante el aparato de referencia se coloca una pantalla en la que refleja la luz teñida en colores. Uno de ellos aparece en la pantalla. Es al pronto una pequeña mancha informe, que en acompasado desarrollo adquiere determinado contorno, a la vez que el color aumenta en intensidad, hasta tornarse iridescente, para desvanecerse al cabo. A esa forma de color sigue inmediatamente otra distinta y de diferente matiz, con variaciones de velocidad, de perímetros y de tonalidades, surgen otras luminosas proyecciones en armoniosa sucesión. Se desarrolla así la sinfonía de color, plástica y movable.

Según el inventor, la idea del "arte de la luz" tiene sus precedentes en los místicos ritos de la humanidad prehistórica. El hombre de las cavernas acostumbraba a hacer signos en el aire con una tea encendida ante su tribu congregada para tal ceremonia religiosa. Y en la antigua China se empleaban fuegos de artificio para análogas solemnidades.

"El sonido—agrega Wilfred—que—dó sometido, mediante un teclado, a la voluntad de todo hábil ejecutante, hace unos cuantos siglos. La luz ha tenido que esperar los progresos de óptica y de electricidad conseguidos durante los últimos veinte años. Pero el naciente arte de la luz cuenta aún con más posibilidades de perfeccionamiento que cualquier otra manifestación de belleza, porque su medio de expresión es el mayor poder del universo: el manantial de la vida".

Durante su niñez, transcurrida en Dinamarca, el inventor inició sus experimentos. Proyectaba en la pared el arco iris y para ello utilizaba prismas de candelabros de cristal. Más tarde aprendió a proyectar formas de luz reflejadas desde una caja de tabaco cuya tapa había taladrado previamente con sujeción al deseado contorno. Y, por último, el resultado definitivo de sus experimentos infantiles lo obtuvo con el instrumento de acero que ahora utiliza.

El "clavilux" está provisto de tres manivelas y de una triple cámara de luz, en conexión aquéllas con el teclado y la cámara con el fuelle del órgano.

Es elevadísimo el número de combinaciones de luz y de color. Las notas van escritas en un pentagrama y un acorde de color se representa, por ejemplo, con tres cifras: "40-35-60". La manipulación de las llaves a que se refieren esas cifras y la presión en las teclas correspondientes producen el deseado acorde.

Sentado el artista ante el teclado con la partitura al alcance de la vista, da luz mediante conmutadores y la proyecta en la pantalla; inmediata-

mente, y por medio de otro mecanismo, da forma a esa luz y en seguida le imprime movimiento rítmico, a la vez que le presta intensidad y la tinte del color necesario. Esto último se logra filtrando esa luz por pantallas de vidrio.

Claro está que ha de hallarse completamente a oscuras la sala donde se dé el "concierto luminoso", y cuando se contempla por primera vez el espectáculo, produce una impresión seguramente análoga a la que experimentaría quien no conociera la existencia de la música y de pronto oyese tocar un violín. ¿Cómo reaccionaría quien en tal caso se encontrara? Indudablemente se haría la reflexión siguiente: "Si, esto es bonito; mas, ¿para qué sirve?"

Así opina el inventor del "clavilux", y añade:

"La luz musical es un arte no menos que lo son la pintura, la escultura y el baile. Puede utilizarse en el teatro para hacer más intensa la emoción que produzca el trabajo de un actor o en substitución de la música. Ese nuevo arte no nos ofrece la imagen de una rosa ni reproduce ante nuestra vista una puesta de sol; pero nos descubre el espíritu de la puesta de sol o de la rosa. Yo espero que en el transcurso de pocos años los "conciertos luminosos" serán preferidos a los conciertos sinfónicos. Y seguramente en muchas casas habrá un órgano de color como actualmente hay en ellas un piano o un fonógrafo."

He aquí ahora las palabras de un crítico:

"Unas ondulantes manchas de luz verdosa nos sugieren la llegada de la primavera, sensación subrayada por los colores del tulipán."

Y al referirse a otra de las composiciones del concierto a que asistiera, el mismo crítico dice:

"Nos remontó al espacio con la imitación del majestuoso vuelo de un águila y con la cromática visión de lo que podría contemplarse desde aquella altura."

Y el que juzga así termina por decir calurosas alabanzas al naciente arte de la música del color.

TUS SENOS

"La desnudez si es bella es siempre casta." Villasepasa.

Son dos cisnes muy blancos y muy finos que en tu pecho se hubieran albergado; dos magnolias que aún no han desplegado la gracia de sus pétalos divinos.

Son dos vasos de vida, cristalinos, que la caricia humana no ha empañado; dos estrellas que en ti Dios ha engarzado para irradiar fulgores nacarinos.

Paréado de hermosas curvaturas en medio de las plácidas tersuras de tu cuerpo de encantos milagrosos

son tus senos en flor, primaverales, dos soberbios relieves virginales rematando en dos vértices gloriosos.

Felipe FLORES (hijo).

A propósito de los baños empleados en aviación

Un emérito sabio francés, M. Charles Moureu, profesor del Colegio de Francia, miembro de la Academia de Ciencias, ha escrito esta frase:

"Cuando, por ejemplo, un aeroplano surca el espacio, de los miles de espectadores que lo observan y cantan las legítimas alabanzas del ingeniero, ¿cuántos de ellos sospechan los méritos del químico? No obstante, cada uno de los órganos de la máquina voladora ha necesitado profundos estudios químicos, desde los que se refieren al metal empleado para la fabricación del motor

hasta los barnices y baños que dan a las alas la impermeabilidad y rigidez indispensable.

Nada más cierto que esto. La cuestión de los baños, de los que quisiéramos decir aquí algunas palabras, es ignorada, por lo general, del público, y hasta poco conocida de los que se dedican a la aviación: como constructores de motores, pilotos, mecánicos, etc.

Hay que definir, primero, la palabra: Por baño ha de entenderse una solución con la que se impregna el velamen de los aviones para tenderlo fuertemente,

COMPANÍA ITALO-ARGENTINA DE ELECTRICIDAD

651 - CORRIENTES - 659

Para vuestra cocina, preferid siempre un aparato eléctrico, más práctico, más higiénico y más económico que los anticuados sistemas a leña, carbón o gas. La Compañía tiene abierto durante las horas de oficina un Salón especial con un surtido completo de aparatos eléctricos de uso doméstico, sobre cuya utilización proporciona al público los informes más completos.

TELÉFONOS:

U. T. 5940 al 45, 2765, 4225, 4790 al 94 y 5780, Avenida. C. T. 1254 y 1387, Central.

impermeabilizarlo, alisarlo y volverlo todo lo insensible que se pueda a los efectos del clima y cambios de temperatura (calor, lluvia, humedad, etc...). Este es el objeto esencial del baño. Pero no es esto todo. El baño ha de ser compuesto de manera que pueda preservar los planos de la acción del aceite, de la esencia o del agua, sobre todo, del agua del mar, de la que es imposible evitar que manche estos planos. Por último, un baño de buena calidad ha de dar a las partes por las que se extiende un pulido que disminuye la violencia del frotamiento de las capas de aire contra el avión o hidroavión, contribuyendo por este hecho a la marcha regular y rápida del aparato.

El baño ha de responder, por tanto, a múltiples necesidades. Hasta ahora no se ha elaborado más que un baño incoloro o monocoloro, lo que es, por otra parte, el caso más frecuente.

Sin duda, la práctica, el mismo desarrollo de la Aviación, ha dado, poco a poco, lugar a precisar las cualidades exigibles de un buen baño. Pero es curioso observar que desde los mismos principios del avión los constructores e ingenieros—por imitación y perfeccionamiento de lo que veían hacer en Aerostación—pensaban en revestir las alas de los aparatos de un baño apropiado. Chanute preconizaba en 1904 una fórmula en que entraban:

Algodón pólvora, sesenta gramos; alcohol, un litro; éter sulfúrico, tres litros; aceite de ricino, veinte gramos; bálsamo del Canadá, diez gramos.

No entra en nuestra intención (sería fastidioso y fuera de los límites de esta revista) citar o resumir todas las fórmulas de que se componen los baños que desde entonces han venido recomendándose o aplicándose, así como tampoco exponer los detalles de fabricación de un buen baño; queremos únicamente hacer punto final dando a conocer la composición corriente de los baños empleados hoy día con más frecuencia.

Están esencialmente constituidos por una mezcla de solventes ligeros (acetato de celulosa, acetona, acetato de metilo o formiato de etilo), disolventes (alcohol y bencina), y de solventes pesados (alcohol benzílico, triacetina, etcétera).

Las telas se recubren de tres capas sucesivas de baño, recubriéndose luego estas tres mismas capas de un barniz graso, incoloro o coloreado en beige, caqui. Los buenos baños hoy empleados consiguen aumentar la resistencia de la tela virgen (lino o seda) de un 25 a un 50 por 100.

EL WISKY de los aristócratas "YE MONKS"

El sable de Fakreddin

En un palacio triste y oscuro de la Alejandría de los griegos, que los árabes nombran Iskanderich, conversaban con gran recato, una tarde del año 1811, dos personajes de condición muy diferente, aunque unidos en aquel momento por el lazo de algún secreto misterioso y terrible, según las palabras que se les oyeron al terminar el diálogo:

—Conque según eso—decía el de superior calidad,—¿todo se halla dispuesto y el resultado será infalible?

—Sin duda ninguna, señor. El mu-chih (1) encargado de la ejecución ha reclutado los spahis entre la gente de su mayor confianza, y sólo esperan la ocasión oportuna.

—Cuidado que nadie note prevención que pueda infundir sospecha; todo se ha perdido si les sacamos de su completa seguridad.

—Lo comprendo tanto, señor, que juzgo mi cabeza comprometida en el éxito del suceso.

—Piensas con acierto, Ismael. ¿Has hecho abrir las ventanas de la techum-

—Sí.

—Hazlo sin tardanza. Un ruido causado de improviso sobre las cabezas de los concurrentes no podría menos de ser ocasión de alarma. Han de sentir el golpe sin sospechar nada.

—El mandato de vuestra alteza será cumplido sin demora.

—Después del castigo volveremos a encontrarnos con más reposo. Alah sea en tu guarda.

Quedó solo el magnate, que no era otro sino el renombrado Mehmet-Alí, bajá de Egipto. Recostóse en el diván y allí permaneció largo rato. Al sonido de un silbato de plata que sacó del seno acudieron dos esclavos, y encendiendo las lámparas de un mechero que colgaba del techo, se alejaron en silencio.

Abrió el bajá un ancho armario donde guardaba armas de todas clases, y sacando de una caja un par de pistolas inglesas, se las colocó en la cintura de manera que no fuesen notadas, y pasó a la pieza inmediata, donde se hallaba la guardia exclusiva de su persona. Imponente era su aspecto, al par que notables la cautela y el disimulo marcados en el rostro; con paso firme atravesó entre los suyos.

Después de hablar algunos instantes en voz baja con el jefe de los soldados, siguió escoltado por ellos hasta una extensa cuadra poblada por los beyes de la temible tropa de los mamelucos, a quienes trataba el bajá de obsequiar aquella noche con un festín magnífico.

El origen de esta milicia se remontaba a los tiempos de Gengis-Kan; compúsose al principio de cautivos jóvenes que los mogoles apresaban en su correrías, según indica su mismo nombre, tomado de una voz árabe que significa esclavo. Los sultanes Ayubitas de Egipto compraron crecido número de ellos hacia el año 1230, empleando en lo sucesivo para reclutarla iguales medios que habían puesto en práctica para establecerla. Su espíritu militar hizo de ellos una falange formidable, hasta el punto de apoderarse del gobierno del país, colocando en el trono a sus caudillos, que dieron origen a dos dinastías de soberanos. En 1517 venció e hizo ahorcar a su último jefe, el sultán de los otomanos, Selim, despojando a los mamelucos de la suprema autoridad, si bien les dejó el gobierno de las provincias, sometidos al mando de un bajá nombrado por la Sublime Puerta. Sin embargo, a últimos del siglo anterior casi habían recobrado su antiguo poder, y sus continuas exigencias impe-

dían en el Egipto la consolidación de un sistema regular. A fuerza de astucia y contemplaciones logró Mehmet-Alí reducir a sus beyes a la obediencia, hasta el punto de concertar con ellos una expedición contra los wahabitas, secta guerrera del islamismo que amenazaba dominar sin rival en los santos países de la Meca y Medina, para cuya mejor combinación y solemnizar al mismo tiempo la concordia establecida a orillas del Nilo entre todos los siervos del supremo Padischach de Constantinopla, dispuso el virrey obsequiarlos con la fiesta citada.

Agolpáronse a las puertas cuantos en la estancia se hallaban para saludar al representante del Gran Señor, y él correspondió a sus demostraciones con aire franco, tomando asiento en lugar

resaltar los vivos colores de las pinturas de flores y enramadas que adornaban las paredes, y la cadencia de infinitos instrumentos tañidos por los más diestros músicos de Alejandría llenaban el alma de contento, disponiendo el apetito a saborear los ricos manjares preparados con esmero inteligente. Pronto fueron servidos los primeros platos, y el satisfactorio bullicio propio de un banquete presidido por un anfitrión alegre y comunicativo, cual lo estaba Mehmet-Alí, subía de punto cada vez más.

—Venga Chipre—gritó el agá de los mamelucos.—Los soldados no están sujetos a la prescripción del Korán. Imítadme, compañeros, y bebamos a la Memoria de Nuredin (2).

—¡Honor y gloria a la justicia del

muerte y exterminio, lanzaban una lluvia de fuego y plomo, a cuyo certero impulso no quedaba hombre con vida en aquel teatro de fúnebres horrores. En balde fué que algunos de los infelices sentenciados se arrastrasen hasta el bajá invocando su clemencia; tan sordo a las súplicas como a las imprecaciones de sus víctimas, animaba a los verdugos con la voz y el ejemplo. No duró mucho la carnicería; antes de media hora, cuatrocientos setenta cadáveres nadando en sangre era cuanto quedaba del arrogante cuerpo de los mamelucos.

Muchos años tendieron el velo del olvido sobre los acontecimientos anteriores. Mehmet-Alí envejeció lleno de gloria como reformador del Egipto, del cual aseguró en su familia el dominio casi independiente, y cuya población vivía contenta y feliz bajo su mando.

Por esta época cruzaba una calle de El Cairo cierto armenio ropavejero, publicando en altas voces su mercancía, sofocado con el peso de las muchas prendas de varias telas de todas formas y colores que constituían su pacotilla ambulante. Entre la miscelánea heterogénea brillaba un sable construido con tanto esmero y delicadeza, que no dudó menos de atraer las miradas de un oficial de tropas irregulares, hasta el punto de parar al mercachifle para examinar el objeto de su deseo y saber el precio en que podría adquirirle. Reconociendo con atención, halló la hoja damasquina de un temple superior: otros amigos del oficial, que llegaron por acaso, fueron de igual parecer, conviniendo todos en que no podía menos de haber pertenecido a una persona de categoría elevada. Por último, tantas vueltas le dieron, sin dejar cualidad de que no hiciesen prolijo examen, que al cabo advirtieron unos caracteres árabes, grabados junto a la empuñadura, en que constaba haber sido fabricada para Mehmet-bajá, año 1800.

—¿Cómo, bribón, te atreves a tener en tu poder el sable de su alteza?—exclamó el soldado lleno de cólera.

—Por mi conciencia, señor—respondió el atribulado mercader,—os juro que no sabía lo que llevaba; nada entiendo de letras, y no pude conocer la ilustre procedencia de esta respetable alhaja, que de hoy en adelante pondré sobre mi cabeza.

—Sobre tu cuello será donde yo la ponga, si no me dices al momento dónde la has adquirido.

—Un viejo muy apurado vino a mi tienda con él, y me lo vendió por unas cuantas piastras.

—¿Y conoces tú a ese profano?

—Habita cerca de mi casa.

—Pues entonces camina ligero y vamos a buscarle.

Colocado el ropavejero en medio de la cuadrilla, les dirigió a uno de los barrios más pobres de la ciudad, hasta una casa de mezquina apariencia, donde hallaron a un anciano de venerable aspecto, acompañado de dos mujeres de mediana edad, que les recibió sin inmuntarse, a pesar de haberle dicho la intención que les guiaba.

—Es verdad—dijo,—ese sable ha pertenecido al virrey; pero yo también le poseía con justo derecho, y sólo a su alteza le recordaré el medio por que llegó a mis manos.

Esta pretensión excitó la hilaridad del oficial y sus compañeros, que, mal de su grado, condujeron al viejo a presencia del cadí, donde se obstinó en igual silencio, sin desconcertarse por voces y amenazas.

—Yo te haré dar todos los días cincuenta palos en las plantas de los pies,

El exterminio de los cetáceos dañinos

El subsecretario de Estado de la marina mercante de Francia, M. Charles Danielou, justamente preocupado ante los daños que causan los "bélugas" en los lugares de pesca, ha acordado constituir una comisión de técnicos con el encargo de estudiar los medios eficaces de destrucción de dichos cetáceos.

No es ahora la primera vez que las autoridades francesas se cuidan de librar de esta clase de peligros a los pescadores de su país; no peligros para las vidas, sino para el buen éxito de sus operaciones en el mar. Hace algunos años otros subsecretarios de Estado de la marina mercante dieron órdenes a los directores de las Inscripciones Marítimas para que los buques guardapescas de su jurisdicción prestasen "la más estrecha ayuda a los pescadores durante la campaña sardinera, en la lucha contra los "bélugas".

Uno de esos subsecretarios—M. Rio, en 1921—pidió al ministro de Marina que se facilitasen a los pescadores, a título de préstamo y para dicho objeto, "fusiles que, aun teniendo un alcance reducido, puedan disparar proyectiles de bastante calibre."

Algo parecido a esto pidieron también los pescadores gallegos a las autoridades de marina de España durante muchos años, sin que lograsen ver atendidas sus aspiraciones en lo más mínimo, hasta que hace pocos meses se dispuso que algunos barcos, tripulados por buenos tiradores de la

armada, emprendiesen la persecución de los cetáceos dañinos, que son una especie de delfinidos llamados "arroaces" por los pescadores de la costa gallega.

Para ello fué preciso que el ministerio enviase a Galicia una comisión mixta, formada por oficiales de la marina y naturalistas civiles, con objeto de determinar bien la clasificación de dichos cetáceos, pues mientras en Madrid se pedía su exterminio aplicándoles el nombre de delfines, en otras partes de España los pescadores eran opuestos a su destrucción, por entender que los delfines no son perjudiciales para ellos, y más bien que causarles daños los favorecen, acorralando las sardinas y empujándolas hacia la costa, con lo que se apoderan más fácilmente de ellas.

Hechos los oportunos estudios, se ordenó la persecución de los arroaces, por haberse, sin duda, comprobado que eran dañinos para los pescadores.

Esta persecución debe hacerse constantemente. Los cetáceos llamados en francés "bélugas", o sean los grandes delfines del norte, son perseguidos en la república transpirenaica durante toda la campaña sardinera, es decir, casi todo el año, porque ésta sólo se suspende en el periodo invernal, y no en absoluto, pues todavía en el invierno se sigue esa pesca en algún puerto español, como, por ejemplo, San Juan de Luz.

privilegiado e invitando a la concurrencia a colocarse donde mejor a cada cual le pareciese, para comenzar luego el banquete, que ya estaba impaciente por disfrutar con tan lucida compañía. Las mejores y más afectas tropas del virrey guardaban las entradas, como también el diván de su alteza, pues como la ceremonia era importante, quiso revestirla de todo el esplendor de la pompa oriental. El ornato de la estancia ayudaba a sus intenciones, y nada faltaba de cuanto pudiera hacer vaticinar una noche deliciosa. Perfumes delicados exhalando su aroma en pebeteros de oro, millares de bujías haciendo

Supremo Sultán!—contestó el bajá con voz potente, alzándose de su asiento y disparando sobre el atrevido jefe las dos pistolas que ocultas llevaba.

La horrible tempestad que sobrevino a consecuencia fuera imposible de pintar. Los soldados que guardaban las entradas, los que cercaban al virrey, volvieron las armas contra los desprevénidos comensales, cual obedeciendo a una señal acordada, fusilándolos sin piedad, al mismo tiempo que otros, desde las ventanas del techo, cual nube de

(2) Primer jefe nombrado monarca por los mamelucos.

hasta reducirte a declarar en juicio—le dijo, amostazado, el funcionario.

—Y yo, a mi vez, invocaré contra vos la justicia de Dios y del bajá, a la que apelé desde un principio.

Así se verificó, pues conducido al sentenciado al lugar de la ejecución, cerca de la ciudadela, iba gritando sin cesar:

—¡Musulmanes! ¡Decid al bajá que su amigo Fakreddin se encuentra en el mayor peligro!

Tantas fueron sus exclamaciones, que un coronel prusiano, a quien Mehemet apreciaba en alto grado, no pudo menos de pararse a escucharlas, y, conmovido, llegó a saber la causa de ellas. Una vez conocida, hizo suspender la sentencia, bajo promesa de manifestar al virrey lo sucedido y atenerse a su determinación. Esta fue que se condujese al reo a su presencia inmediatamente, verificando lo cual, le habló de esta manera:

—Tu malicia es grande al invocar un nombre que ya no pertenece a ningún viviente. ¿Dónde o cómo averiguaste que entre Fakreddin y yo existían lazos de reconocimiento?

—Señor: Ante la presencia de Dios todos los cálculos humanos son como figuras trazadas en el polvo: un ligero vienteillo las borra, sin dejar recuerdo alguno—respondió el sentenciado.—Yo soy Fakreddin. Quise morir con mi secreto; pero estaba escrito lo contrario.

—Si no me ofrecéis otras pruebas que tu palabra y alguna ligera semejanza con el sujeto cuya personalidad supones, tendré que imponerte el castigo reservado a la impostura.

—Es verdad. Ya no soy aquel vigoroso e intépido spahis, que se arrojaba al primero en busca del peligro: por el contrario, apenas puedo caminar sin apoyo, y la miseria y el hierro enemigo me han desfigurado en términos de ser desconocido; los años arrebataron al león sus dientes, y su garra yace embotada; con todo, señor, ¿reconocéis esta cicatriz que cruza mi semblante? Es muy profunda y desagradable; pero vuestra alteza no podrá menos de apreciarla en mucho.

—Empiezo a dudar—respondió el virrey, pensativo,—mas habría algunos que pudieran presentar otra igual. ¿Es tan fácil recibir una herida en el rostro!

—Y esta otra señal de bayoneta, adquirida sobre la brecha de Akka (3), peleando contra los franceses, cuando vos, bajá entonces de dos colas, llama-

(3) San Juan de Arce.

¿Quiere usted pasar unas horas divertidamente sin necesidad de ir al teatro?

LEA
PEDRÍN
BROCHAZOS
PORTEÑOS

POR
FÉLIX LIMA

se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar, 879, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio: \$ 2.50

bais a los vuestros a la pelea, sin que nadie acudiese, poseídos como estaban por el terror, ¿habrá muchos que puedan ostentarla?

—Ahora sí te reconozco, digno amigo a quien debo la vida, y recompensaré cual mereces; aunque no comprendo el motivo de tu largo silencio.

—Escuchadme, señor, y cesará vuestra duda. Recordaréis que, derrotados en una salida, tuvimos a gran fortuna poder refugiarnos en la playa, perseguidos de cerca por los europeos. Allí, abandonados de las tropas, yo, con las manos inutilizadas, y vos, herido y exánime de fatiga, nos vimos acosados al pie de las murallas por una pareja de cazadores. "Nada puedo hacer, Fakreddin—me dijisteis;—toma mi sable y pelea por dos". Tuve la suerte de matar a uno a costa de mucho esfuerzo, dando lugar a la resistencia, a que fuésemos socorridos. Pasada la ocasión, al devolveros el arma que me habíais entregado, me dijisteis: "Guardala como testimonio en mejor tiempo del servicio que acabas de hacerme; pero has de jurar por Dios vivo no revelar a nadie

cerraba, busqué salida, único entre mis compañeros que pudo hallarla. El temor de ser víctima de vuestro enojo se añadió a la fe comprometida para ocultarme ante vos. Un pobre tejedor, padre de dos hijas, me recibió en su casa. Murió después. La vejez y la enfermedad me asediaron, poniendo término al corto fruto de mi trabajo. Las pobres mujeres que me albergaban tenían hambre; quise remediarlas, y sacrifiqué a un ropavejero el preciado sable en que miraba representada la juventud, la gloria, el deber y hasta la esperanza. Lo que falta de la historia, vos lo dictaréis, señor.

—Añadirán a ella que Mehemet-Ali—contestó el bajá—te acogió en sus brazos, dispuso que tuvieras habitación en su mismo palacio, acompañado por tus dos huéspedes, las dos hermanas, y cuidó de ti mientras duró tu vida; pero que volvió a recobrar su sable.

El suceso se hizo público, y en las ceremonias solemnes, el virrey se adornaba con el arma que tuvo Fakreddin por tantos años, y que siempre conservó su nombre.



ROMANCE NOCTURNO.

(Para "Fray Mocho")

La luna ilumina
con su luz de plata,
apenas, la iglesia
vieja y desolada.
Es todo silencio
en la nave larga...
¡Solo entre las sombras
oír creo batir de alas!...

De pronto, se eleva
del órgano grande
una nota larga,
una nota suave,
y luego un acorde
doliente, temblante,
se extiende, se extiende
y la nave invade...

Suena el gran órgano
en la iglesia bella
y tiemblan los vidrios
en las puertas viejas.
¿Quién, quién tocar puede
las teclas muy llenas
de polvo sagrado
y olvido cubiertas?

¿Quién en la penumbra
triste y misteriosa,
desolada y yerta
de la iglesia sola,

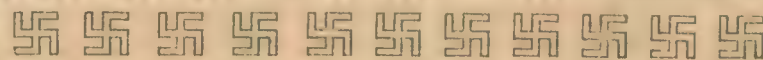
derrama del órgano
torreñes de notas
en larga elegía,
dolientes y locas?

El que en esta noche
de gran luna llena
se atreve, osado,
a herir las teclas
del órgano dulce:
¡turba lo que sueña
la iglesia en su sueño
eterno de piedra!

¿Quién es el que llora
y al órgano hace
llorar en la sombra
fría de la nave?
pregunto temblando,
y el lloro incansable
muy lento, muy lento
apágase suave!...

Corro hasta donde
el órgano se halla
y miro temblando;
¡oh!, ¡veo a las largas
y errantes y tristes
penitentes almas,
alzar del teclado
sus alas muy blancas!...

Carlos María PODESTA.



Los amores seniles

Una anciana se casa con su salvador

Hace pocos días, la señora Jennie Singer, de ochenta y cinco años, iba tranquilamente por una calle de Nueva York, cuando en la acera opuesta se produjo un movimiento de curiosidad

OBRAS DE
Carlos Correa Luna

Historia de la Sociedad de Beneficencia

(1823-1852)

\$ 3.50

Don Baltasar de Arandia
\$ 2.50

LA INICIACION REVOLUCIONARIA. EL CASO DEL DOCTOR AGRELO—UN CASAMIENTO EN 1805 —LAVILLADELUJAN EN EL SIGLOXVIII— ANTECEDENTES PORTEÑOS DEL CONGRESO DE TUCUMAN.

A \$ 1.— el ejemplar

En todas las librerías y en la administración de FRAY MOCHO, Bolívar 879. Buenos Aires.

frente a un establecimiento donde acababan de exponer en los escaparates unos monigotes reclusos que, por medio de un teléfono unido a un aparato altavoz, gritaban anunciando los productos de la casa, al propio tiempo que gesticulaban invitando al público a que entrase a adquirirlos.

La señora Jennie Singer, a pesar de sus años, corrió irreflexiblemente a presenciar el espectáculo, sin darse cuenta de que tres o cuatro automóviles se le echaban encima con riesgo de aplastarla; mas cuando ya iba a caer bajo las ruedas de los vehículos, un caballero que a la sazón se hallaba cerca de ella, la asió por un brazo y, con peligro de su vida, la puso en salvo.

Inmediatamente la acompañó hasta una farmacia inmediata, y allí se le prodigaron calmantes a su gran excitación nerviosa.

Cuando hubo recobrado la serenidad, le dio gracias al caballero por su oportuna intervención, y luego le dijo que se dirigía a casa de unos amigos que habitaban no muy lejos de aquel lugar. Al mencionar el nombre de éstos, resultó que también eran amigos del caballero, por lo cual él acompañó a la señora hasta el domicilio de sus relaciones.

En el salón de éstas se expansionaron el salvador, que era el señor Samuel Barón, de ochenta y siete años, habitante en el barrio de Brooklyn, y la señora Singer, lamentando los dos la soledad en que vivían, pues ambos eran viudos y poseedores de regular fortuna.

De confidencia en confidencia, los dos viejos llegaron a referirse sus interioridades, y una hora después el señor Samuel Barón, dirigiéndose a los amigos de ambos, dueños de la casa en que se encontraban, les dijo sonriendo:

—Tengo el gusto de pedirles la mano de su amiguita señora Jennie Singer. —Nosotros se la otorgamos de buena voluntad—exclamó, riéndose también, la señora de la casa, tomándolo por una broma.

Pero, ante la aceptación de la ohen-tona, formalizose el convenio de boda, y ayer se celebró ésta en Brooklyn, con asistencia de más de cien personas, que aclamaron a los novios y les cubrieron de flores.

Estos y sus padrinos obsequiaron a los invitados con una comida que duró desde las doce del día hasta las seis de la tarde.

COLABORACION ESPONTANEA

Sonata

A María Alicia Domínguez.

Suena un piano a lo lejos...
La Luna en el firmamento
es una gran rosa blanca.
Siento como un frío intenso
que se me filtra en el alma.
¡Recuerdo! Siempre a mi lado
vienes con las noches claras,
y es que está la Primavera
saturada de fragancias,
y la senda se prolonga
más allá de la Esperanza...
La evocación de tu nombre
me ha puesto la noche cálida
y el céfiro juguetea
embalsamado en las ramas...

Abrió el libro divino
de Nervo, "La Hermana Agua",
y me sentí cristalino
y con el alma mojada.

(La Luna, maravillosa,
los campos maravillaba;
y en los perales floridos
se esponjaban las torcazas.)

Rafael RUIZ CRUCES.

Coche de plaza

Desvencijado, sucio, alicaído,
luciendo su pobreza franciscana,
circula de la noche a la mañana
entre el concierto del humano olvido.

Tíralo un rucio flaco y mal comido
que la indolencia y el cansancio hermana,
sobre el pescante—triste solio—hilvana
el auriga sus sueños de vencido.

El tiempo lo ha pospuesto por tardío,
y condenó a deambular vacío
entre un perpetuo ruido de bocina;

triste destino el tuyo, coche amigo,
del mecánico triunfo eres testigo
y te mata el olor a gasolina.

Rogelio A. DURO.

Astro

Has vuelto a ver las cosas familiares,
la dulce evocación de adolescente,
y sobre ese crisol de tu ancha frente
brillaron nuevos limbos estelares.

Has llegado, trayendo de otros mares
la visión de las aguas, transparente,
y el dorado fulgor del sol de Oriente
como una anunciación de tus cantares.

Tú, traes renuevos todos los fulgores
en una dulce evocación de flores,
que vas dejando por la senda en rastros...

Y en la embriaguez de luces y de albores
con tus lánguidos ojos soñadores
marcharás a la fiesta de los astros.

José N. MURGA.

Momento íntimo

Yo no sé... Fué su culpa o he pecado.
Se enojó no sé cómo ni por qué.
¿Sintió celos, envidias y ha dudado?
¿Desconfió del cariño?... No lo sé.

Y aquella última vez que nos miramos
con rencor, con amor, como se pudo,
en un gesto expresivo pronunciamos
la oración misteriosa del saludo.

Nuestras almas sintieron agitadas
y las manos nos dimos fuertemente
maldiciendo el recuerdo entre los dos.

Se cruzaron dos últimas miradas
como en un desafío, frente a frente,
y nos fuimos pensando en el adiós...

Víctor J. MUSCHIETTI.

Sacrificio inútil

Hiciste mal... El mundo tan ficticio
donde te alejaste te enseñó a ser mala;
¡en vano quise acariciarte el ala!
¡no supiste jamás mi sacrificio!

En vano quise acariciarte, en vano
con el empeño inútil, en derrota,
cuando tu pico destiló la gota
del germen de tu espíritu malsano!

En vano, en vano mi infortunio dice
y en vano, en vano atormentarte quise
con la verdad que a la razón provoca.

En vano. Ya lo ves. Di: qué prefieres,
¿el duelo pertinaz con que me hieres
o el silencio implacable de mi boca?

Galo Arg. ZARAGOZA.



Las torres de Babel

Los ilusos personajes bíblicos que pretendieron
desafiar al tiempo y dominar la materia, para gozar
el contacto de las cosas eternas, poseídos del instinto
de la acción y del progreso que anima toda
actividad humana, salvándola de la morbosa in-
fluencia de las horas místicas y ociosas, son un
constante símbolo de todo el adelanto material que
alcanzaron los hombres, hormiguitas infatigables, a
quienes la Tierra debe las asombrosas creaciones
que ornamentan su accidentada superficie.

Simbólicos personajes aquellos de la edad bibli-
ca. Representan la eterna actividad humana, destru-
yendo fácilmente la hidra de la meditación filo-
sófica, a la cual es accesible el cerebro de los
hombres y en cuya raigambre agonizaron de inani-
ción enfermos tristes y genios fulgurantes.

Los legendarios constructores de la famosa torre,
obraron por instinto. No se detuvieron en la idea
—ideas que la fiebre de la acción rechaza—de su
fragilidad humana y de los límites estrechos en
los cuales la Naturaleza desenvuelve a todo ser
viviente.

El instinto de la ambición y del progreso, en
cuyo haber activo figuran tantas maravillas, los lle-
vó a acometer aquella obra temeraria, en un ol-
vido completo de la noción del tiempo y de lo
humanamente posible, olvido que presidió las gran-
des empresas destinadas a sobrevivir a aquellos que
las concibieron.

Desde entonces, desde aquel episodio, que cons-
tituye uno de los tantos ingenuos pasajes de la
Biblia, que dentro de su simpleza mueven a suce-
sivas y variadas interpretaciones, han sido cons-
truidas en el mundo muchas torres. Y tal vez cada
hombre la levante—en su imaginación, al menos—
cuando sueña candorosamente con el solio de un
poder inmenso o con motivos de felicidad eterna,
como si fuera eterna su capacidad física para
gozarse.

Es que hoy como ayer, el instinto poderoso de
la acción destruye fácilmente la hidra de las hon-
das meditaciones, que crece en las horas ociosas;
y en un olvido completo de la insignificante capa-
cidad de nuestros sentidos, la hormiguita humana,
aun doblada por la edad senil que tan pronto le
llega, levanta los enormes monumentos, verdaderas
torres de Babel, que están modificando el aspecto
mismo de nuestro planeta.

El progreso material asombroso que hemos al-
canzado, nada debe seguramente a aquel célebre
filósofo que habitó una barrica (vivienda que le
permitió con holgura seguir tejiendo sus profun-
das máximas) y que rompió por superfluo el vaso
que utilizaba para apagar su sed, cuando compro-
bó que podría beber el agua sin él.

Se comprenderá fácilmente que la misma men-
tidad del filósofo ultranaturalista anima a muchas
criaturas humanas, que, en un mal cuarto de hora,
tuvieron la sombría revelación de nuestros destinos
y perdieron el impulso dinámico que los arrastraba
a la acción y el progreso.

Las monumentales obras que son el orgullo de
nuestro siglo, nada deben a los espíritus selectos
que, en el recogimiento íntimo de sus silentes re-
fugios, buscan fórmulas y escrutan el misterio de
la vida, sustraídos por una anormal preponderan-
cia de las facultades psíquicas a las leyes de gra-
vitación con que la economía universal nos impulsa
a la lucha.

¿Habéis intentado estudiar la psicología del
hombrecito insignificante, magro e inquieto; que se
agita junto al gigante zócalo de mármol que cir-
cunscribe su palacio majestuoso de cien salas espa-
ciosas, cuyas cúpulas parecen internarse en las
nubes?

Pues tened por seguro que no se trata de un
discipulo de Kant, y que el propulsor de nuestro
progreso admirable es hijo de su obra a tal punto,
que jamás le sorprendió, ni le sorprenderá, aquel
mal cuarto de hora de las revelaciones tristes que
cortó las aspiraciones de tantos seres humanos, hoy
escépticos y descreídos.

Torres de Babel se levantan a cada paso en nues-
tro borrascoso siglo XX, cuyo sorprendente progre-
so material ofrece singulares maravillas.

Los ilusos personajes bíblicos vuelven a cobrar
actualidad... ¿En favor o en perjuicio del género
humano?

Gregorio STEIMBERG.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre... " 5.00	Semestre... " 6.00	Semestre... " 4.00
Año... " 9.00	Año... " 11.00	Año... " 8.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado... 40 "	N.º atrasado... 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no soli-
citadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógra-
fos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una
credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

Encuadernación en formato grande.	En cuero	En tela
... cada tomo	\$ 12.--	3.70
Tapas sueltas " " chico.	" 8.--	3.--
" " " grande.	" 9.--	2.--
" " " chico.	" 6.--	1.50

Expedición Haardt - Andouin - Dubreuil

Desde el Níger a Madagascar

Una de las expediciones más notables llevadas a cabo en estos últimos tiempos por tierras del Continente africano ha sido la de los franceses Haardt y Andouin-Dubreuil. Se repartió en diversas misiones científicas y dispuso de elementos preciosos para realizar sus fines. Entre estos elementos figuró como auxiliar importantísimo el cinematógrafo.

Era realmente tentadora, aparte su interés científico, la idea de impresionar una película sobre las costumbres y vida de varias razas negras que pueblan el Continente africano desde el desierto de Sahara hasta la isla de Madagascar, que ofreciese el imponderable incentivo de que, todos sus elementos, actores y escenario, fuesen propios; es decir, no en representación.

La empresa ha sido costosa. Fueron 28 000 metros de película a través de miles de kilómetros cuadrados de terreno. El material de la misión cinematográfica constituía la carga de dos carruajes. Sin contar los múltiples y delicados accesorios, figuraban en él diez aparatos de diversos modelos.

LOS FILMS DE LA EXPEDICION

Los films impresionados fueron varios. Uno de ellos, el de más metraje, constituye el "relato visual" de la expedición. Fue concebido y realizado con un propósito comercial, para que constituyese un espectáculo que hiciera revivir ante los ojos del público, de una manera tan "dramática" como pintoresca, las aventuras de esta misión extraordinaria, de esta verdadera cruzada negra, con sus innumerables peripecias. ¿Qué otro medio mejor que la pantalla podía poner de manifiesto los sucesos, los incidentes, la satisfacción, las decepciones, la existencia diaria, en suma, de estos viajeros intrépidos entre la naturaleza virgen, las fieras y los hombres desconocidos?

EL "GUDU-GUDU", T. S. H. NEGRO

Los expedicionarios recorrieron en caravana automóvil regiones enteramente desconocidas, y la sección cinematográfica pudo impresionar, sobre todo en las ecuatoriales, escenas que la pantalla será la primera en revelar, tales como las maravillas del "gudú-gudú", teléfono sin hilos de los mangelimas y los azandeh. Consiste éste en un cilindro de madera cruzada por una hendidura o corte longitudinal que le da el aspecto de una enorme hucha. Si se golpean alternativamente sus paredes con dos palos que tengan una de las puntas forrada de caucho, se obtienen dos sonidos diferentes, que pueden ser combinados de múltiples maneras. Cada grupo humano tiene su tocador de "gudú-gudú", como en Europa cada villa tiene su campanero.

¿Quiere el jefe de la tribu avisar la presencia del elefante devastador, pedir auxilio contra la pantera, que acaba de llevarse a un niño? ¿Desea anunciar al vecino jefe de otra tribu su visita, para organizar, de acuerdo, simultáneas batidas que lleven a la red a los pequeños antílopes? Allí, entonces, de los oficios del buen tocador de "gudú-gudú", que hace sonar su instrumento. La cadencia, la nitidez, la rapidez de los sonidos son asombrosos, y, al igual que las comunicaciones de la T. S. H., que tienen lugar preferentemente en el silencio de la noche, el mensaje del "gudú-gudú" cruza el espacio y se propaga en la quietud nocturna hasta una distancia de cuarenta kilómetros. Los mensajes del "gudú-gudú" se trasladan de unos a otros puntos a viva voz por medio de tocadores colocados a distancia, y así se concibe que en una noche llegue una noticia a ser conocida

en toda una gran extensión, y ello explica las rápidas movilizaciones de todos los guerreros de una raza que tanto maravillaban a los primeros exploradores.

El "gudú-gudú" no consta de un vocabulario, a la manera del telégrafo Morse. Traduce las ideas por el ritmo, como las campanas, que doblan en los funerales y voltean en las fiestas. Sin embargo, el "gudú-gudú" es capaz de transmitir noticias bastante precisas. Los miembros de la comisión hicieron un día la experiencia. Como el camino había sido difícil y los obstáculos numerosos, se trataba de reducir al mínimo el tiempo de parada para el almuerzo. "¡No se puede telegrafiar al próximo hotel para que tengan dispuestos diez y siete cubiertos!", suspiró alguien. Pero en seguida uno de los mecánicos, a quien el buen humor no dejaba nunca, le dijo: "No tenéis más que depositar un mensaje en el primer "gudú-gudú" que encontremos." Se rió la frase, pero, con todo, en la primera ocasión, se puso en oratoria. Veinte kilómetros después, el convoy se encontraba ante una fila de indígenas, que, según la costumbre, presentaba cada uno en la mano un pollo desplumado. El mensaje, por lo que se ve, había sido transmitido sin omitir detalle.

LOS HOVAS: RAZA DE ARTISTAS

Pero la sección cinematográfica tenía que llevar a cabo otra tarea, como era la de fijar las costumbres, las ceremonias religiosas; en resumen: todas las características de las razas indígenas que se hallan a punto de desaparecer a consecuencia del progreso.

Unas cincuenta películas fueron impresionadas sobre estas particularidades, de una variedad y un interés extraordinarios.

De entre ellas hay que hacer especial mención del film impresionado en Madagascar, donde una parte de los expedicionarios, una de las secciones, permaneció durante algunas semanas para penetrarse de la raza hova, de origen malayo, que tiene una psicología asiática bastante complicada y disposiciones asombrosas para las artes.

Existen, en efecto, artistas hovas (músicos, danzantes, cómicos), como hay artistas javaneses e indochinos.

LA NOBLE RAZA DE LOS TUAREG

Las diferentes razas del Africa pueden dividirse en dos grupos distintos: hay, por una parte, las que han sido islamizadas por la penetración árabe, es decir, los países musulmanes, y por otra parte, las que, refugiadas en las selvas ecuatoriales, han conservado las costumbres autóctonas, esto es, los países fetichistas.

El itinerario de la misión Haardt-Andouin-Dubreuil cortó la frontera moral del islamismo y el fetichismo hacia el Chari, gran río que alimenta en parte al lago Tchad.

La historia del gran imperio Songhai, que tuvo por capital a Gao, es demasiado conocida para que la etnografía de los bordes del Níger llamase particularmente la atención de los exploradores.

Los cultivadores de aquella región se hallan hoy libres, gracias al gobierno francés, de las incursiones de los tuareg, que les despojaban constantemente. Los tuareg no han desaparecido. Descendientes bastardos de los nobles señores de la región del Hoggar, los tuareg del Níger son negros de piel, vis-

ten velos azules y llevan la cara oculta tras el clásico "litam". Su mirada es brillante, su porte altivo, y llevan en el escudo de piel la cruz de Malta. Sus armas son la lanza y la cimitarra. Su aspecto, las numerosas veces que figura la cruz en su tatuaje, así como los caracteres de su lengua, han suscitado hipótesis muy curiosas sobre las relaciones ancestrales de los tuareg y los cruzados.

Sea lo que quiera de ello, la figura de los cruzados se encuentra todavía en la región del Níger: en Niamey, en Dosso, los días de mercado se presentan cubiertos con sus trajes rozagantes, cuya forma recuerda la cota de malla y el casco de los antiguos guerreros medievales.

LOS SULTANATOS DE MARADI Y TESSAOUA

En Maradi, pueblo de la colonia del Níger, no lejos de la frontera de la Nigeria inglesa, la misión pudo registrar un hecho muy curioso. En esta región del Maradi comienzan los sultanatos negros, algunos de los cuales han conservado las costumbres del pasado.

Los expedicionarios vieron allí sorprendidos por el sultán Serky Moussa, que llegaba con gran pompa, rodeado de sus dignatarios, con sus turbantes rojos, a hacerles una visita. Precedíanle verdaderos heraldos o reyes de armas, que sonaban sendas trompetas, vestían cotas de malla auténticas y se tocaban con morriones de cuero y de acero, los cuales databan, sin duda alguna, del siglo XIII. Examinadas de cerca las mallas, constataron que la fabricación era más europea que sarracena. Preguntados los indígenas, dijeron que ellos habían visto siempre estos vestidos de hierro, que eran muy antiguos y que databan "por lo menos del tiempo de sus abuelos". Tal es la expresión que los negros emplean ordinariamente para designar lo desconocido por ellos, porque su noción del tiempo no les permite remontarse más alto.

Después del sultanato de Maradi, la misión visitó al de Tessaoua, que es el que mejor ha conservado las tradiciones musulmanas. El señor de Tessaoua es un noble y viejo negro de la línea del Gran Changana V. Se llama Barmou y posee cien mujeres, que guardan celosamente cien eunucos.

El cinematógrafo debe tener un poder singular, ya que Barmou consintió en dejar penetrar a él y sus operadores en el recinto de su harén, que semejava una estancia de las *Mil y una noches*.

Las salas oscuras y abovedadas se hallan sostenidas por columnas salomónicas. De trecho en trecho se abre en el espeso muro una alcoba cerrada por una esterilla de seda y perfumada de incienso. Las cámaras se hallan unidas por un laberinto de estrechos corredores, por los que cruzan las mujeres, silenciosas, uniformemente vestidas con velos azules y tocadas de una diadema de clavos de plata.

DIAGARA EL BONDADOSO

Se hallan todavía en uso en estas regiones las costumbres del antiguo Oriente, tales como el prosternarse las mujeres ante su dueño y señor; la comida del sultán, hecha a solas, a la sombra de un mango, mientras los músicos tocan vueltos de espaldas hacia él, pues nadie puede ni debe verle comer.

Existen igualmente en Tessaoua marabús y una mezquita. El Oriente se ha conservado allí tal como era hace algunos siglos, en sus costumbres cuando

menos, pues las creencias religiosas se hallan muy variadas.

Después de haber rodeado el Tchad, la misión se dirigió a Goulte, sobre los bordes del Chari, ciudad encerrada en un recinto fortificado. Diagara es el monarca, y tan inofensivo y bonachón, que los días de fiesta su mayor gozo consiste en pasearse tranquilamente con unos lentes de automovilista y un gran paraguas.

EN PLENA REGION FETICHISTA Y SALVAJE

Después de haber franqueado el Chari, la misión se dirigió al Mogroum, en el corazón de Africa, en plena región fetichista y salvaje.

Mogroum está habitado por una tribu de aspecto muy característico, la de los Sara-Massa, cuyas mujeres llevan en el interior de los labios piezas de metal, a manera de armazones, que se les desfiguran enteramente.

Se ha escrito mucho sobre el origen de semejante costumbre, pero parece difícil, faltando toda tradición oral en los negros, que se salga del dominio de la hipótesis.

Se ha emitido la opinión de que los Sara-Massa y Djingé, tribus de la gran raza de Sara, cuyas mujeres son muy bellas, habían empleado esta mutilación para evitar que los árabes les quitasen sus esposas; pero sería más conforme con las costumbres fetichistas pensar que la deformación de la boca en estas mujeres tiene una causa ritual. En efecto, para los fetichistas el animal es el antepasado del hombre, y cada tribu desciende de una especie cuyos instintos hereda y trata de conservar. Los hombres panteras son los más terribles de esta especie de religión embrionaria, porque se creen impulsados por instinto irresistible hacia los sacrificios humanos.

Uno de los expedicionarios quiso cinematografiar a un negro que trabajaba el marfil. Llévole a un sitio favorable para la luz, y le sorprendió verlo ponerse a trabajar de mala gana y pararse al poco rato. Preguntado por el intérprete, el indígena respondió en tono temeroso: "Yo no puedo hacer nada; mis manos tiemblan porque tengo detrás de mí la piel de mi abuela." Y, en efecto, detrás del negro, en la cabaña adonde se había adosado para trabajar, pendía del techo, puesta a secar, una piel de pantera. ¿Sería ilógico pensar que la deformación bucal de los Sara, Djingé y Massa es un sacrificio ritual destinado a imitar en la tribu a sus antepasados irracionales, con el fin de halagarlos y tenerlos propicios?

Esto sería más verosímil, cuanto que los fetichistas, contrariamente a los musulmanes, gustan de dar a sus sentimientos, a sus pensamientos y a sus deseos una forma objetiva, lo cual ha dado origen a un arte primitivo muy curioso. Este arte rudimentario alcanza los caracteres de un estilo en algunos casos. La Misión descubrió en las chozas de los negros, en Oubangui, dibujos que no son simplemente entretenimientos de niños grandes, sino consecuencias de hechos, impresiones, con una significación hieroglífica verdadera. Se ven entre estos dibujos siluetas de animales—elefantes, cabras, panteras—y numerosos soldados desfilando al paso.

Uno de los más curiosos fué descubierto en Bambari. Representaba la ceremonia de la *Gansa* (fiesta de la circuncisión), ceremonia que, por los ritos y la *mise en scène*, resulta un espectáculo del mayor interés, del que constituyen parte importante los *tam-tams* y una especie de sinfonía de trompas de maderas, de dimensiones varias, desde la de la pequeña flauta hasta un tubo de colosales dimensiones en el que tienen que soplar dos personas para hacerle sonar.

PAPEL Y TINTA

Martín Fierro, por José Hernández

Obras existen en la literatura mundial que, en manera alguna, pueden pasar inadvertidas, no ya por los eruditos, sino por el gran público. Estas obras, magníficas y magistrales, indiscutibles y siempre humanas, por extraña y significativa coincidencia, por siempre las más accesibles y las que mayor simpatía encuentran entre todos aquellos que a sus páginas acuden en procura de emoción y espiritual regocijo. Entre estas obras, a la vera del "Quijote" y la "Divina Comedia", bien podemos colocar a nuestro "Martín Fierro", la "Biblia Gaucha", como alguien con acierto lo ha llamado, libro que hoy, tras pasar muchos años relegado, sino al olvido, a un injustificado menosprecio, llega a la mesa de los eruditos y le revela todo un mundo desconocido de bellezas de forma y exquisitez de pensamiento. "Martín Fierro", de las veladas realizadas cabe el fogón, ha pasado a la encumbrada cátedra universitaria y sus versos, sencillos y abundantes en ternura y emoción, son glosados por aquellos que, hasta no ha mucho, hacían ascos a la hermosa literatura gauchesca.

Pero si "Martín Fierro" había llegado a las universidades y bibliotecas ciudadanas por negligencia, hizo siempre con muy pobre y nada atractivo ropaje. Sus ediciones, ordinarias, plagadas de errores y trancas en la mayoría de los casos, ninguna confianza podían inspirar. Y fué así como con dolor vióse circular de mano en mano una serie de ediciones vulgarísimas, con cubiertas de una trivialidad ridícula e impresas en forma ofensiva para el lector dilecto y cuidadoso.

Y esto es lo que ahora la Editorial Tor viene a subsanar con la edición que acaba de hacer del bello y ya clásico libro gauchesco; buen papel, impresión nítida y correcta y textos íntegros y esmeradamente revisados.

Hoy, la "Biblia Gaucha", presentada como se merece, en un volumen de más de 200 páginas, puede llegar sin desmedro a las manos de los eruditos y los enamorados de los libros.

Agua lustral, por Jorge Paz - Edición Tor - Buenos Aires

Con vigoroso trazo, Jorge Paz ha ejecutado esta obra, que bien pudiera ponerse como modelo de lealtad intelectual y sinceridad artística. Un drama intenso y humano, en el que las pasiones desencadenan avasalladoras y crueles, por fuerza requería una pluma llena de valentía y vigor, que no vacilara ante una crudeza de las muchas que, para desventura humana, encierra la vida. Y esto es lo que el argumento de "Agua Lustral" ha encontrado en su exquisito autor, persona que, con ejemplar vanidad, prefiere ocultarse bajo el pseudónimo y así rehuir la indiscutible notoriedad que por su condición y calidad espiritual daría su obra.

"Agua Lustral", intenso y fuerte, es el drama que encierra nuestra vida de pobres seres sometidos al deseo. Rotundo e imperativo levántase el arrollando con todas las conveniencias sociales, destruyendo hasta las sólidas y—¡ah, tan frágiles!—barreras del amor. Como una zarpa inexorable agarra la garganta y engeñe a la razón; y, con mucho de la fatalidad de los antiguos credos, derrumba todo hasta no dejar en pie sino una sombra endeble y fugaz.

Empero, esa sombra, ese despojo, ya de todos despreciado, es lo que revive y sublimiza el "Agua Lustral". La vida, por sí misma, todo lo borra y todo lo dignifica, y hasta los corazones enturbiados por la lucha desesperada y casi sin misericordia, a la postre, en ella encuentran la salvación.

Sobre este simbolismo, que es tan real, Jorge Paz ha tejido su obra. Certeza de trazo y angustiosa emoción encontrará quien lo leyere en todas sus páginas, páginas que, por lo torturantes, en algunos pasajes recuerdan a las de los más notables maestros del realismo.

Jorge Paz, insistimos, por su valentía y condición, bien se merece un elogio ante una tan exquisita y bella labor.

Misas herejes, por Evaristo Carriego - Edición Tor - Buenos Aires

Evaristo Carriego fué el precursor de muchos de los poetas que hoy gozan de justificada fama y que, más afortunados que el cantor de "Misas herejes", han encontrado un público favorable y adicto que, en verdad, él nunca tuvo. Por eso hoy, la difusión del bello y conmovedor libro de Carriego resulta un verdadero acto de desagravio para aquel poeta que fué el primero en cantar los dolores y tristezas de las humildes gentes de la ciudad. Carriego, tan dulce y sufrido, está hoy en las páginas de todos los poetas y novelistas que han encontrado en la mujer porteña venero de rica y bella inspiración; Carriego, cuya vida estuvo en un todo de acuerdo con su obra, está como infiltrado en el corazón de nuestro público, particularmente en el de las mujeres siempre sensibles y compasivas para las torturas del alma humana.

Es justo, pues, que aparezca ahora, cuando el poeta ha sido consagrado por la posteridad, esta edición de sus "Misas herejes", completa y esmeradamente corregida, que ha de servir de preciado regalo espiritual para todos aquellos que no desdennan la dulce emoción de unas páginas trazadas bajo la más maravillosa de las emociones.

"Misas herejes" ha sido impecable-

mente editada en un volumen de 160 páginas, impreso en papel pluma.

Almanaque del trabajo

Acaba de aparecer el noveno volumen, correspondiente al año 1926, de esta interesante obra que dirige el señor José Rouco Oliva.

Como de costumbre, sus páginas se hallan nutridas de un variado material de lectura sobre tópicos relativos a la legislación obrera y al trabajo agrícola, además de contener numerosas informaciones y conocimientos de utilidad práctica.

Hemos recibido:

El sueño de una noche de castillo y otros poemas, por Angel de Estrada.—Edición A. Estrada y Cía. Buenos Aires, 1925

Crítica democrática, por Arturo Orgaz.—Edición E. Liendo Barros. Córdoba, 1925.

Bajo el alba inmóvil, poesías por Albino Rey.—Edición Caporaletti Hnos. Buenos Aires, 1925.

La torre de Timón, por José Antonio Ramos Sucre.—Edición Vargas. Caracas (Venezuela), 1925.

Jaculatorias. Segunda edición aumentada, por el doctor Vicente Dávila.—Edición Bolívar. Caracas (Venezuela), 1925.

Centenario de Carabobo. Discurso pronunciado por el doctor Vicente Dávila en el Panteón Nacional el 5 de julio.—Caracas (Venezuela).

Cancionero bonaerense, por Ventura R. Lynch.—Publicación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1925.

Los límites con Bolivia, por Horacio Carrillo.—Edición L. J. Rosso y Cía. Buenos Aires, 1925.

Doctor Leandro N. Alem, por el doctor Martín M. Torino.—Elocuente discurso pronunciado en el acto inaugural del monumento erigido a la memoria de aquel esclarecido ciudadano.

Revista Administrativa.—Año I. Número I. Buenos Aires.

Mundial.—Año VI. Número 285. Lima (Perú).

Revista de Revistas.—Año XVI. Número 810. Méjico.

Anuario del comercio exterior de la República Argentina.—Año 1925. Publicación de la Dirección General de Estadística de la Nación.

Por qué se llama hulla al carbón de piedra

El carbón de piedra era conocido de los griegos, que le llamaban "iagarrarse" (lithantrax) (carbón de piedra) y de los romanos.

Las "bolas de arcilla combustible", de las que se servían los belgas del tiempo de César para combatir a sus enemigos y producir el incendio a distancia, eran bolas de hulla, mezcladas con tierra y calentadas al blanco.

En el siglo XIII utilizaban la hulla en Lieja, donde se le daba el nombre de "hulia".

Pero las investigaciones hechas nos dan otra explicación, que es la generalmente admitida. Según ésta, en 1049, un maestro herrador llamado Hullo, de la provincia de Lieja, tuvo la idea de utilizar como combustible el carbón extraído de las primeras capas de hulla. Del nombre de este herrador, modificado, se impuso el de hulla al carbón de piedra.

Leyendas guaraníes

POR

ERNESTO MORALES

EN este libro, el alma de la vieja raza guaraní florece en forma de narraciones llenas de color legendario y emoción dramática.

Obra única en su género, de ella puede decirse que, por primera vez en nuestra literatura, se da vida artística a tradiciones que hasta ahora sólo habían interesado a los eruditos.

PRECIO: \$ 2.50

En todas las librerías

Dos libros

de

Adolfo Vázquez-Gómez

NUEVOS RUMBOS EDUCACIONALES

Con un prólogo del

Doctor ANTONIO SAGARNA

Ministro de Justicia e Instrucción Pública

Precio: \$ 2.-

El país del prodigio

(Crónica y comentarios de un viaje a través del Brasil)

Precio: \$ 1.50

De venta en Harrod's, Gath & Chaves, en las librerías "del Colegio", "El Ateneo" e "Hispano-Americana", Rivadavia 581 y en los principales establecimientos del ramo.

En La Plata: Librería "La Normal", Avenida 7 número 1119.

Editor: **Carlos VÁZQUEZ BARRIO** FORMOSA 471 BUENOS AIRES

INTERESA SOLO A LAS SOLTERAS

Maruja está de novia

POR

CARLOS C. SANGUINETTI

Agencia General de Librería y Publicaciones, Rivadavia 1573, Bs. Aires, y en las principales librerías.

Precio \$ 2.00

EL FOOTBALL

EN EL RÍO DE LA PLATA

POR ERNESTO ESCOBAR BAVIO

Antiguo cronista de sports de "La Nación"

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 879; Gath y Chaves, Cangallo y Florida; Jorge G. Brown y Cía., Cangallo 684; Librería Peuser, San Martín y Cangallo; Barbera, Matoszi y Cía., Esmeralda 332; Librería Moen Balder, Florida 431.

Precio del volumen: 3 pesos

Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

El diablo a través de los siglos

Es muy posible que todo el sistema de la demonología de la Edad Media deba su origen a la mitología pagana. Nos lo hace suponer la relación directa que muestran los demonios de las leyendas morales con los elfos, las hadas, los sátiros y demás seres extraordinarios que llenaban los bosques, los campos y las aguas de ciertos lugares sagrados en aquella época, seres cuyo único objeto era atormentar a los hombres y cuya malignidad patente tenía mucho de jovial y de risible.

En la mitología clásica los demonios estaban, sin duda, representados por los faunos y los sátiros, los cuales, como puede comprobarse, poseen aspectos caricaturescos, se hallan relacionados con la literatura y el arte cómicos, primitivos de Grecia y de Roma. La única diferencia está en que así como los más antiguos daban a dichos personajes, nacidos de la superstición popular, proporciones de seres fabulosos, los sacerdotes cristianos los mostraron a los creyentes como sencillas representaciones de la maldad, como criaturas diabólicas o agentes del espíritu maligno, ocupados constantemente en tentar a los hombres y hacerles caer en el pecado.

Por esto en la Edad Media, mejor dicho, en sus leyendas, vemos a menudo a los demonios dibujados bajo formas burlescas y en actitudes altamente cómicas, y representados por tipos opuestos totalmente a su verdadero carácter, pero siempre caracterizados por su faz grotesca de extremada fealdad y por ciertas deformidades monstruosas. Deformidades en el dorso y en la frente, que hacen más sensible su parentesco con los sátiros.

El diablo ha sido siempre el prototipo de la fealdad. No obstante, los artistas de todos los tiempos le han dado comúnmente una expresión de satisfacción radiante, que contrasta de extraordinaria manera con su maléfico espíritu y con la seriedad trascendental de su misión.

Las extrañas ideas y los descabellados temas sobre las formas gráficas de los diablos, no sólo se conservarán du-

rante todo el período de la Edad Media, sino que han venido sucediéndose en los modernos tiempos, sin distinguirse más que en proporción al genio creador de los artistas que las han interpretado. Legiones de diablos de todas categorías figuran en mil actitudes y en mil formas exageradas en las láminas de los libros populares de carácter religioso, aparecidos desde los comienzos de la imprenta, y todos esos diablos, con los cuales sus autores nos han querido hacer estremecer de miedo, no logran sino hacernos sonreír con sus grotescas siluetas, que si se distinguen por algo, es por su inocencia y su vulgaridad.

Tres detalles bien característicos particularizan a los diablos de la antigüedad: los cuernos, el pie y el rabo; algunos se singularizan por unas alas más o menos grandes en la espalda. Estos son los demonios principales. Lo cierto es que el sentido de lo burlesco y de la trágica caricatura tuvo en aquellos tiempos hondas raíces en el espíritu del pueblo, al extremo de que dichos elementos hubieron de introducirse hasta en libros serios, como las obras de piedad y devoción.

Y si el pueblo sentía estas manifestaciones, nada de extraño tiene que los artistas escogiesen el tema del diablo con preferencia a otros temas; de ahí las ilustraciones de muchas obras religiosas y las decoraciones en escultura y pintura de la mayor parte de los antiguos templos.

Los artistas que se han especializado en la descripción de diablos nos demuestran que estos seres son feos, pero no repugnantes; ridículos, pero no espantosos; provocan la risa y la sonrisa, pero jamás un sentimiento de horror; fantoches, más bien que símbolos, atormentan a sus víctimas, pero lo hacen tan placidamente, con tan buen humor, que ni ellas inspiran compasión ni ellos horror.

También han sido transmisores de la demonología a través de los siglos, la brujería y la magia infernal, basadas asimismo en la superstición popular.

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. AMADEO NATALE

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735—U. T. 7382, Av.

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas
Méjico 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. VICTOR MORASCHI

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OFTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4723, Rivadavia

Dr. ALBERTO T. BARRAGAN

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 Sáenz Peña 216
U. T. 38 Mayo 6837

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.
Asistente a la clínica del profesor
Sebléau (París)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 — U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO PINTO

MÉDICO CIRUJANO
Ex Practicante Interno de los Hospita-
les San Roque y de Niños de la Capital
Federal. — Señoras y Partos.
Bm6. MITRE 1272 Adrogué

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Órbita de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas de 3 a 5 p. m.
Unión Telef., 5728, Juncal

Por si acaso...

El electricista estaba indeciso. En-
tonces llamó a su ayudante y le dijo:
—Toma uno de esos cables...
—Ya está.
—¿No sientes nada?
—No.
—Entonces no toques el otro porque
puedes quedar fulminado.

HOMBRE OBEDIENTE

—¿Qué dijiste cuando Santiago te
amenazó con besarte en los labios.
—Le dije muy enojada que me gus-
taría ver si era capaz de ello...
—¿Y qué?
—Que Santiago obedece todos mis
caprichos.

A M E D I A S

Por ALBERTO JEAN

La pasión favorita de Norman
Steanes eran los caballos de carre-
ras. ¡Tener aunque sólo fuera uno!
¡Qué felicidad!

Pero un caballo de carreras cuesta
hoy un ojo de la cara, y Norman
Steanes sólo poseía la mitad de la
suma necesaria para poder adquirir
un animal que pudiese ser capaz de
ganar un premio en algún hipódro-
mo.

Resignado a lo inevitable, Steanes
fue a casa de su amigo Barloti, que
dirige una fábrica de estatuas pom-
peyanas, y le dijo:

—Buenos días, mister Barloti.
Vengo a proponerle a usted una pe-
queña combinación.

—¿Pequeña combinación?—repitió
mister Barloti, a quien la lectura de
las noticias diplomáticas había hecho
ser desconfiado.

—Sí; una pequeña combinación.
Un caballo de carreras regular cues-
ta unos 60.000 francos.

—Es caro.

—Muy caro. ¡Pero es tan hermoso
un caballo de carreras! Por eso ven-
go a proponerle una cosa. ¿Quiere
usted comprar medio caballo con-
migo?

—¿Medio caballo?

—Sí.

—¡Pero eso es bárbaro, inhumano!
... ¡Pobre animal! No entro en
su combinación. ¡Ya es bastante que
se haga sufrir a las pobres langostas
para comérselas a la americana!
¡Pero un caballo... nunca! ¡Es una
crueldad inaudita! Además... que
a mí no me gusta la carne de caballo.

—No me ha comprendido usted—
respondió Steanes.—Usted compra
una mitad del caballo y yo la otra
mitad. Dejamos juntas las dos mita-
des, y no hay necesidad de matar al
pobre animal.

—¿Entonces el caballo sigue vivo?

—¡Y tan vivo! Una mitad: 30.000
francos. Otra mitad: 30.000 francos.
Las dos mitades: 60.000 francos, que
entregaremos al propietario actual.
Y todos los premios que gane el ca-
ballo en las carreras en que tome
parte nos los repartimos. Usted se

lleva una mitad y yo la otra. ¿Le
conviene?

—Me conviene—dijo Barloti.
Compraron el caballo, y se dedi-
caron a entrenarlo para las primeras
carreras.

Llegó el día del Gran Premio. El
caballo—que se llamaba "Emilio", no
se sabe por qué—fue inscrito bajo
los colores de Steanes.

—¿Y yo?—protestó Barloti.—Yo
también tengo derecho a figurar,
puesto que he pagado la mitad del
animal.

—¡Naturalmente!—respondió
Steanes.—Usted es tan propietario
como yo, y si gana "Emilio" usted
cobrará la mitad del premio. Si lo
he hecho inscribir bajo mi nombre es
para no complicar la situación. ¿Le
molesta a usted?

—No me molesta. Lo principal pa-
ra mí es cobrar; lo demás no me
importa.

—Pues cobrará usted—prometió
Steanes solemnemente.

El Gran Premio fue rudamente
disputado aquel año. A "Emilio" le
costó gran trabajo colocarse a la ca-
beza del pelotón, y sólo por medio
cuerpo pudo llegar el primero a la
meta y ganar el premio.

Cuando terminaron las formalida-
des de rigor y los triunfadores hu-
bieron brindado por el éxito alcan-
zado, Barloti dijo a Steanes:

—¿Cuánto ha ganado el caballo?
—Ciento veinte mil francos—res-
pondió Steanes.

—Me debe usted, pues, sesenta bi-
lletes de mil francos—dijo ingenua-
mente Barloti.

—¿Cómo sesenta billetes? ¿Yo no
le debo a usted absolutamente nada!
—Perdón—rugió Barloti.—¡Yo
soy tan propietario como usted! ¡Soy
dueño de la mitad del caballo!

—Sí—respondió con gran aplomo
Steanes.—Pero no como yo. La mi-
tad que me pertenece es la primera:
la cabeza, el cuello y las patas de-
lanteras. ¡La mitad de usted ha lle-
gado detrás de la mía, y, por tanto,
no le debo a usted ni un solo cén-
timo!

'LA DANZA EN RUEDA', de Schnitzer, en el Buenos Aires.

La compañía de teatro realista que continúa su temporada en el Buenos Aires, estrenó últimamente una pieza en diez cuadros del autor austriaco Schnitzer, titulada "La Danza en Rueda".

Tendríamos que ocuparnos en esta crónica de la obra y de sus intérpretes, pero nos vemos obligados a hablar casi exclusivamente del público. El espectáculo, en la noche del estreno, estaba más en la platea que en el escenario. "La Danza en Rueda" no pudo ser apreciada en sus valores artísticos, por culpa de una buena parte de los espectadores que convirtieron el realismo de algunas escenas en pornografía, a causa de una incompreensión lamentable. En cuanto a la labor de los intérpretes, quedó también desvirtuada y desviada de su curso natural, por la excesiva intervención del público que se sentía también intérprete de sus groseros instintos. Así como para cierta clase de representaciones se ha hecho costumbre advertir en los carteles y programas que el espectáculo no es apto para señoritas, cuando se trate de obras que necesiten ser entendidas y valoradas con un poco más de inteligencia de la suficiente para darse cuenta del significado de la letra de un tango o de un diálogo de conventillo, la empresa debería colocar en grandes carteles a la puerta del teatro esta inscripción: "No apta para gente inculta". El cuadro que ofrecía la sala del Buenos Aires en la noche del estreno de "La Danza en Rueda" era realmente deplorable. La atención del cronista estaba pendiente de las frases, de las risas y los gestos de una buena parte del público y ello le obligó a sumergirse en vagas reflexiones filosóficas que lo apartaron de la obra y de su representación.

No sabemos si habrá guiado a la dirección artística del teatro un propósito de difusión cultural al poner en escena una pieza, desde luego extraña, o si solamente habrá tratado de explotar la ignorancia del público de teatros baratos sirviéndole un manjar cuyo sabor depende del paladar que lo guste. Sea como fuere lo cierto es que "La Danza en Rueda" no puede ser presenciada por el público capaz de comprenderla, mientras se permita el acceso al teatro de las personas que no comprueben previamente la posesión de la cultura y el buen sentido indispensables para que sea respetado el derecho de los demás.

FUE ESTRENADA EN EL MAYO 'MUJERCITA MIA'

Una pieza cómica que se parece por el asunto a muchas otras del viejo repertorio español, es la última novedad ofrecida por la compañía de comedias que dirige en el Mayo el aplaudido actor español don Julio Sanjuán.

Sus autores, señores Antonio Paso y Antonio López Monis, remuevan con "Mujercita mia" el tema del sobrino calavera a quien su tía desea casarlo para cerrar su vida licenciosa. El sobrino es refractario al matrimonio, pero como busca la herencia de la tía, imagina un ardid con ayuda de unos amigos, para que aquella desista de sus propósitos. Como puede suponerse, en este caso como en casi todos los que ocurren en el teatro, el engañador resulta a la postre engañado y es así que en "Mujercita mia", el protagonista, Antonio Romero, termina por casarse precisamente con la mujer que le impone su tía y que es la misma con la que él finge haberse unido para que la parienta se vea burlada.

A pesar de tratarse de una fábula un tanto ingenua, hay que convenir en que los autores la han desarrollado con bastante habilidad y que la comedia tiene situaciones de franca comicidad, como aquella en que los supuestos cónyuges deben retirarse a su habitación común, escena que guarda mucha semejanza con una de "La loca aventura".

Hay en "Mujercita mia" diálogos graciosos y vivaces, abundando los chistes originados por los equívocos y que dan a la pieza características de vieja comedia española. Cabe reconocer, también, a pesar de todo, que los señores Paso y López Monis han puesto ingenio, "sal" y que la gracia no les es esquiva.

La compañía del Mayo interpretó "Mujercita mia" con discreción. Sobresalieron las actrices Mendoza, Seben y los señores Sanjuán, que estuvo muy gracioso, y Cervero, Renard y Segarra, los cuales contribuyeron con su juego escénico a la mejor acogida de la comedia, que divirtió al público dejándole satisfecho.

'MONNO VITTORIO'

El actor Eliseo Gutiérrez ha entregado a la compañía de Perelli una obra de este título, cuyo estreno coincidirá con el de un chateco del autor...

LA TESADA REAPARECIO EN EL LICEO

Hay en el teatro nacional figuras que por un injusto destino están poco menos que condenadas a actuar fuera de la Capital. Se trata, casi siempre, de artistas que una causa o por otra nunca consiguen una sala, viéndose obligados a trasladarse al interior del país, o al exterior, al frente de conjuntos que las más de las veces son equilibrados y discretos. Tal el caso de la señora Angela Tesada, interesante actriz dramática, de fuerte temperamento, que hace ya bastante tiempo estaba alejada de los escenarios porteños.

Ahora la Tesada se ha presentado en el

EL TEATRO CRÍTICA-GLOSA-HUMORISMO

Liceo, con un cuadro de drama en el que la principal figura masculina es el actor Aicardi y dirigiendo la compañía el veterano escritor Félix Alberto de Zabala.

Dos repises de piezas olvidadas por el público, "La otra", de Sánchez Gardel y "El grillete", comedia de González Castillo, fueron escuchadas por una sala sin totalmente llena ocupada por bastante público.

Buenas producciones las dos, representativas de la preocupación artística de sus autores, ambas fueron celebradas sin reparos, aplaudiéndose la labor de la señora Tesada, especialmente, quien dió muestras una vez más de ser una actriz dramática ricamente dotada y que habría hecho una brillante carrera si el género de su preferencia, hoy en plena crisis, fuera cultivado por los escritores nacionales.

En la función inaugural, este conjunto estrenó la pieza "Eslavitud", original del director del elenco.

Es una suerte de alegato en pro de la mujer del obrero, que adquiere en este trabajo una aureola de heroicidad simpática al público, porque va directamente a su sensibilidad y le conmueve. Fue aplaudida la obra del señor Zabala y en ella la señora Tesada desarrolla con mucha eficacia su juego escénico.

También fueron aplaudidos la actriz señora Vargas y los actores Aicardi, Lasalle, Torres y Fiaschi, dejando el cuadro la impresión de ser discretísimo.

'EL BANDONEON'

Así se titula una nueva pieza en tres cuadros de José Antonio Saldías, que será estrenada por el Nacional entre las primeras de la temporada a inaugurarse en marzo próximo.

DEL BUEN TEATRO

(Escena XXI de la comedia "Sganarel", de Molière)

Celia, Lelio, Sganarel.

Sganarel.—Guerra, guerra a muerte a ese ladrón que sin misericordia ha manchado nuestro honor.

Celia (a Lelio, mostrándole a Sganarel).—Vuelve, vuelve los ojos, sin hacerme constatar.

Lelio.—¡Ah! Veo... Celia.—Esa vista basta para confundirte. Lelio.—Para obligarte, más bien, a enojarse.

Sganarel (aparte).—Mi cólera se encuentra ahora en estado de obrar. Mi valor ha montado su caballo de guerra, y si lo encuentro habrá una matanza. Sí, he jurado matarlo; allí donde lo encuentre, lo quiero despachar. (Sacando su espada a medias, se acerca a Lelio). En el mismo centro del corazón.

Lelio.—¿A quién quiere castigar? Sganarel.—Yo no quiero castigar a nadie.

Lelio.—¿Por qué esas armas? Sganarel.—Es un traje que me he puesto para la lluvia. ¡Ah! Qué alegría tendría en matarlo. Armémonos de valor.

Lelio (volviéndose de nuevo).—¿Eh? Sganarel.—Yo no he hablado. (Aparte, dándose cachetadas para excitarse). ¡Ah, cobarde, me das rabia, pusilánime, corazón de gallina!

Celia (a Lelio).—Mucho tiene que decirte, esa persona que, según parece, lastima tus ojos.

Lelio.—Sí, veo al mirarlo que eres culpable de la infidelidad más imperdonable que haya podido ultrajar la fe de un amante.

Sganarel (aparte).—¿Que no tenga yo ánimo!

Celia.—Termine, delante de mí, cobarde, la insolencia cruel de ese discurso.

Sganarel (aparte).—Sganarel, tú ves que ella defiende tu causa. ¡Valor, hijo mío! Sé fuerte. ¡Vamos adelante! Trata de hacer un generoso esfuerzo, matándolo mientras te vuelve la espalda.

Lelio.—Puesto que semejante discurso despierta vuestra cólera, debo mostrarme satisfecho de vuestro corazón y aplaudirlo por su elección.

Celia.—Sí, sí, mi elección es tal, que nadie puede reprocharle nada.

Lelio.—Pues hacéis bien queriendo defenderlo.

Sganarel.—Sin duda, hace bien defendiendo mis derechos. Esa acción, señor, no está con las leyes. Tengo razón de quejarme. Y si no fuera yo juicioso, se vería una matanza.

Lelio.—¿De qué os lamentáis?

Sganarel.—Basta, sabéis bien dónde me duele; pero vuestra conciencia y el cuidado de vuestra alma os debieran mostrar que mi mujer es mi mujer, y querer hacerla vuestra en mis barbas, no es obrar como buen cristiano.

Lelio.—Semejante suposición es baja y ridícula. Tranquilizaos; en este punto nada temáis. Sé que es vuestra y lejos de arder...

Celia.—¡Ah! Cómo sabes bien, traidor, disimular.

Lelio.—¿Cómo! ¿Me sospecháis de tener un pensamiento por el cual su alma pueda

creerse ofendida? ¿De esa cobardía me queáis tachar?

Celia.—Háblale, háblale a él. El podrá explicarte.

Sganarel.—Me defendéis mejor de lo que yo podría hacerlo y dais a este asunto el giro que se le debe dar.

NUEVA TEMPORADA EN EL SMART

En estos últimos días ha debido presentarse en la sala del Smart un nuevo conjunto nacional organizado por el señor Ballerini, para actuar en la misma, en lugar de la compañía de zarzuela española que recientemente se despidió. Está formada por los siguientes elementos:

Primeras actrices, Gloria Bayardo y Amelia Senisterra; primeros actores, José Casamayor y Juan Bono; Stella Ballerini, Raquel Catalán, María Cautela, Araceli D'A-ponte, Carmen Defilippi, María Hernández, Elsa O'Connor, Asunción O'Farrell, Olga Saldías, Luisa Zamora, Pedro Baeza, Roberto Ferro, Tomás Hartich, Juan Cacchi, Guillermo Malcolm, José F. Podestá, Waldino Palmieri, Bebé Sánchez, Rafael Scuri y Eduardo Zucchi.

Cultivaré el drama, el grand guignol, la comedia y la pieza no apta para señoritas. Por falta de géneros no fracasará sin duda. Su repertorio será una especie de bazar teatral...

PARA DEBUT DE LA QUIROGA

Se anuncia que la compañía de drama y comedia nacionales que encabeza la señora Camila Quiroga, ha recibido de don Vicente Martínez Cuitiño la pieza dramática titulada "La noche en el alma", con la que iniciará a fines de marzo o principios de abril su temporada del Ateneo. Cuenta también, entre otras novedades, este conjunto, las obras "La tierra en armas", de Juan C. Dávalos en colaboración con el señor Serrano; y "El camino del lagarto", de Gustavo Martínez Zuviría.

PIEZAS PARA CESAR RATTI

Don Julio C. Traversa, coempresario de César Ratti, quien como se sabe realizará este año su temporada en el Smart, ha recibido las siguientes obras: "Un muerto que camina", de Mario Flores; "Mujeres se necesitan", de A. Savieff; "Un viaje al paraíso", de Florencio Parravicini; "Bertoldo, Bertoldino y Cacaceno", de Eduardo R. Rossi y "Pancho Talero", del dibujante Lanteri. Parece que hay con qué empezar.

INFLUENCIA DE LOS NUMEROS...

Comentando lo que ha producido en la temporada pasada un teatro de revistas, hablan dos autores:

—Hay que dedicarse a la revista. No queda otro recurso. Dramas, comedias y sainetes no dan nada. ¡Vamos a escribir una juntos!

—Ahora mismo.

ARATA Y MORGANTI DEBUTARAN EL 26 DE FEBRERO

Una de las primeras compañías que iniciarán su temporada de género chico nacional, será la que bajo la dirección de Alberto Novión actuará en el Apolo. Según se anuncia, el 26 de febrero es la fecha fijada para el debut y en la velada inaugural ha de estrenarse "El alma de los perros", sainete original del director del conjunto.

Hay fundadas esperanzas de que Arata y Morganti, dos artistas simpáticos y de fuerza cómica, harán una feliz temporada.

ROGELIO JUAREZ VIENE

Hace muchos años que se ausentó de Buenos Aires; pero el tiempo no ha borrado su nombre de la memoria de nuestro público. Tan pronto como el cable adelantó la nueva del regreso de Rogelio Juárez, la figura del gracioso actor que tantas temporadas realizó en nuestra capital, ha vuelto a cobrar actualidad, tanta como si ya hubiera reaparecido entre nosotros.

El veterano cómico ha sido contratado por Julio Sanjuán para formar parte como principalísima figura de la compañía que el nombrado constituirá y que ha de presentarse en una sala portañá en marzo próximo.

EL NACIONAL TERMINA A FIN DE MES

Está en la última quincena de su temporada, la compañía que en el Nacional ha desarrollado una labor activa y brillante del punto de vista económico. Quieras que no, la sala de Caracallos ha sido en el año la más concurrida entre las que explotaron el teatro riollo por horas y, también, la que mayores éxitos registró con el menor número de estrenos. Otras salas estrenaron hasta dos veces por semana y sólo por casualidad acertaban. El Nacional, en cambio,

mantuvo muchas noches la misma pieza en el cartel, habiendo ofrecido algunas que, como "El organito", representan valores en la producción escénica nacional.

Como anunciamos, antes del cierre celebrarán su función de beneficio los actores Otal y Busto.

DONDE VAS... y METELE

Aunque ahora con los calores reinantes ya puede presumirse adónde va el infeliz porteño, y al decir "metele", ya se sabe que no puede ser más que al ventilador, queremos dejar constancia de que en el primer caso se trata de ir con mantón de Manila, lo que vendría a justificar la aireación a que aludimos, puesto que si ya se transpira hasta en pijama y sin moverse, qué no será con mantón y movimiento. Pues bien, en el Avenida están todos los días tan frescos con las dos revistas "Dónde vas con mantón de Manila" y "Metete al ventilador", que siguen dando buenas entradas. Se incorporó a este conjunto la tiple Concepción Abaroa, cuyos méritos son conocidos. Se anunciaba para estos días el estreno de una nueva revista titulada "Si no es fija, es batacazo", de la que nos ocuparemos oportunamente.

EN LA VARIEDAD ESTA EL GUSTO

Por lo menos, el gusto del público que frecuenta el teatro de la Comedia. Muy frecuentada se ve todas las noches esta sala y son muy aplaudidos los números de variedades que allí actúan. Con el calor la gente no se da fácilmente a las meditaciones ni siquiera le agrada descostillarse de risa; prefiere instalarse cómodamente en una platea y ver destilar ante sus ojos un poco fatigados por la reverberación solar del caluroso día, una serie de figuras que cantan y bailan suministrándole un espectáculo apacible que sosiega y tonifica sus nervios. Zareda, The Donal, Lucerito del Plata, Los Carpi, Belarmina, Hermanas Celindas, Carmen y Mary de Toledo y Troupe Olimpia hacen las delicias del público, que se da por muy satisfecho con el programa que actualmente se le brinda en la Comedia.

LA SEMANA SOCIAL DEL MAIPO

En la Sección Viajeros de esta crónica debemos ocuparnos de la gentilísima tiple Carmencita Lamas y del actor Leopoldo Simari, que emprendieron viaje de ida del Maipo no sabemos por cuánto tiempo, y de Dorita Llovet y Tomás Simari, que han llegado a la susodicha sala donde actúan con éxito en la revista "Labios Pintados", últimamente estrenada.

Los debutantes merecen ampliamente el aplauso con que han sido recibidos.

PERELLI DEBUTA, ACTUA SEIS DIAS Y SE DESPIDE

Este verano el calor no admite enemigos, vencidos por la facilidad con que Dempsey pondría "knock out" a un peso gallo. A las víctimas teatrales que hemos registrado, hay que agregar otra: y esta de verdad lamentable—la de la temporada del Sarmiento, que inició con buena fortuna Carlotto Perelli y su cónyuge, Milagros de la Vega.

Dos estrenos de éxito la noche del debut, parecía que iban a contener los estragos de la ola de calor que venimos sufriendo los habitantes de Buenos Aires. Pero no ha sido así. Perelli y los suyos tuvieron que declararse vencidos y levantar campamento, quierases que no. Este año, el más rubio de los actores dramáticos tiene que lamentar su primera derrota al frente de un conjunto que se proponía renovar anteriores temporadas veraniegas exitosas, como las que realizó en la sala de la Comedia.

Pero, ¿quién dijo miedo? Conocemos la intrepidez de Perelli y no nos extrañaría que dentro de un par de semanas reanudara su temporada; sea en el mismo Sarmiento o en otro teatro.

CASINO

El programa de variedades que ofrece esta sala atrae bastante concurrencia, no obstante los rigores de la canícula. El Casino aguantará por tradición las más altas temperaturas, impertérrito, firme en la lid.

GRAND SPLENDID

La regia sala de la calle Santa Fe ha estrenado una bella película. "El premio de belleza", por Viola Dana, que gustó mucho. Nuevas cintas de indiscutible valor serán exhibidas en la semana en curso, pudiendo descontarse que las funciones se verán como siempre concurridas del público selecto que es hábitué de este grandioso cine.

CAPITOL

Muy interesante es el cartel preparado por la empresa para la semana que se inicia. Películas notables serán proyectadas en la pantalla de este acreditado cine, siempre concurrido por familias distinguidas.



FOTOGRAFIA ARTISTICA



Paisajes del puerto.—
Dos motivos de la
Boca del Riachuelo.

Fots. Otero.



Haga usted como el ave

y revise, también, el interior de una caja del exquisito

POLVO GRASEOSO LEICHTNER

Además de un polvo finísimo, adherente y deliciosamente perfumado, insuperable para aclarar y embellecer el cutis, es posible que su buena suerte, le haga encontrar uno de los cupones, válidos por UNA RICA ALHAJA DE ORO Y BRILLANTES, de los repartidos en muchas cajas.

El Agua de Colonia SUPREMA

exquisita por su original perfume, es la más recomendable para el tocador de las damas.

PERFUMERIA MENDEL

En Buenos Aires: calle Guardia Vieja, 4439

En Rosario Santa de Fe: calle Entre Ríos, 864